



EDNA
O'BRIEN
La chica

Lumen

La chica

Edna O'Brien

Traducción del inglés de
Ana Mata Buil

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@lumeneditorial



@siguelumen



@editorial_lumen

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Ahora tenemos helicópteros que pueden disparar cuatro mil municiones por minuto.
Un arma militar absolutamente devastadora. Las reglas del juego han cambiado.

Comunicado del Gobierno de Nigeria en respuesta a los ataques de Boko
Haram

«Con vendas cubriré tus heridas.»

EURÍPIDES, *Las troyanas*

En otro tiempo fui una chica, pero ya no lo soy. Huelo mal. Tengo sangre reseca y costras por todo el cuerpo, y llevo la tela de la *iro* hecha jirones. Mi interior, una ciénaga. Me precipito por este bosque que vi aquella primera noche horrenda en la que nos raptaron en el colegio a mis amigas y a mí.

El repentino pam, pam de los disparos en nuestro dormitorio de la residencia y muchos hombres, con la cara tapada y los ojos feroces, que dicen que son las fuerzas militares que van a protegernos porque hay una insurrección en el pueblo. Tenemos miedo, pero los creemos. Algunas chicas bajaron trastabillando de la cama y otras entraron desde la galería, donde se habían tumbado a dormir porque la noche era bochornosa.

En cuanto oímos «Allahu Akbar, Allahu Akbar», lo supimos. Habían robado los uniformes de nuestros soldados para burlar la seguridad. Nos acribillaron a preguntas: «¿Dónde estudian los chicos? ¿Dónde guardan el cemento? ¿Dónde están las provisiones?». Cuando les dijimos que no lo sabíamos, se volvieron locos. Entonces entraron algunos más y dijeron que no encontraban piezas de recambio ni gasolina en los cobertizos, y a partir de ahí se pusieron a discutir.

No podían irse con las manos vacías o su comandante se enfurecería. Entonces, en medio del clamor, uno sonrió con malicia y dijo: «Las chicas servirán», y enseguida oímos que ordenaban traer más camiones. Una compañera sacó el móvil para llamar a su madre, pero se lo quitaron al

instante. Se puso a llorar; otras también se echaron a llorar, suplicando que las dejaran volver a casa. Una se arrodilló y repitió: «Señor, señor», pero su ruego solo sirvió para enfurecer aún más a quien había dado la orden, que empezó a maldecir y a mofarse de nosotras; nos insultaba diciendo que éramos zorras, putas, que debíamos casarnos cuanto antes.

Nos separaron en grupos de veinte y tuvimos que esperar, alborotadas y cobijándonos las unas en las otras, hasta que nos ordenaron vaciar el dormitorio de inmediato y dejar allí todo lo que tuviéramos.

El conductor del primer camión que esperaba junto a las puertas de la escuela tenía una pistola en la sien, así que condujo como un loco por el pueblo. No había nadie que pudiera dar aviso de un camión sospechoso, a una hora tan intempestiva y con un montón de chiquillas apretujadas dentro.

No tardamos en llegar a un pueblo fronterizo que se abría a un paisaje de selva tupida. Mandaron al conductor que parase el vehículo, y unos minutos después de que lo obligaran a salir oímos una ráfaga de disparos.

Habían llegado más conductores, y oímos gritos y discusiones sobre qué chicas iban a meter en cada camión. El terror nos había paralizado. La luna que habíamos perdido durante un rato reapareció más alta en el cielo; sus fríos rayos relucían sobre los árboles oscuros que se extendían sin fin, como si anticiparan la negrura de nuestro destino. No era como la luna que brillaba en el suelo del dormitorio del internado mientras recogíamos la ropa pero dejábamos atrás los cuadernos, las mochilas y las demás pertenencias, tal como nos habían mandado. Yo escondí mi diario, porque era el último vínculo con mi vida.

Sin embargo, todavía no habíamos perdido la esperanza. Sabíamos que a esas alturas ya habrían salido las partidas de búsqueda y rescate; sin duda nuestros padres, nuestros mayores, nuestros profesores estarían en marcha. Por los laterales abiertos del camión fuimos arrojando objetos con el fin de que

nos siguieran la pista: un cepillo, un cinturón, papelajos arrugados con palabras garabateadas: ENCONTRADNOS, POR FAVOR. Hablábamos en voz baja e intentábamos consolarnos y darnos valor unas a otras.

Entramos en la selva tupida, hay árboles de todo tipo, entremezclados, que nos reciben en su vil abrazo. Aquí la naturaleza se ha desbocado. El terreno está tan maltrecho que incluso los motoristas, que han escoltado a los camiones todo el camino para impedir que escapemos, pierden el equilibrio con frecuencia y acaban en los altos terraplenes de la carretera. Rebeke me dice: «Vamos a saltar», pero no me decido. Me dice: «Mejor morir que acabar en sus manos». Desde que salimos de la escuela no ha parado de rezar a Dios, y Dios le ha dicho que son hombres malos y que debemos huir. Pasaron los segundos y yo seguí contemplándolo todo como si fuera un espejismo: el hueco entre dos camiones, Rebeke agarrada a una rama que colgaba alta, dándose impulso desde ahí y luego saltando. Pensé: «Estará perdida por aquí cerca, muerta, o quizá no esté muerta». Los nervios me gastaron una mala pasada y, además, uno de los líderes grita: «Si alguna salta, se llevará una bala». Debieron de dar por hecho que Rebeke había muerto.

Los camiones avanzan a trompicones y nos sacudimos, cada vez más apiñadas, zarandeadas de aquí para allá. Aisha, que se había quedado dormida, se despierta de sopetón y grita el nombre de su madre. Arrebatada de un sueño feliz, empieza a llorar. Alguien le tapa la boca con la mano para que no nos azoten a todas. Estamos aterradas. Ya no nos queda nada que vomitar. Nos hemos alejado tanto que no podrán seguirnos la pista.

Ahora solo estamos Babby y yo. Lloro desde el pozo de su estómago vacío, unos roncos chillidos salvajes, y yo le digo: «No tienes nombre ni padre». Le grito como una fiera. Quiero matarla. Tengo los pechos del tamaño de una

huevera y ella se aferra a los pezones, como si también quisiera matarme. Buscamos un pozo, porque el agua de las zanjas está sucia y embarrada. Sabe a podrido. Bebemos agua limpia acumulada en la cavidad de las piedras grandes. Hago un cuenco con las manos y ella lame el agua con avidez, la traga, parece que vaya a atragantarse. Esos son nuestros momentos de solaz, agua fresca, un ligero alivio contra la sed y la desesperación. No tengo noción alguna de qué día es, ni de qué mes, ni de qué año. Lo único que sé es que el aire está cargado de arena, arena que el viento transporta desde el Sahel, que nos araña los ojos y nos deja medio ciegas.

Donde no hay árboles, la tierra es de un amarillo ocre, surcada por profundas líneas en zigzag, casi un dibujo, y las tiernas hojas rizadas empiezan a brotar de las puntas de las ramas. Por la noche, cuando me tumbo despierta, contemplo el cielo. Una amplísima extensión de cielo violeta, un país de belleza que se ha convertido en un lugar de congoja. Tantas chicas muertas... El triste susurro de los árboles.

La tumbo con la cabeza apoyada en un retazo de hierba levantada. Es el único rato en que duermo. Yo duermo de forma intermitente, por miedo a lo que pueda acecharnos. Algunas veces me despierto de un sueño con los párpados mojados, tras soñar con una persona que debía de conocer o incluso haber amado. Pero ahora no es el momento del recuerdo ni del *pathos*. En alguna ocasión oigo el ladrido lejano de unos perros. No he visto a un solo ser humano desde hace días, y temo que cuando lo haga, acabemos arrastradas a nuestro fin más sangriento.

Soy incapaz de rezar en mi antigua lengua, pues nos han bombardeado con sus oraciones, sus edictos, su ideología, su odio, su devoción.

Era un patio grande y embarrado, lleno de basura. Cubos, palas, cajas, carretillas, losas para pavimentar, cemento y bicicletas. La lluvia había ensuciado el tono amarillo de la arena. Se oía el murmullo constante de los generadores.

Más allá de los altos muros de arcilla, coronados con alambre de espino, la inmensidad del bosque. Era oscuro e inquietante, una multitud de árboles que generaban más árboles, más oscuridad, el destierro absoluto. La pequeña mezquita tenía un brillante minarete de aluminio y, al lado, una bandera negra colgada de un mástil. Akra, una chica de un curso superior al mío, salió del dormitorio en el que nos habían retenido y se quedó muy quieta, asimilando nuestro lúgubre entorno. Solo estábamos quince alumnas de nuestra escuela. Habían llevado a las demás a distintos campamentos dentro del bosque. Nos arrojaron a un dormitorio de chicas que todavía dormían y nos acurrucamos muy juntas.

Un árbol inmenso dominaba el centro del complejo, con un robusto brazo que sobresalía con determinación. Era de color marrón mojado con un toque verdoso, y me pregunté si el árbol de nuestra casa tendría el mismo tono verde y húmedo. Al llegar no lo sabía, pero ese árbol se convertiría en nuestra futura escuela. Teníamos que ponernos de pie, sentarnos y arrodillarnos bajo su copa cinco veces al día para rezar. Nos obligaban a aprender y memorizar suras en una lengua que nos resultaba ajena y a adorar a un Dios que no era el nuestro.

De vez en cuando nos hacían fotos, para enviarlas a nuestras familias; nosotras con la ropa hecha jirones y la mirada perdida, apiñadas para que los desesperados padres tuvieran que escudriñar en busca de sus hijas entre las numerosas caras que ahora parecían idénticas y lastimosas.

Varios hombres salieron de distintas tiendas de campaña circulares y se apresuraron hacia la mezquita. Su atuendo era muy diverso; unos iban con vaqueros y camiseta de manga corta, otros con ropa más ancha y algunos con cazadoras militares. Al pasar corriendo junto a nosotras, unos cuantos se quedaron mirándonos y se relamieron pensando en nuestra carne fresca.

Cuando nos llegó el sonsonete de la oración, una niña se acercó dando tumbos por el patio y se quedó delante del grupo. Temblaba de un modo incontrolable. Llevaba un grueso vendaje sobre el labio inferior, que chorreaba sangre. No podía hablar, por mucho que se esforzara. No dejaba de señalarse la boca, hasta que al final logró abrirla un poco. No tenía lengua. Qué crimen habría cometido...

Mientras estábamos allí, una mujer con botas de agua verdes se nos acercó con un palo de pinchos. Los pinchos tenían el rojo de las bayas maduras y eran afilados como clavos. Nos mandó que regresáramos al dormitorio. Así empezó nuestra iniciación.

Nos dieron un uniforme a cada una, idéntico al de las chicas que habían estado allí mucho tiempo antes. Nos dijeron que nos los pusiéramos. Era una especie de túnica de un azul deslucido, con un hiyab todavía más oscuro, y aunque no me vi porque no teníamos espejo, sí vi a mis amigas, transformadas, envejecidas de repente, como monjas afligidas. Vi a Teresa, a Fatim, a Regina, a Aida y a Kiki, todas en silencio, conteniendo las lágrimas. Nos ordenaron que cogiéramos nuestra ropa vieja y no dejásemos nada allí. En el revuelo que se formó, logré esconder mi cuadernito. Era una libreta chiquitina, pensada más para sumas que para letras, pero yo me dedicaba a apretar palabras en

cada cuadradito diminuto. Las acumulaba. Ahora eran mis únicas amigas. Había ganado esa libreta, junto con una lámina grande de papel perfumado, como premio por una redacción sobre la naturaleza. En los márgenes de la lámina ponía BOSQUES DE WINDSOR. Yo no sabía dónde estaba Windsor.

Apilaron toda nuestra ropa en un montón, y en cuanto la mujer sacó la cerilla y echó un poco de combustible, las llamas ascendieron con furia hacia el lechoso amanecer. Nuestras blusas blancas, los uniformes escolares y los pañuelos para la cabeza no tardaron en disolverse en volutas etéreas de ceniza gris que flotaban un momento y luego se desintegraban para abrirse paso a través de los agujeros de la alambrada de espino. Las seguí mentalmente e, ilusa de mí, pensé que esas cenizas serían nuestras mensajeras. Llegarían a nuestro colegio, donde todavía ascendían columnas de humo del incendio que habían provocado los terroristas justo antes de que los camiones se nos llevaran. Imaginaba muchas tonterías. No había dormido. El hedor de los zapatos perduró, porque tardaron más en arder. El olor recordaba las pieles de distintos animales arrancadas en los mataderos próximos a los mercados, pieles colgadas para que se curtieran: de cerdo, potro, cabra y oveja.

Después nos mandaron avanzar en fila y sentarnos bajo el inmenso árbol. El agua goteaba de las hojas y el suelo estaba mojado. Unas chicas que llevaban allí más tiempo que nosotras nos esperaban, algunas con las manos unidas, fascinadas.

Tres hombres bajan de un jeep de color crema. Dos van enmascarados y caminan detrás del tercero, que es el emir de la organización. Sujeta un texto sagrado. Los tres van armados. Conforme el emir se acerca a nosotras, extiende la mano y es como si hubiera atrapado el mundo entero en sus garras.

Las chicas que ya lo habían visto levantan la cabeza maravilladas y con renovada admiración. Algunas alargan el brazo, simplemente para imaginarse que tocan la tela de su ropaje. Lo adoran. Él se desplaza entre nosotras,

reconoce las caras nuevas, con ojos muy alerta, como si pudiera leernos la mente, entrar en nuestros corazones desgarrados.

«La enfermedad es la ignorancia.» Lo dijo tres veces. Yo no lo miré, porque me parecía feroz. Entonces nos dio la bienvenida como inminentes hijas de Alá, y dijo que a Él debíamos dar gracias por el milagro de habernos salvado. Según sus palabras, era posible que nos sintiéramos desubicadas al principio, pero pronto se nos caería la venda de los ojos.

Luego arremetió contra las personas de cuyos brazos nos habían arrancado. Infieles. Ladrones. Nuestro presidente, nuestros vicepresidentes, nuestros gobernadores, nuestra policía... Todos estaban podridos. Eran sultanes de los bancos, acaparaban su riqueza, se sentaban en sus mansiones, en sus tronos dorados, para ver películas occidentales en sus enormes pantallas de televisión. Sus mujeres gordas habían acumulado tanto dinero, tanto oro, tantas perlas que habían tenido que construir estancias nuevas para guardar todas esas posesiones. Incluso los musulmanes que había entre esa gente estaban contaminados, arrastrados a la miasma de la corrupción. No tardaríamos en darnos cuenta de que la educación que habíamos recibido era errónea, igual que la formación universitaria a la que aspirábamos. Todo estaba mal. No podía ser.

Entonces nos pidió que reflexionáramos sobre las últimas cuarenta y ocho horas y nos maravillásemos ante la transformación que habíamos experimentado. Era como si mirase dentro de nuestra mente y nos retara a contradecirlo.

—Cuando nuestra columna entró en vuestra escuela hace dos noches, vuestros militares se habían retirado porque sabían que estábamos de camino. ¿Podéis confiar en esa gente? ¿Podéis confiar en la gente a la que pagan por protegeros? Si sois sinceras de verdad, la respuesta es no. Podrían haber organizado un contraataque, pero no lo hicieron. Nos tienen demasiado miedo.

Saben que nunca entrarán en el bosque de Sambisa. Nunca os encontrarán. Saben que Alá tenía previsto que os trajéramos aquí. Mientras recogíais los libros y las mochilas para montaros en el autobús de la escuela e ibais a examinaros, Alá os vigilaba, todo estaba predestinado. ¿Dónde estaban vuestros pastores?, ¿dónde estaban vuestros guardianes?, ¿dónde estaban vuestros profesores? Siempre ha sido así. Cuando el profeta Mahoma fue expulsado de Medina, sus primeros seguidores apartaron la mirada. Cobardes. Infieles. Puede que vuestros padres crean que os amaban y os trataban con cariño, pero están ciegos, cegados. La enfermedad es la ignorancia. No hay más Dios que Alá. Pedid perdón por los pecados de vuestros padres y Alá sabrá si sois sinceras en vuestras plegarias o no. Recordad que acabáis de nacer a otra vida. Aunque penséis que queréis a vuestra familia y hayáis hecho una promesa en vuestro corazón, debéis renunciar a ella, debéis aniquilarla ahora mismo. Durante un breve período lloraréis lágrimas infantiles, pero cesarán y volaréis como pájaros hacia los campos del paraíso. Los ángeles os aguardan, el ángel Gabriel, el ángel Azrael, el ángel Miguel. Sí, nuestra tecnología y nuestros medios de comunicación mundanos nos ayudaron, pero fue Alá quien nos informó de todo, incluso de los cuchicheos de vuestro dormitorio en el internado. Os hablo directamente a cada una de vosotras. Aceptad el Corán; aceptad los hadices del Profeta; estéis donde estéis, dirigíos a Alá. De lo contrario, tendremos que obligaros, y no escatimaremos en castigos. Mientras tanto, haced vuestras tareas diarias con alegría, memorizad los suras, id perfumadas, sabedoras de que van a reclutaros para el vasto ejército invencible de Alá. Sois guerreras. Este país que se denomina Nigeria tiene que despojarse de sus infieles y de los que no creen. Deberéis participar en el combate. Y os llenará de orgullo. Aunque muráis en el campo de batalla, recordad que la muerte de un creyente es lo más dulce que existe. En el Paraíso os recibirán con la alfombra roja. Y ahora abordaré el tema más

crucial de todos. No apartéis la mirada. No tengáis miedo. Debemos ampliar la lucha hasta las pocilgas de los cerdos y las guaridas de las ratas y de los infieles que son también vuestra propia gente, vuestra propia tribu, vuestros propios padres. Comeos el corazón de los infieles. Elimínadlos. Cortadles la cabeza. Decidles que si os quieren de vuelta, antes tendrán que devolvernos a nuestros hermanos muertos.

Entonces, justo antes de marcharse escoltado por los guardaespaldas, miró hacia el cielo, hacia un hipotético ejército de enemigos acechantes.

—No creáis que podéis frenarnos con vuestros cazas de combate. El Alá que veneramos vive por encima de vuestros aviones, se prepara para aplastaros.

Mi mente quedó totalmente en blanco. Nunca me había imaginado semejante poder, semejante inmunidad. Los cubos y las cajas rodaron por el patio y los cielos se abrieron. Vi dos Dioses que se amenazaban con el báculo, o quizá fueran armas, desafiándose el uno al otro.

La tierra en la que estaba de rodillas quedó salpicada de corazones medio comidos, y había cabezas cortadas desperdigadas por todas partes, la sangre manaba como un arroyo interminable. Corrí entre los restos apilados hasta que encontré a mis padres y a mi hermano. Los besé y me perdonaron, aunque estaban muertos. Me sentía tan triste que no podía llorar.

Unas cuantas amigas se me acercaron para preguntarme qué me ocurría. No pude responder. El débil hilo que me unía a la cordura se había roto. Si hubiéramos tenido cuchillos, habríamos podido rebanarnos el pescuezo nosotras mismas.

—No te preocupes... Nuestros padres nos encontrarán —me dijo Aisha, pero ella todavía no había ido al campo de los muertos.

Apartaron a tres chicas del resto del grupo y allí las dejaron, confundidas, mientras otras mujeres nos conducían por el patio hacia las tiendas, para

nuestro siguiente castigo.

Era como si pastorearan ganado. Nos sacaron y nos colocaron de pie debajo del inmenso árbol, temblando, en silencio. Nos habían separado de las chicas con las que habíamos llegado. A mí me pusieron en la cabaña de la esposa de uno de los cabecillas, una arpía que me despertaba varias veces por la noche para hacerme repetir rezos y versos que me había enseñado durante el día.

Cuando salí y me encontré con mis amigas, aturdidas como yo, con la cara desfigurada e hinchada de tanto llorar, pensé: «Estoy con mis amigas, no será tan terrible».

Al cabo de un momento empezaron a congregarse los hombres. Eran jóvenes y dinámicos. Llevaban vaqueros y camisetas de distintos colores. Saltaba a la vista que algo estaba a punto de suceder, algo relacionado con nosotras, así que nos apiñamos aún más. Entonces dos hombres sacaron una mesa con ruedas y la colocaron en medio del complejo, mientras un tercer hombre ponía un cubo de plástico blanco debajo. Fue cuestión de segundos, pero nos lo imaginamos. Cogieron a la primera chica, Faith, y en cuanto se tumbó, dos hombres le separaron las piernas. Los otros vitoreaban y se reían. Cuando empezó a chillar, le taparon la boca con una mano y el primero de los jóvenes abusó de ella. Los otros lo siguieron. Ocurrió lo mismo con la segunda chica. Yo era la tercera. Al tumbarme sobre la mesa, miré hacia arriba y vi unas cuantas estrellas muy distantes entre sí, titilando en los cielos. Todavía no era noche cerrada. Me sentí como si me apuñalara una y otra vez, y luego un grito

salvaje, después de que me penetrara. Me despedí de mis padres y de todos los que conocía.

Noté un mareo al levantarme. Unos hilillos de sangre cayeron al cubo.

Nos obligaron a presenciar cómo iban pasando las otras chicas. La mesa crujía conforme los hombres se acaloraban y exaltaban cada vez más.

Cuando terminaron, volvimos a las tiendas de campaña a trompicones, doloridas, perplejas. No podíamos hablar. Éramos demasiado jóvenes para saber qué había ocurrido, o cómo denominarlo. Fatim recordó que en su primer colegio había una muñeca a la que las chicas metían el dedo y una niña sacó unas tijeras y cortó el refuerzo de la tela y dijo que a la Muñequita le hacía falta una operación. Acabábamos de sufrir esa operación. Habían sido los primeros. Ya había anochecido y las estrellas se daban un banquete en el cielo.

La mujer me condujo hacia la cocina de campaña. Allí era donde me había tocado trabajar. Olía a matadero. Había vísceras de carne de caza colgadas de los árboles, ejércitos de moscas que revoloteaban y se alimentaban de esa carne. Yo tenía que cocinar para toda la unidad. Los comandantes tenían que recibir las porciones más grandes de filete, los lugartenientes iban después, y los reclutas tenían que conformarse con una especie de estofado hecho con los restos y acompañado de mijo o sorgo. Cuando no había suficiente carne, me traían tiras de pellejo para que las hiciera a la parrilla. El chisporroteo de la piel de los animales, que soltaba la grasa y todos los jugos en aquel patio, hacía que se les hiciera la boca agua de la impaciencia. Tres perros que tenían encerrados de día aullaban y se apiñaban contra la puerta galvanizada.

Por la mañana, todos tomaban gachas de avena, que comían de una fuente común en una mesa grande. Por la noche, a los superiores les servían en sus distintas dependencias, mientras que los cuadros inferiores comían en la misma mesa grande. Yo nunca me encargó de servirles. Las esposas llevan los platos desde la cocina hasta las tiendas. Si, por casualidad, alguno de los hombres tiene que entrar en la cocina a algo, debo apartar la mirada.

John-John fue el único chico al que me dejaron conocer, supongo que porque era muy joven. Tendría diez u once años. Iba en bicicleta, llevaba pantalones cortos y un blazer con botones de latón que le quedaba enorme. Se remangaba la chaqueta cuando le tocaba trabajar, y siempre cantaba. Cantaba

con voz de niña. Había carne de todo tipo: pájaros y murciélagos y lagartos; los ojos de los pájaros nos miraban vidriosos, y los murciélagos salvajes tenían aún sus amplias alas desplegadas, como si incluso muertos recordaran sus vuelos nocturnos.

Partíamos a hachazos las piezas grandes de carne y con diferentes cuchillos rascábamos los insectos muertos y los gusanos adheridos al pellejo. Rellenábamos las aves con hojas, para camuflar los malos olores. Él se sabía los nombres: cúrcuma, enebro, baobab.

Nunca llegué a entender las palabras que cantaba John-John, pero imaginé que debía de ser un himno. Iba en bicicleta por los distintos campamentos repartiendo provisiones, y vivía en una especie de cueva con otros cuatro muchachos. Más tarde pasó a ayudarme a llevar las enormes cazuelas a las hogueras que habíamos hecho en el patio. Colgaban de cadenas sujetas a postes de madera y el olor a podrido de la carne hervida de ganado y de caza se extendía por los alrededores. Resultó que yo tenía la llave del almacén y, sin que se enteraran las esposas de los soldados, podía hurtar algunos víveres, que compartía con John-John. Lo que más le gustaba era la piel de las patatas, sobre todo con cebollas a la brasa. Comíamos fuera, donde los centinelas no solían patrullar, porque tenían miedo de las ratas.

*Dios mío,
Dios mío,
Dios mío,
mereces nuestra alabanza.*

Por fin, un día me enteré de cómo lo habían capturado.

«Que vienen, que vienen.» Rodearon nuestro pueblo y nos asustamos. Mi

hermana, mi madre y yo. Había muchas otras mujeres y niñas, todas llorando, como nosotros, y huimos para salvar la vida. Los yihadistas rodearon el pueblo y tuvimos que salir corriendo. Mi padre no estaba con nosotros. Había ido a la granja y no sabíamos si lo habían capturado. Echamos a correr. Las otras mujeres que escaparon con nosotros no me querían porque era un chico y sabían que lo que buscaban los yihadistas eran chicos, para convertirlos en soldados. Aun después de echar a correr seguíamos aterrados, porque temíamos que nos persiguieran hasta el corazón del bosque. Después de un buen rato corriendo, ya sin aliento, nos dejamos caer unos sobre otros. Todos lloramos. Mi madre suplica a una señora que le dé un vestido de su hatillo, para que pueda hacerme pasar por una chica. La señora dice que no. Es su mejor vestido. Mama suplicó y suplicó, hasta que otras mujeres la respaldaron: «Vamos, es cuestión de salvar una vida, la vida de un niño». Se ponen a discutir. Entonces una mujer arranca el vestido del hatillo y la señora y ella se pelean, una pelea de las gordas, hasta que alguien confisca el vestido.

Mi madre me lleva detrás de un árbol, me quita los pantalones cortos y luego me pone el vestido azul, con un pañuelo también azul en la cabeza. Todas me miran disfrazado de niña y, aunque están afligidas, las chiquillas no pueden evitar reírse y burlarse de mí. No tarda en anochecer y nos tumbamos donde podemos. Duermo con el vestido azul. Por la noche hace frío. Nos despertamos muy temprano, pero mi hermana ha desaparecido. No está por ninguna parte. Mi madre va de grupo en grupo preguntando si alguien ha visto a mi hermana y, como nadie tiene pistas, corre de aquí para allá gritando y llamándola sin parar. Pero la cabecilla de nuestro grupo dice que es mejor que nos pongamos en marcha, porque a esas alturas los violentos se habrán enterado de dónde estamos y vendrán a matarnos. Mi madre no deja de llamar a mi hermana: «Umi, Umi, Umi», como si mi

hermana fuese a aparecer por arte de magia. Así pues, aun en contra de su voluntad, seguimos avanzando y noto que el dolor de mi madre me penetra en el cuerpo, porque me lleva cargado a la espalda. Apenas tiene fuerzas para sujetarme.

Llegamos a un pueblo y hay una casa con el techo de paja, donde se cobija todo el mundo para protegerse del sol. Mi madre me deja en el suelo y le pide a otra mujer que cuide de mí, porque tiene que ir a buscar a su hijita, aunque lo único que encuentre sea su cadáver. Así que esperamos ahí y algunas personas nos dan boniatos del huerto. Nos los comemos crudos. Todo el mundo está muy callado y tiene mucho miedo; nadie habla, porque no sabemos qué pasará a continuación. Hay muchos rumores y cuchicheos. Después de una noche, un día y casi otra noche, mi madre regresa con mi hermana a cuestas y la deja en el suelo, mi hermana dice «Maaamaaa», porque todavía le dura el miedo de haberse visto sola en la montaña. Mi madre está tan cansada tras la búsqueda y tras haber cargado con mi hermana a la espalda que se queda dormida mientras habla. «¿Por qué te escapaste?» Me enfado con mi hermana, porque me ha separado de mi madre. Dice que no sabe por qué. Había gente que subía una colina y siguió al grupo, porque creyó que nosotros iríamos detrás. Luego el grupo se dispersó. Algunos caminaban más rápido que otros y ella tuvo que parar a descansar un rato y después pensaba reencontrarse con ellos en la montaña, para cruzar la frontera antes del amanecer. Mi madre la encontró sola y dormida, con la ropa mojada de rocío.

Nos quedamos en la casa del techo de paja, adonde no paraba de llegar gente. Era asfixiante. Entonces mi madre fue a buscar a alguien que tuviera una moto. Antes de irse, desató el nudo de la punta de la iro, donde guardaba el escaso dinero que había ahorrado. Lo había ganado con las judías que plantábamos para venderlas en el mercado. Solo se llevó lo justo

para pagar al dueño de la motocicleta, porque sabía que quien accediera a llevarnos lo querría todo. Metió los demás nairas por dentro de mi camiseta.

Nos montamos los tres en la moto detrás del conductor: mi hermana, mi madre y yo, y cruzamos la ladera de la montaña, en la que mi hermana había estado a punto de morir. La moto hacía zigzag, zigzag, zigzag, y mi hermana iba gritando mientras mi madre nos sujetaba con fuerza para que no perdiéramos la vida. Cuando bajamos una pendiente y llegamos a un llano, vimos hombres que cargaban comida y agua en camiones. Mi madre se arrodilló ante ellos y suplicó que le dieran algo de comer para sus hijos. Se oía el rugido de nuestro estómago. Su esperanza era conseguir que regresáramos los tres a nuestro pueblo, donde habría algunos conocidos y tal vez mi padre hubiera vuelto ya a casa. Los hombres que cargaban el camión nos dieron una botella de zumo de naranja. Bebimos por turnos. Dábamos sorbos pequeños, porque no queríamos parecer glotones. Los hombres dijeron que los terroristas habían avanzado, así que mi madre decidió ir primero a nuestra granja para ver si quedaba algo de la cosecha. De camino, dejó a mi hermana en casa de mi abuela, que llevaba semanas escondida con unos primos. Los primos no querían a mi hermana, pero al oír su triste historia, al enterarse de que había estado a punto de morir en la montaña, les dio pena y la acogieron. Mi madre y yo continuamos el periplo hasta un lugar cercano a nuestra granja y entonces pagó al motorista y emprendimos el serpenteante camino que llevaba a la cima de una colina. No nos habían robado la cosecha, aunque sí habían saqueado las granjas que rodeaban la nuestra. Así pues, recogimos todas las judías y las metimos en unas bolsas que llevábamos. Ahora ya teníamos algo que vender. Regresamos al pueblo. Un hombre nos paró por el camino. Al principio pensamos que era uno de la Secta, pero entonces rezó una oración

que conocíamos y nos sentimos a salvo. Era un hombre alto de ojos amables. «¿Esas judías son para vender?», nos preguntó. «Algunas sí», respondió mi madre. «¿Cuánto?» «Cinco mil nairas», dijo mi madre, y yo me metí y dije: «Seis mil». Y así, en la cresta de esa zona montañosa, regateamos y regateamos, hasta que el precio se disparó y al final subió de cinco mil a siete mil nairas.

Tras descansar unos cuantos días con mi abuela y los primos y compartir algunas judías, mi madre decidió que debíamos ir a buscar a nuestro padre. Teníamos que volver a ser una familia. Gracias al poco dinero que acababa de ganar, estaba llena de esperanza y creía que con eso podríamos empezar a construir una casa. Así pues, nos pusimos en camino, Mama con mi hermana a la espalda, que se aferraba a ella con fuerza y repetía «Maaamaaa» por miedo a perderse otra vez. En el pueblo preguntamos a un policía, que nos dijo que mi padre no estaba muerto. Había oído que mi padre había vuelto a casa y vivía en el único rincón del edificio que no había quedado totalmente calcinado.

Mi padre no se lo creía cuando nos vio entrar en la cocina medio quemada. Iba en mangas de camisa. Nos abrazó a todos a la vez, dudando de si estábamos vivos o muertos. Le preguntó a Dios si estaba soñando.

Entonces mi madre y él se sientan en el suelo y cuentan todo el dinero. Deciden que, al cabo de unos días, regresarán a la granja para recoger el resto de la cosecha. Dejaron a mi hermana en la iglesia, donde el pastor había acogido a varias personas, que dormían en el suelo, todas apelotonadas en una misma habitación. Mis padres parten hacia la granja y yo me quedo solo. La idea es que vaya a casa de un vecino de un pueblo cercano. Pero me digo: «Si mis padres han decidido quedarse toda la noche vigilando la granja para proteger la cosecha, yo no me iré a casa de un vecino, vigilaré nuestra casa». Entonces, por la noche, ocurre. No llegaron

en motocicleta. Solo había un chico, de pie junto a la ventana, mirándome. Y lo supe. Se había unido a ellos. Me agarró por el pelo y tiró de mí. Me sacó a rastras y me llevó por un camino hasta donde había otros chicos ya montados en un camión. Nos adentramos cada vez más en el bosque, hacia una montaña, y uno de los chicos me dice: «¿Ves esa montaña? Está cerca de Pulka».

El camión se detiene bajo unos árboles; nos sacan del vehículo y nos ponen a dormir aún más escondidos en el bosque. El terreno está lleno de raíces nudosas. Nuestros guardias también duermen, con las pistolas al lado, preparadas. Cuando vemos que están profundamente dormidos y roncan, susurramos:

Dios mío,
Dios mío,
Dios mío,
mereces nuestra alabanza.

Un chico cree que no podemos estar muy lejos de Pulka. Es lo único que sabe. Oyó por casualidad a uno de nuestros captores hablando por el móvil, decía que no tienen intención de moverse en los cuatro próximos días, por una alarma de seguridad. La tercera noche nos escaparemos. Tenemos que irnos con sigilo. No debemos correr. Nadie puede hacer ruido. Con la gracia de Dios, lo conseguiremos. El chico dijo que no nos topáramos con ninguna serpiente ni animal salvaje porque otro chico había oído que todos los animales habían huido del bosque debido a los tiroteos y a las bombas. Durante el día, cuando nos hacen trabajar, recogiendo leña, limpiando sus motos y sus armas, sabemos que nos vigilan, pero ellos no saben que, en secreto, rezamos. Nos dan maicena en un cuenco una vez al día. La cogemos

con las manos. Está aguada. No es como la maicena de mi madre, empapada en leche. No basta para saciarnos, pero tenemos la gracia de Dios y vamos tres amigos juntos, y juntos subiremos la montaña para llegar a Pulka. No conocemos a nadie allí, pero preguntaremos y alguien nos ayudará. Encontraremos a nuestros padres en alguna casa improvisada que se habrán construido. Habrá un pastor en una iglesia de Pulka y tendremos contacto con mucha gente y muy diversa. Cuando los vigilantes rezan y no nos prestan atención, cantamos para nuestros adentros.

Dios mío,
Dios mío,
Dios mío,
mereces nuestra alabanza.

Nos da fuerza. Cuando ellos duermen, practicamos cómo reptar y recordamos que no tenemos que pisar a ninguno de los soldados en la oscuridad. No deben oírnos correr, pues de lo contrario empezarán bang, bang, y se acabó. Fingimos que somos serpientes que reptan por la arena. Uno de los chicos dijo que había comido serpiente; su familia y él se comieron una serpiente después de que su padre le cortara la cabeza. Su padre se estaba vengando del mundo de las serpientes, porque una vez le había mordido una y menos mal que lo llevaron a la clínica, donde le pusieron el antídoto contra el veneno, porque si no, su padre habría muerto. Así que asaron la serpiente y se la comieron. No sabía mal.

Teníamos comida. Nos escondimos durante dos días y dos noches, lejos de la carretera. Sabíamos que nos seguirían. El tercer día, nos armamos de valor y nos acercamos al camino, pero sin dejar de ocultarnos. Estábamos limpios y aseados porque habíamos encontrado un arroyo en el que

bañarnos. Bebimos del arroyo. Un camión grande tomó a toda velocidad una curva y el cabecilla de nuestro grupo salió de repente a la carretera para detenerlo. Transportaba pollos vivos. Se oyó un chirrido tremendo cuando el camión frenó y los pollos chillaron. Iban dos hombres. Les pedimos que nos ayudaran. Les contamos nuestra historia, pero no nos creyeron. Salieron del vehículo y nos dijeron que teníamos que desnudarnos. Decían que a lo mejor éramos terroristas suicidas que escondían una bomba y, por más que suplicamos y protestamos, gritando nuestra inocencia, tuvimos que hacerlo. No fue nada agradable quedarnos allí desnudos con unos hombretones mirándonos. Al final nos dijeron que nos pusiéramos la ropa y nos arrojaron al camión con los pollos, que empezaron a cacarear y revolotear.

Se celebraba alguna ceremonia religiosa en una iglesia importante. Oímos los cantos desde lejos. Se estaban cumpliendo las profecías del Mesías. Nos dejaron allí tirados y los feligreses nos permitieron entrar. Los cantos y los rezos me hicieron llorar, porque pensé en los domingos en la iglesia del pueblo, y en mi madre y todas las demás mujeres con sus vestidos floreados. Después nos llevaron a una tienda de campaña y nos dieron comida y Fanta. Gracias a todos esos rezos y cánticos localizaron a nuestros primos, los que habían acogido a mi abuela. Se sorprendieron cuando nos llevaron allí y mi abuela lloró y me sentó en su regazo. Me dijeron que tendría que dormir en la misma habitación que ella, y mi abuela me hizo una señal para indicar lo descontenta que estaba en casa de aquellos primos.

Un domingo mataron un pollo y se lo comieron para cenar. A mi abuela y a mí nos dieron la parte violeta de la molleja. Ni siquiera nos invitaron a sentarnos a la mesa con ellos. Mi abuela me susurró: «Aquí no nos quieren». Y entonces fue cuando urdió el plan. Nos marcharíamos. Nos iríamos por la noche, cuando todos durmieran a pierna suelta. Quería llevarse unos muebles pequeños que tenía, una calabaza seca, cucharas, una

silla y una mesa con una capa de pintura amarilla. No podíamos marcharnos sin eso. Nos escabullimos de noche y nos refugiamos en las colinas para que no nos viera nadie. A mi abuela le costaba caminar, así que me la cargué a la espalda. Pero no podía llevar los muebles y a ella a la vez, de modo que la dejé en un lugar secreto y le dije que no se moviera mientras iba a buscar las cosas. En el trayecto de vuelta, en la brecha entre dos colinas grandes, vi las luces de las motos que avanzaban hacia mí y, antes de tener tiempo de esconderme, uno ya me cogió por el pelo mientras se reía sin parar. Luego me colocaron apretujado entre ellos y gritaron: «¡Abuelita, abuelita!», y se rieron todavía más.

Mi abuela murió en aquel campo y sus muebles están por ahí perdidos, pudriéndose.

«Y las hojas de los árboles sirven para sanar a la naturaleza.»

Mi madre llora. De alegría. Está en la primera fila. Lleva puesto su mejor caftán de domingo y un *gele*. Me han dado un premio por una redacción dedicada a los árboles. Me piden que la lea en voz alta delante de toda la clase y de mis profesores. El premio es una lámina grande de papel perfumado de color limón, con unas palabras escritas en el margen: BOSQUES DE WINDSOR. El papel está decorado con flores, una especie de diminutos copos de nieve sobre pliegues de hoja verde. Lo han enrollado y le han atado un lazo violeta alrededor.

Intento contener los nervios. Sé que mis amigas se ríen de mí y a la vez tienen envidia.

En nuestro país dependemos de los árboles para vivir. Nos dan refugio si llueve y nos dan sombra si hace sol. Nos dan toda clase de alimentos. Son nuestro segundo hogar. Cada una de las partes de un árbol cumple su función. Algunos, como la caoba, tienen aceites que calman y a la vez sanan la piel herida. Muchos tienen hojas con las que se hacen unas salsas sabrosas para distintos platos. Diferentes hojas se emplean para hacer infusiones de distintos sabores. Sirven para dar tranquilidad y ayudan a calmar los nervios. Luego están los frutos, muy variados, muy jugosos y muy suculentos. En las semillas de esos frutos se ocultan otros elementos

nutritivos, como una pasta con la que se hace mantequilla. Nadie se muere de hambre porque, durante todo el año, nuestros árboles se anticipan a nuestras necesidades. Pero el aspecto más importante de los árboles es el Espíritu del Árbol. Los ancestros fallecidos viven en él y gobiernan otras vidas. Nos protegen del mal. Si esos árboles sagrados son dañados, talados o quemados, los ancestros se enfadan muchísimo y algunas veces se vengan. Las cosechas se pierden y mucha gente pasa hambre. «No piséis a los ancestros», nos decía mi hermano Yúsuf cuando hacíamos conjuros allí, pisando de puntillas las raíces huesudas que se retorcían y se entretejían. Siempre era al atardecer. Los pájaros no hacían sus nidos allí, pero en ciertos momentos cantaban una canción que, aunque resulte inexplicable, era a la vez dulce y melancólica.

Las lágrimas de mi madre se han convertido en sangre. Mi padre está detrás, con las manos cruzadas sobre la coronilla. «¿Qué te están haciendo, hija?», pregunta con una voz tan profunda como la de la última mañana en que la oí. Sus ojos son lagos de un marrón inmenso, con un pozo de fuego dentro. Se prepara para matar a mis captores.

Me despierto en el suelo de la cocina del campamento, donde debo de haberme quedado dormida de agotamiento. Empiezo a rascar la arcilla igual que un animal que araña para escapar. Nunca lograré salir. Estaré aquí toda la eternidad. Pido a Dios que por favor no me mande más sueños. «Deja mi mente en blanco. Vacíame de todo lo que era.»

Estaba cruzando el patio con una chica llamada Hadja. A ella le tocaba hacer la colada de las esposas y a veces me decían que la ayudase. Cada una llevaba un asa del enorme barreño, con la colada dentro. Señaló la cuerda de tender que había al fondo, en una loma, que no quedaba lejos de donde enterraban a sus muertos. A pesar de su bravuconería, eran muy supersticiosos. Creían que sus muertos lo supervisaban todo y les insuflaban coraje durante la batalla. A una chica, que había entrado en trance una vez y había predicho que un gran número de soldados de su batallón serían liquidados, le arrancaron la lengua como escarmiento por su osadía. Era la niña pequeña, Aisha, la que había visto la primera mañana.

—Allí es donde os llevarán —dijo Hadja, y señaló una casa de cemento que había también al fondo, a cierta distancia del cementerio.

La llamaban la Casa Azul, pero era casi negra y no tenía cristales en las ventanas. Me dijo que los cazadores se refugiaban allí en los viejos tiempos, cuando el bosque todavía era una reserva de caza. Las paredes interiores estaban cubiertas de grafitis, tanques y pistolas y más tanques y más pistolas. La palabra OKAY escrita con espray en burdas letras negras.

Hadja era coja y tenía un problema de dicción. Llevaba allí muchos años y era imposible saber qué calvarios había tenido que soportar. A veces mentía. No estaba segura de que fuera cierto lo que me contó sobre unos hombres que habían ido a la cueva de su señora con la sangre de unos niños pequeños en

frasquitos de esencia de vainilla. Eran niños a quienes sus padres habían vendido, sabiendo que iban a sacrificarlos. La mujer ansiaba esa sangre infantil, porque creía que le daría el don de la juventud. Quería mantenerse joven para cuando volviera su marido. Era un comandante famoso por su crueldad y tenía muchas esposas y muchos niños en diferentes campamentos. La mujer y los hombres regatearon por el precio de la sangre.

—Mira ahí... Mira ahí —dijo Hadja con un extraño y serpentino brillo en los ojos.

Ví un pasillo largo al que daban una serie de cubículos, y en cada uno había una cama de hierro y una bombilla pelada colgando del techo. Allí era adonde llevaban a las chicas. Allí era adonde la habían llevado también a ella. Siempre lo hacían antes de la batalla, para que se encendieran, para que arremetieran con todo, saciados y enardecidos por el combate.

Conté a mis amigas esa espantosa historia y esperamos, sin saber si vendrían o no, pero convencidas de que así sería.

Y entonces ocurrió.

Unos guardias nos cogieron a la fuerza y nos llevaron en fila hasta la Casa Azul. Había una música atronadora y luces encendidas en distintas partes de la casa. Vimos un tumulto de hombres, gentuza, con atuendo militar y armas por doquier; llevaban cuchillos colgados del cinturón y se habían bajado la cremallera de la bragueta. Cuando crucé el pasillo, vi que habían encendido las bombillas que había encima de todas las camas.

Dos guardias me desnudaron, mofándose y diciendo que iba a servir a uno de los mandamases. Me había echado el ojo al entrar. Todos los pelos de mi cuerpo se erizaron aterrados y los soldados se inclinaron sobre mí, para mirarme, excitados, nerviosos, juguetones.

—Esta tiene ganas —dijo uno, y el otro lo repitió, con la cara tan cerca de la mía que le olí el aliento a cebolla.

Me prometí que me cerraría en un nudo, sería un bulbo enterrado, metido en un agujero de la tierra, y aunque el mandamás escarbara y arañara como un tejón, nunca me alcanzaría. Cerraría las puertas de mi mente. Era como una persona loca que cierra puertas y ventanas, pero en cuanto lo vi entrar, esas puertas y ventanas se abrieron a la fuerza. Era alto, con barba y una mirada maníaca en los ojos. Su ayudante cogió la pistola de su brazo extendido, mientras un segundo soldado le bajaba los pantalones y los doblaba con cuidado. Él no habló. Su poder estaba en su silencio y en la mirada de odio. Cuando se tumbó sobre mí, fue como si me echaran encima un tupido toldo negro, que me asfixiaba y cerraba el paso a todo lo demás. Yo sabía que me mataría si hacía algo mal. Intenté acomodar el cuerpo a sus necesidades, escuchándolo maldecir y arañar, echaba pestes porque yo no estaba lo bastante abierta, porque no se lo ponía fácil. Mis manos, con voluntad propia, se alzaron para arañarlo, para resistirse a él, y entonces se levanta, todavía metido dentro de mí, y les grita a los otros que se acerquen. Ya sabían qué tenían que hacer.

—¡Sujetadla!

—¡Contenedla!

—¡Abridle las piernas!

Sigue chillando, aunque los otros saben perfectamente cómo cumplir sus deseos. Siento que me muero y que no me muero a la vez. Me hacen una carnicería. Luego noto que algo me abre los orificios nasales y descubro el cañón de la pistola contra la nariz. Sé que en cuestión de minutos esa pistola explotará dentro de mi cabeza. «No me despertaré de esto, moriré sin haber acabado de gritar.»

Cuando todavía estaba saliendo de mí, se puso a vociferar que le llevaran una jarra de agua caliente para lavarse.

Fueron pasando otros, solos o en parejas, se carcajaban, comían de mí y

me saqueaban, se vaciaban dentro de mí. Notaba su urgencia. Mientras tanto, los camiones tocaban la bocina en el patio. Al cabo de un rato, todos se habían fundido en uno solo, habían dejado de ser hombres con rasgos humanos. Entré y salí de la cordura, pero no estaba muerta. Se aseguraron de que así fuera. Me devolvían a la vida a la fuerza con unos bofetones salvajes. Para saciar sus placeres. Lo mismo les sucedía a mis amigas en los cubículos que tenía a derecha a izquierda, pero aun así, ninguna lloraba. Calladas como cadáveres. Observé las moscas de aquel asqueroso techo, arracimadas alrededor de otras moscas muertas.

El último que fue llegó solo, rabioso porque lo habían hecho esperar, e indignado ante el desastre con el que se encontró. Decidió que solo mi boca estaba lo bastante limpia para su «soldado» y abrió los músculos de mi mandíbula sin piedad.

Por fin, todos se marcharon. Oí pasar los camiones por la puerta abierta, entre vítores y gritos de victoria.

Me senté y me limpié la cara con la tela de la *iro*. Por detrás de la ventana, la fosa común bebía su ración de rocío y deseé haber muerto yo también.

De los cubículos que me rodean solo llega un silencio sepulcral. Mis amigas, igual que yo, están sentadas en la cama, esperando a ver si son capaces de incorporarse, luego se miran las unas a las otras y fingen ser valientes. No había nada que decir, nunca llegamos a decir nada al respecto entre nosotras.

Después, la repentina oscuridad cuando se apagan los generadores y cesa la música. Es mejor así. No tendremos que mirarnos a los ojos cuando nos reunamos en el pasillo.

Al salir al patio había oscurecido. Nos apiñamos, pero a la vez estábamos solas, solas en medio de una soledad tan profunda que nunca nos abandonaría. Había niebla por todas partes, en el cielo, en el ambiente y en nuestro

entumecido ser. A Fatim le temblaban las piernas como al pequeño Bambi, y dijo que si iba a tener un bebé, sería una niña y la llamaría Jesús. Jesús sería una mujer.

Las que ya estaban dormidas cuando llegamos al dormitorio murmuraron irritadas que por qué las habíamos despertado. Unas cuantas se levantaron por curiosidad y, a la luz titilante de una linterna nos contemplaron, estábamos con las manos sobre las túnicas rasgadas, muertas de vergüenza. Apartaron la mirada con frialdad, ellas, que habían vivido cosas mucho peores, porque llevaban mucho más tiempo allí.

Cuando me tumbé bocabajo en el jergón, una chica me tocó el pelo, apenas un roce. Tenía un puñado de nueces. Las desmenuzó y nos las comimos juntas, casi en silencio. Se llamaba Buki. Así nos hicimos amigas.

Buki era el diminutivo de Bukola. «Bukola, una bendición de Dios.» Vivían en una aldea próxima a los montes Mandara. Su padre tenía una granja modesta, y además de cuidar de los animales, salía a pescar cada dos fines de semana y se quedaba con otros pescadores del pueblo en una tienda de campaña. Vendía parte del pescado a un gran hotel que habían construido poco tiempo antes. Parte del pago consistía en dos cenas en el hotel, donde les servían puré de boniato con muchísimos huevos fritos, y sorbete de limón de postre. Su madre no estaba con ellos. Su madre se había marchado cuando Bukola todavía era pequeña; había regresado al sur porque iba más con ella. Según decía su madre, el norte era la tierra de los ganaderos, y ella estaba acostumbrada a una vida más elegante. Así pues, la crio su padre. La quería mucho.

Una tarde, justo antes del anochecer, volvió de la granja y me encontré acorralada con las demás chicas de varios pueblos. Los jóvenes estaban apiñados en otro grupo, a punto de ser apresados también. En el centro de la explanada habían excavado una fosa y los ancianos, tanto hombres como mujeres, estaban allí apelotonados, suplicando que no los mataran. Mi padre tenía unos cuantos nairas metidos en la camisa, así que los sacó y se los dio a los yihadistas a cambio de mi rescate. Le quitaron el dinero y luego arrojaron a mi pobre padre a la fosa junto con los ancianos, que habían presenciado lo que había intentado hacer y lo despreciaban por eso.

Llevaron varios caballos; los jinetes los azuzaban y los contenían a la vez con las riendas. Al principio los caballos vacilaban. Oían la sangre. Oían la muerte. Los ojos les daban vueltas, enloquecidos. Después de cubrir de tierra el foso, colocaron a los caballos encima y les hicieron dar saltos. Enseguida, los animales le cogieron el gusto al juego, repicaban con los cascos, y en cuestión de minutos estaban desbocados y mostraban un júbilo desmedido con su tarea.

Mi padre no llegó a mirarme a los ojos. Siempre decía que cuando uno muere, lo que queda atrás es el alma. Decía que el alma no pesa nada, porque tiene origen divino.

Una alambrada de espinos nos rodeaba con su demente espiral. También había alambre espinoso en el suelo para que tropezásemos. Lo llamaban «la ciénaga». Allí era adonde íbamos a hacer aguas mayores, a primera hora de la mañana, mientras los hombres aún rezaban. Una zanja putrefacta y abandonada, llena de moscas y mosquitos, con hierba alta y árboles medio caídos.

Cada una buscaba algún rincón discreto, porque, aunque a ojos de ellos éramos furcias y a nuestros propios ojos éramos repugnantes, nos aferrábamos a los últimos resquicios de decoro. Cada chica buscaba un rincón apartado y después un charco o un chorrito de agua en el que limpiarse. Todas rezábamos para que nos bajara la regla. Había chicas que comían raíces u hojas para no quedarse embarazadas. El brillo encarnado de la sangre en esas altas briznas de hierba era nuestra única liberación. Yo miraba mi mancha y le daba gracias. Pensaba en mi madre y en que si estuviera en casa, seguro que se alborotaría y me perseguiría con agua caliente y un paño, me diría que la regla era una maldición de la naturaleza. Visualizaba nuestra cocina hasta en el último detalle, incluso las motas de polvo suspendidas en el aire y las capas de polvo ya solidificadas que se habían aposentado. Era incapaz de decir hasta qué punto estaba alejada de mi madre y de todo. La ciénaga era el único hogar que conocíamos. Era donde intentábamos entablar amistad unas con otras.

Algunas chicas de nuestro colegio se volvieron más ariscas y reservadas. El

malestar desquiciante del campamento había calado en ellas. Eran como sonámbulas, estaban distantes, encerradas en sí mismas, murmuraban a todas horas.

Espías que merodeaban por todas partes.

Una mañana, una mujer soldado subió apresurada la colina. Corrían rumores de que las chicas planeaban escapar. La habían mandado para advertirnos. Muchos años antes, a ella también la habían secuestrado, junto con sus cuatro niños y un grupo de mujeres y sus hijos. Los habían sacado del pueblo cuando los hombres no estaban. Los obligaron a caminar por un bosque tupido, sin nada que comer salvo hojas, y agua de la cuneta como única bebida. Noche tras noche, mientras sus captores dormían, las mujeres rezaban, hasta que se atrevieron a huir, pero las atraparon enseguida. Alá había decidido su destino. En aquellos momentos no podían imaginar lo enamoradas que estarían de su nueva vida y lo mucho que las transformaría la verdadera iluminación.

Nos hablaba mirándonos una por una, movía los ojos llena de júbilo.

—Si intentáis escapar, os traerán de vuelta. Os encerrarán tres días en una celda incomunicada. Allí tendréis que orinar, allí tendréis que defecar y luego, sucias y mancilladas, os sacarán al patio para azotaros en público. La siguiente vez no tendréis tanta suerte.

Después se marchó.

En el patio se oyó un alboroto. Las tres chicas a las que habían separado de nuestro grupo al principio estaban ahora sentadas de paquete en unas motocicletas. Iban vestidas para viajar, con el hiyab dispuesto con elegancia alrededor de la cara, como princesas. Los motoristas estaban de pie, impacientes, igual que si se apoyaran en los estribos de un caballo, deseosos

de irse.

—Van a venderlas como esposas a unos hombres ricos de Arabia —susurró Orpah, y el rumor se propagó.

La Secta hacía eso con las chicas más guapas, para engrosar sus arcas.

Orpah era amiga mía de la escuela primaria. Recorriamos juntas el largo camino de vuelta a casa todas las tardes, y a veces robábamos fruta de los huertos de los centros comunitarios. Ella tenía un truco para hacerlo, con un palo. Le hice una señal, pero no pareció verla. Ninguna de las tres chicas nos reconoció. En lugar de eso, apartaron la cara, imaginando sus nuevas y afortunadas vidas, con la mirada perdida en la cautivadora distancia.

Llovió de manera torrencial. Era como si el cielo no pudiera parar de derramar agua y el suelo estaba encharcado. Se nos hundían las sandalias en el barro. Era muy temprano. De repente sonó una orden por el altavoz. Teníamos que reunirnos de inmediato junto a la mezquita. Creíamos que había un ataque aéreo y que nuestros soldados habían ido a rescatarnos, porque, aunque éramos esclavas, también éramos rehenes, y podían intercambiaros por una gran suma de dinero. Nos habían entrenado para esa situación. Habían construido búnkeres bajo tierra y un día nos llevaron allí en grupos pequeños, nos hicieron bajar y luego taparon la entrada. Estaba totalmente oscuro y lleno de gusanos, como un cementerio. Fuimos incapaces de articular palabra.

Cuando salimos al patio, nos encontramos con una escena que no se parecía a nada que hubiésemos visto o imaginado. Habían cavado un hoyo y habían aplanado la tierra alrededor. Los hombres se iban congregando como si se preparasen para un gran espectáculo. Otros dos hombres, que eran enterradores, según supimos más tarde, se quedaron plantados uno a cada lado del hoyo. Varios obreros arrastraban carretillas llenas de piedras, que iban acumulando, en completo silencio y malignidad. Las piedras eran de todos los colores: grises, negras, carbón, con aristas puntiagudas, y las habían escogido a conciencia para lo que iba a suceder. Se percibían los cuchicheos curiosos que preceden a un acto infame. Tiraron de la mujer para que avanzara mientras otros la empujaban por detrás como si fuera una mula. Era la mujer más

hermosa de todo el campamento. Era la esposa del emir, y había corrido la voz de que iban a lapidarla por adúltera.

Yo la había visto una vez en la tiendecilla, adonde me habían enviado para que abriera cajas, el botín recién llegado de una aldea que la Secta había saqueado. Ella tenía el privilegio de elegir la primera entre las galas, las baratijas y las prendas de ropa robadas. Lentamente cogió unos chabacanos brazaletes, jugueteó con ellos y los admiró uno por uno. Era una mujer altiva. Una sirvienta le sujetaba un espejo para que se contemplase. La mujer se reía ante la imagen de su propia belleza y del estatus de ser la esposa elegida.

En ese momento, los hombres la midieron con una soga y deslizaron la cuerda por el hoyo para asegurarse de que las medidas coincidían. Eran muy meticulosos con eso. La mujer miró la despreciable estampa que la rodeaba, a los hombres, entre ellos tal vez su marido, a los rangos inferiores, a las esposas, concubinas y sirvientas, casi de forma abstracta. Luego hicieron que se introdujera en el hoyo, hasta que lo único que quedó a la vista del público fue la cabeza y el cuello, que sobresalía justo por encima del borde.

La exaltación fue en aumento. Los hombres, agitados, suplicaban que les dejaran el honor de ser quienes tirasen la primera piedra. En cuanto oyeron el repicar de una carraca de madera, todos corrieron al montón de piedras y apuntaron hacia la adúltera. Cayó la primera, que le rebotó en la nuca, y la mujer se estremeció dentro del confinado espacio en el que la tenían metida. Trató de eludir las piedras que le arrojaban desde todas partes; en un lado de la cara empezó a chorrearle sangre, que luego quedó lavada por la lluvia. Temblaba indefensa. Las piedras caían como el granizo, monstruosas, destrozando sin piedad el que había sido el rostro más legendario del enclave. En el otro lado de la cara, se le desprendió una parte de la mandíbula, y cuando la mujer gritó, sus chillidos se transformaron en los aullidos victoriosos de sus verdugos.

Yo quería que muriera enseguida, que muriera antes de que pudieran desfigurarla aún más, pero destrozada como estaba, todavía no había muerto; sus ojos se movían enloquecidos. Intentó mover la cabeza de nuevo, una y otra vez trataba de huir de su destino, forcejeaba para sacar las manos de la tierra en un último gesto inútil de desesperación. Sin embargo, la sentencia fue implacable. La sangre manaba a borbotones de sus venas. Las propias piedras estaban manchadas cuando caían al suelo, pero alguien las recogía al instante, para continuar con la escabechina.

Ahora era una especie de espíritu macabro, una triste imitación de quien fuera en otro tiempo, sangrando por un lado y con la piel arrancada por el otro. Los hombres rugieron, triunfantes. Era evidente que a la mujer apenas le quedaba aliento vital y sus ojos, que había cerrado con mucha fuerza, se abrieron en un último espasmo horrorizado, conscientes de su final, antes de que le cediera el cuello, pesado e inerte. Las piedras mismas, cómplices del acto, fueron amontonadas en las carretillas, a punto para el siguiente uso. Lo más extraño de todo era su pelo, tal largo y lustroso que parecía tener vida propia.

El campamento estaba casi desierto. Un rato antes, los terroristas se habían marchado en los camiones, junto con la mayor parte de las chicas, a las que habían llevado consigo para que los ayudasen a construir unos refugios en el bosque destinados a las nuevas rehenes que acababan de llegar. Me senté bajo el enorme árbol con la idea de estirar los huesos. Había estado preparando la cena. Tocaba ternera, que se tostaba en la inmensa hoguera exudando sus jugos. Una de las esposas del emir me había llevado un juego de cuchillos nuevos. Iban en un estuche, con ranuras para cada cuchillo.

Entonces vi a cuatro hombres que cruzaban el patio. Uno de ellos destacaba sobre el resto, delgado como una anguila y con aspecto de gallito. Llevaba una camisa chillona. Habían puesto la música del móvil a tope.

De repente se adelanta corriendo y me tira al suelo. Me quita la *iro* que me envuelve y pide por señas a los otros para que hagan fotos con el móvil; y entonces ocurre. El chasquido de su bragueta, el calor de su aliento cuando me penetra al ritmo de la música. Los demás también se mueven y hacen fotos sin parar: de mi cabeza, que él sujeta hacia atrás con manos mugrientas, de mi cara, mis dientes apretados y su silueta danzarina, arqueada.

En mi interior hay un vacío negro, pero no es lo bastante grande para ocultarlo todo en la negrura. Saco uno de los cuchillos y le rajo el cuerpo de arriba abajo para que quede partido por la mitad. Pero no se muere. Los alardeos del grupo, el brillo competitivo de sus cámaras lo han envalentonado.

En ciertos momentos, se pone de lado para que la cámara pueda enfocar de cerca. Sus amigos alimentan su bravuconería, su deseo ardiente y su odio hacia mí. Se ríen cuando grito mientras él sacude todo mi cuerpo en esa triste tierra.

Hasta que muere el último sonido en su garganta no me deja tranquila. Pero la tortura no ha terminado. Quieren fotos de mi cara, mi cara contra el suelo, apagada, horrorizada, desprovista de vida. Entonces se extinguen todas las cosas, todo salvo los cambiantes borrones negros que nadan detrás de mis ojos.

Se marchan a toda prisa y su música atrona a lo lejos.

Una chica a la que apenas conozco se acerca a mí. Me tapa con la tela de la *iro* para cubrir la vergüenza. La copa del enorme árbol se yergue paciente contra el cielo y las hojas murmuran igual que antes de llover. Entonces noto una brisa procedente del bosque, una brisa fresca que presagia lluvia sopla sobre todo mi cuerpo y me recorre las piernas como una tela de seda. La lluvia llega en sonoras ráfagas, rachas de lluvia que caen y lo lavan todo hasta dejarlo impoluto. La lluvia es fuerte, repentina y piadosa. ¿Ha sido Dios quien la ha mandado o habrá sido el Hacedor de Lluvia? ¿Habrá presenciado Dios lo que ha ocurrido y lo habrá escrito en su enorme libro de cuentas para el día del Juicio Final? «Dios mío, vacíame de él. No pido tanto...»

¿Conoceré alguna vez el idioma del amor? ¿Volveré a saber alguna vez lo que es un hogar?

Una de las esposas del emir fue al dormitorio mientras nos desnudábamos y mandó que quienes tuviéramos la regla levantásemos la mano. Yo levanté la mano, junto con otras cuatro, pero era evidente, porque un chorrito de sangre nos caía por las piernas. Los andrajos que usábamos no eran absorbentes y, además, no teníamos imperdibles con los que sujetármolos a la ropa interior.

Nos levantamos, un poco avergonzadas, mientras ella lo comprobaba y apuntaba nuestros nombres y el catre en el que dormíamos. La noche siguiente se levantaron más manos, y al cabo de dos días éramos nueve en total. Imaginamos por qué nos lo había preguntado. Un futuro esposo había destacado en combate y la recompensa era casarse con una chica que no estuviera embarazada.

Por la mañana nos llevaron a que nos viera. Nos quedamos todas de pie en un grupito y luego la mujer nos dijo que nos separásemos; el joven caminó entre nosotras, evaluándonos como si fuésemos ganado. Era más bien bajo de estatura, llevaba parte de la cara descubierta y se le notaba un párpado caído. No miró a los ojos a ninguna. Luego, en la tercera vuelta, se entretuvo un poco más donde yo estaba y supe que esperaba que le sonriera, pero no lo hice. Después, la esposa del emir y él fueron a otra habitación mientras nosotras esperábamos, inseguras, porque quién sabía qué era peor: satisfacer los caprichos de un solo hombre, o de los seis o siete que nos acosaban por la noche. Entonces la mujer me indicó que fuera a otra sala y, de camino, me

felicité por ser tan afortunada.

Me mandó sentarme, pero el soldado y yo no intercambiamos ni una palabra. A pesar de todo, íbamos a casarnos.

Más tarde, la esposa del emir me dio el dinero de la dote y me dijo que fuese a la tienda a comprar cosas. Compré un pañuelo de algodón limpio, compresas y un paquete de galletas para compartirlas con mis amigas.

Cuando entré en nuestro dormitorio, mis amigas se mostraron frías conmigo. ¿Por qué yo y no ellas? Buki estaba a punto de echarse a llorar.

—Iré a buscarte al jardín —le susurré, pero no me contestó.

La ceremonia fue muy rápida y muy sencilla. Me colocaron de pie junto a la mezquita, y el emir recitó unos rezos y leyó versos del Corán, que tuve que repetir tras él. Mi marido no estaba presente.

Nuestra cabaña se encontraba en penumbra cuando me reuní con él dentro. La cama en la que nos sentamos era baja y él me cogió de las manos y las puso entre las palmas de las suyas como muestra de gratitud. Entonces me dijo su nombre, que repetí antes de decirle el mío. Mahmud. Maryam. Yo sabía que no lo amaba.

Me regaló un velo, que debían de haber robado en el saqueo de una de las tiendas de la ciudad antes de incendiarla. No olía a quemado. Cuántas chicas lo habrían admirado en el escaparate y habrían soñado con poseerlo, y dónde estarían ahora todos esos sueños. Perdidos en la nada infinita. Y dónde estarían quienes los habían soñado.

Mahmud se mostró cauteloso, no como los brutos del campamento, y supe que tendría que animarlo yo. Me quitó la ropa y luego se quitó la suya, me palpó todo el cuerpo, como podría hacer una persona ciega, y esa fue su forma de declararme su esposa. Maryam. Mahmud.

Fuera llovía a cántaros y oíamos el repiqueteo de la lluvia en la hierba que crecía en el techo de la cabaña, mientras continuábamos sentados,

posponiendo el minuto siguiente, y el siguiente. Entonces, justo antes de meterse en el catre, tiró de algo que había debajo. Creí que sería un arma, porque había muchos que empuñaban la pistola para alardear mientras nos violaban con despreocupación. En lugar de eso, vi que era un cable largo con puntitos metálicos que de repente emitió una luz parpadeante. Las lucecitas titilaban, moradas, azules y rojas, por todo el suelo, se reflejaban en su párpado caído y en mi mano, que buscaba la suya.

Por la mañana me tocó los labios delicadamente con el índice y me dijo cómo se llamaba su madre: Onome. Ella era la persona a la que más quería. Se había alistado para salvarla de la hambruna. La Secta siempre rastreaba los pueblos para reclutar a los jóvenes en edad de luchar, y les prometía mucho dinero. Una noche llegaron a su aldea y no tardaron en convencerlo. Escondió el dinero en el granero, donde sabía que su madre lo encontraría, pero no se despidió de ella.

—¿Y la dejaste sola?

—Ahora este es mi lugar —dijo, como si hablara con uno de sus comandantes.

—¿Qué te pasó en el ojo? —le pregunté.

Y pensó un instante antes de responder. Cuando era niño, en su pueblo, se había visto en medio de una escaramuza entre musulmanes y cristianos y alguien le había dado sin querer con una piedra que iba dirigida a otra persona, pero que aterrizó en su párpado y se lo partió.

—¿Puedes ver? —le pregunté.

—Puedo verte a ti —me contestó.

Cada uno nos dedicábamos a nuestras obligaciones y nunca nos reuníamos antes del anochecer, cuando le servía la cena y observaba, a cierta distancia, mientras él comía. Luego comía yo. Después, él rezaba.

—Pero tú no te has convertido —me dijo.

—No, no me he convertido —respondí, pero a Mahmud no lo temía tanto como a los demás.

Algunas veces se ausentaba días o semanas durante algún asalto; nunca me decía dónde había estado ni cuáles habían sido los estragos del combate. Regresaba ávido de comida, de comodidad, de descanso. En esos momentos, recién llegado de una batalla y preparándose para la siguiente, era como un soñador; apenas hablaba, como si quisiera separar los dos mundos, las dos mitades de su ser. Trabajó unos días en el cobertizo que servía de carpintería y construyó una estantería para colocarla encima de nuestra cama, donde pusimos la linterna, mi peine roto y la navaja de afeitar con la que se arreglaba la barba. Le encantaba su barba y hablaba mucho de ella.

En el campamento reinaba el caos. Había llegado un camión y habían dispuesto los cadáveres en fila, junto a la mezquita. Permitieron a las esposas que buscaran a sus maridos, pero no podían llorar. A algunos hombres les habían volado la cabeza, así que las mujeres tenían que identificarlos por una bota o por algún retal de ropa.

Mahmud no estaba entre los caídos. No lo amaba, pero tampoco deseaba su muerte.

Me lo llevaron unos días más tarde; lo metieron en la cabaña y lo tumbaron. Un soldado sujetó una linterna por encima de su cuerpo, y con la tenue luz le vi la pierna derecha, rota y despellejada, con una herida supurante. El enfermero que lo había llevado también me dio ungüentos y vendas, pero dijo que sería mejor dejar la herida abierta al aire y evitar que se rascase.

—¿Y si hay que amputarle la pierna? —pregunté.

—Entonces ya no sirve para combatir —fue la respuesta.

Se quedó allí tumbado en la penumbra, lejos de mí. De vez en cuando hablaba consigo mismo, pero a mí no me dirigía la palabra. La esposa de uno de los ancianos entraba para vestirlo y me mandaba salir. Yo espiaba por el

agujero de la ventana. Observaba cómo le echaba agua de un barreño de plástico, lo remojaba entero varias veces, luego le secaba el cuerpo, el pelo y la barba, esa barba que ahora él se atusaba por la noche. Le llevaba sopa hecha de restos de carne y huesos. Mahmud estaba tan débil que se limitaba a sorberla. Bebía infusiones a base de flores, que la mujer llevaba del pueblo. Las esposas de más edad, como ella, tenían permitido salir del campamento, cruzar la frontera, pero yo nunca ansiaba salir, porque sabía que si echaba un vistazo al mundo exterior, se me partiría el corazón.

Como me sentía sola y despreciada, me dedicaba a pasear por ahí y confiaba en encontrarme con alguna de mis antiguas amigas. Un día vi a Buki en el huerto, con el blusón color caqui, la cara arrugada, totalmente entregada a la tarea de arrancar raíces retorcidas de los árboles para ampliar un pedazo de jardín. En dos ocasiones se incorporó y levantó la cara, pero no me reconoció. Tuve ganas de decirle que estaba embarazada, pero me fue imposible. No se lo había contado a nadie.

Pasaron las semanas y mi marido seguía sin recuperarse. Su mente divagaba. Lo oía hablar consigo mismo, o con esa criatura que acunaba sobre el regazo, como si fuera un niño. No tenía la menor idea de qué era aquello. Me moría de ganas de quitar la tira de luces de colores que había decorado nuestra luna de miel y, una noche, para mi sorpresa, me dijo que la quitara. Había extendido la pierna en un taburete y vi que supuraba.

—Soy un animal... Soy un animal —repetía con furia.

Ya no podía contenerse más. Su batallón había arrasado el pueblo del que provenía él. Lo mandaron de avanzadilla junto con otros tres, a través del camposanto. Las maltrechas chozas de barro estaban en silencio, todos dormían; su madre se hallaba en una de ellas. En cuestión de minutos, todo el asentamiento se desmoronó. Su primo hermano intentó escapar, y cuando el comandante vio que se escabullía, lo apresó. Entonces ordenó a Mahmud que

matara a ese primo con un cuchillo. «Clávale tres veces el cuchillo», dijo el comandante, así que tres veces se lo clavó, como si cortara leña.

Entonces perdió la cordura y empezó a decir cosas sin sentido, hablaba de las nueve hijas de no sé qué dios y de la imagen de una cabeza decapitada.

—Una cabeza decapitada es algo repugnante y salvaje.

Eso era lo que sostenía en el regazo, era la criatura con la que había conversado durante todas esas semanas y que acunaba en brazos.

—Calla, Mahmud, o te dispararán.

Yo sabía que si lo oían, lo llevarían afuera para darle una paliza, o algo peor. Intenté que se calmara.

—Una cabeza decapitada es algo repugnante y salvaje.

Era imposible sacarlo de su delirio.

—Voy a tener un hijo y nos dispararán a los dos —le dije. Eso lo sobresaltó.

Interrumpió su letanía y me dijo que fuese a buscar una bolsa de plástico que había debajo de la cama. Dentro había hojas de periódico plegadas, y cada una de ellas contenía un sobre lleno de dinero. Era el dinero que les entregaban después de los saqueos más fructíferos para inculcarles la sensación de que eran libres, algo que no eran. Los billetes estaban sucios y rasgados. Olían a carne. No los conté.

—Pero es el dinero de la libertad —dije sujetando un fajo.

—Escóndelo... No se lo digas a nadie —me contestó, y me acarició la mejilla en un tímido recuerdo de cómo habíamos sido en otra época.

Entonces se echó a reír, una risa histérica y desquiciada. Se acordó de algo gracioso. Como recompensa por su valentía, lo habían invitado a sentarse en la cabina del camión junto al conductor, y así, cuando llegaron a la base, sus camaradas lo habían recibido como a un héroe.

Fue la última vez que estuvimos juntos como marido y mujer.

Los dolores empezaron al despuntar el alba. Mahmud no estaba en la cabaña. Vivía apartado de mí desde la noche en que me había confesado su perfidia. Dormía en otra cabaña cerca de la muralla, junto con otros vigilantes que ya no servían para el combate.

Una vez que me puse de parto, llamaron a las mujeres. Eran de pueblos que había tomado la Secta, pero no las habían maltratado debido a sus habilidades como comadronas.

Había unas nueve mujeres en el grupo, todas con armas, que dejaron en el suelo.

Me pusieron en un espacio abierto con un tejado de paja, con sacos de arroz vacíos en el suelo para que sirvieran de paños y sacos llenos de cemento en un rincón. Llevaron varios objetos: trapos, palanganas de agua, palos finos muy bien limados y hatillos de hojas. Más tarde me enteré de que las hojas eran tanto para ponerme una cataplasma en la frente como para preparar una infusión, que me hacían beber cuando el dolor era extremo.

Charlaban, se reían y armaban alboroto, y no tardaron en ponerse a discutir entre ellas sobre qué era mejor hacer y qué no. Una mujer llamada Rashida me humedeció los labios y me dijo que fuese valiente.

Los soldados ya estaban en el patio, disparando al aire llenos de expectación. Las mujeres me dijeron que el auténtico júbilo llegaba con el nacimiento, siempre que fuera un varón, claro. Un futuro guerrero. Si era una

niña, había menos disparos y nada de celebración.

El dolor se agudizó y, para aliviarlo, Rashida metió los palitos limados en una cazuela de agua y empezó a salpicarme. Varias de las mujeres parecían enloquecidas, gritaban oraciones y encantamientos. Cada vez que yo soltaba un alarido, una mujer furiosa me agarraba del pelo y me decía que aquello era mi deber como madre. Corrían de aquí para allá, discutían mucho, y entonces una me colocó unas piedras en el pecho para acelerar el parto. Calentaron pimienta en el fuego que habían encendido fuera y a continuación me extendieron una pasta caliente por toda la cara. Sentí que me ahogaba. Empecé a estornudar y supliqué que me sacaran al aire libre.

Cuando rompí aguas, pensé que todo sería más fácil y que Babby se escurriría y nadaría hasta salir de mí como un pez, y luego se retorcería en el suelo.

Me cogen en brazos y me colocan sobre los sacos de cemento, para que mis nalgas queden levantadas. Me sentí como si me partieran en dos. Noté el cráneo, como un tapón de metal, que no acababa de decidir si salir o no, y luego retrocedía. Esto ocurrió varias veces. Me dijeron que tenía que contar el tiempo transcurrido entre contracciones y levantar el dedo. Ellas contaban dando patadas fuertes. El brebaje que había bebido me había mareado un poco. Me gritaron que empujara, hasta que dos de las mujeres metieron las manos dentro para tirar de la cabeza y sacarla. Noté los hombros, primero uno, luego el otro, clavándose para abrirse camino, y entonces oí su llanto animal y la rabia desatada contra el abominable lugar en el que había nacido.

Salió con un silbido húmedo, y en cuanto le cortaron el cordón umbilical y se lo ataron, levantaron a la criatura para que la viera. Era una niña. Oí los gritos de decepción. «No es un varón.» Dos mujeres, cuya tarea era anunciar el nacimiento, salieron a la puerta, cada una de ellas con un retal negro en la mano, y la furia fue instantánea. No hubo vítores de alegría, solo algún disparo

esporádico, y los hombres se dispersaron. Yo no sabía dónde se encontraba Mahmud, pero estuviera donde estuviese, el honor que él había confiado tener no llegó. La sangre manó a borbotones de mi cuerpo, seguida de unos coágulos pequeños que salían en una oleada silenciosa. Vuelven a ponerme en el suelo, para que no se manchen los sacos de cemento. Entonces Rashida me metió unos granos de maíz en la boca y me dijo que los masticara y me los tragara, porque esa cría iba a necesitar leche.

Algunas se quejaban de que la placenta se había atascado. Estaban hambrientas. Ví que luego la partían en pedazos y se sentaban en el suelo para comérsela. Otras mujeres recogieron las pistolas y se prepararon para marcharse. Habían acabado su misión.

La arpía que se había encargado de la cataplasma de pimienta me mandó limpiar toda la sangre antes de irme. Rashida se quedó un momento rezagada, sacó un tarro de jarabe de una bolsa, en el que había una pequeña ración de aceite. También tenía una mecha, que mojó en el aceite y luego encendió.

Me quedé a solas con mi hija por primera vez. Su llanto transmitía hambre y algo más. Me aporreó el pecho. Creo que en lugar de la leche se habría bebido mi sangre si hubiera llegado a ella. Le humedecí los labios con el agua que quedaba en la palangana. La escupió. Traté de cogerla en brazos, pero se me escurrió.

Recé para que fuera alguien, pero no llegó nadie, ni siquiera Mahmud. Tal vez se lo hubieran prohibido. Incluso me entra miedo de cogerla. Corro de un extremo a otro gritando a cualquiera que pase por delante.

Más tarde, no sé cuándo, me arrastro hasta donde está la niña. Me mira, mira a través de mí, con ojos inexpresivos.

Un gáñido, un silbato y luego un retumbar, como si la tierra estuviera desmoronándose. Nuestro ejército había acudido a rescatarnos.

No pude ver el avión porque estaba demasiado alto, pero entre la vaporosa oscuridad, unas cortinas de luz caían en picado y todo el patio se convirtió en un estallido de color. Aún no había amanecido.

Fue como si lo hubiera ensayado antes. Supe qué tenía que hacer. Cogí a mi hija, me la cargué a la espalda y escondí el dinero de la huida dentro de la *iro*. «Corre, corre.»

Bolas de fuego dan vueltas en el aire por el patio y los soldados de la Secta disparan desde sus trincheras, incapaces de detener el siguiente bombardeo. Nos gritan órdenes para que nos ocultemos en los búnkeres que nos habían asignado, pero nadie hace caso de esas indicaciones. Corrí entre el humo y la carnicería, corrí hacia el origen del fuego y, por extraño que parezca, resulté ilesa.

A medio camino me encontré con Buki, que me agarró por el brazo sin detenerse, y seguimos corriendo juntas. No habíamos vuelto a hablar desde mi boda, pero eso ya no importaba. Tuvimos que pasar por encima de los muertos y los agonizantes. Vimos a varias chicas, oímos sus gritos, sus gritos. Bicicletas, portátiles, neveras, paraguas, muelles de somier; todo salía volando y luego se mezclaba en montones grotescos sobre los muertos. La última estampa que vi de aquel infierno odioso y abrasador fue la de su

bandera negra, con su insignia de espadas blancas, hecha completamente jirones.

Mahmud estaba haciendo su turno de vigilancia. Era la tarea que le habían encomendado después de que le amputaran la pierna, pues ya no podía ser guerrero. No había hablado conmigo desde la noche en que me confesó su traición. Dormía en una cabaña cerca de la garita y alternaba las guardias con Musa, el mecánico. No había visto nunca a la niña. Fui yo quien le puso nombre. Babby.

—Vamos, vamos —nos dijo.

Musa trató de cortarnos el paso, pero Mahmud le dio un puñetazo tan fuerte que el otro se tambaleó.

Estábamos fuera.

Habíamos sorteado la trinchera y nos habíamos adentrado en la primera frontera del bosque. Estaba oscuro, más oscuro todavía en esa zona en la que las copas de los árboles se cerraban sobre nosotras. Los caminos y las pendientes estaban llenos de obstáculos, pero nosotras corrimos a una velocidad que no sabíamos que podíamos alcanzar. Nuestras piernas nos impulsaban.

Recorrimos una gran distancia antes de desplomarnos al abrigo de unos árboles tupidos. Con un mantillo de hojas muertas debajo, hojas verdes sobre nosotras y el corazón martilleando desbocado. Babby estaba dormida, parecía que estuviera muerta. Éramos incapaces de hablar. Un pájaro con el buche de color avellana piaba sin cesar desde el suelo mientras nos miraba con atención. Nos caían unos irreprimibles lagrimones. Por fin, Buki susurró:

—Somos libres... Somos libres.

Desde aquella remota mañana en la que se habían llevado a tres chicas para venderlas como esposas, la palabra «libres» no había vuelto a salir de nuestras bocas. Las hojas todavía albergaban rocío, así que levantamos la cara

hacia ellas para que nos bautizaran de nuevo, para que nos lavaran y nos dejaran limpias. Qué benigno era el cobijo que nacía de esos árboles, qué diferente del árbol de tamarindo bajo el que solíamos sentarnos.

Estábamos eufóricas. Besábamos las cortezas húmedas y musgosas y apretábamos la frente contra la corteza en señal de gratitud.

Buki empezó a sacar cosas de la mochila que guardaba en el jardín. Sonreía ante su propia capacidad estratégica. Siempre había confiado en que nuestro ejército llegaría y ella lograría escapar. Todas las noches almacenaba cualquier alimento que pudiera robar y siempre rellenaba una botella de agua de la cisterna que había en el jardín privado del emir.

Tenía frutos secos, un puñado de semillas y un trozo de pan, que partió en tres. Cualquiera que nos hubiera observado habría pensado que estábamos perdidas y éramos insignificantes, pero para nosotras éramos unas campeonas. Babby se metió su pedazo de pan en la boca y lo chupó, su único sustento del día. Arrancamos briznas de hierba y musgo para hacer almohadas, porque las raíces de aquellos árboles se habían extendido y eran duras y sinuosas. Buki y Babby se quedaron dormidas enseguida, pero yo no podía conciliar el sueño. Me dediqué a prestar atención por si oía camiones que cruzaran el bosque para volver a secuestrarnos. Más tarde, en mitad de un sueño, paso por aquel patio bombardeado y veo que sacan a sus muertos para darles sepultura. Veo a mis amigas, mareadas y distraídas, deambulando por ahí, buscando, sin saber qué o a quién buscan, pero con la certeza en el corazón de que pagarán con creces con sus cuerpos por ese bombardeo. En una fase de sueño profundo, soñé con Mahmud, con su cadáver machacado, liberado de toda obligación, reunido con su madre y su primo decapitado.

La noche llegó de repente; al principio las sombras revoloteaban etéreas, pero

enseguida tomaron cuerpo, más densas, más pesadas. El aire se llenó de crujidos, arañazos, chillidos de los terrores que nacen de la noche. Buki había ido a buscar comida. Llevaba mucho rato ausente. Mis pensamientos también eran sombríos. Me sentí sola. Pensé qué pasaría si Buki no regresaba. ¿Y si se había perdido por uno de esos senderos que serpenteaban hacia todas partes y hacia ninguna en concreto? ¿Y si no llegábamos nunca a la carretera asfaltada? Cogí en brazos a Babby. Costaba saber quién era la madre y quién la hija.

—Traigo manduca —dijo Buki muy contenta al regresar con unos puñados de dátiles que colgaban de sus delgadas ramas.

Nos los comimos de pie.

—*Dabino. Dabino.*

Nos atiborramos. Le di de comer a Babby de mi boca. Era la primera cosa dulce que probaba en su vida. Le encantó. Me pedía más. Y más. Yo no la quería lo suficiente. Qué desdichada había sido su vida desde el momento en el que la había traído al mundo con aquellas despiadadas comadronas.

El plan era caminar por la noche y contar mil pasos cada vez. Se lo había recomendado a Buki un jardinero que iba a veces al campamento desde la aldea. Sin embargo, me dijo que en lugar de contar cantaríamos. Las palabras de su infancia regresaron a ella con facilidad y confianza.

Mary volvió a casa, oo,

Mamá dijo: «¿Ahora qué?».

Mary dijo: «Ahora fiebre».

Mamá llamó al médico,

y este dijo: «¡¡¡Ahora fiebre!!!».

Mamá hirvió agua, oo,

Mary se metió en la tina, oo.

Agua caliente, agua caliente,

¡¡¡Mary se morirá!!!
Agua caliente, agua caliente,
¡Mary se morirá!

Seguimos por lo que nos pareció el camino más recto, pero no podíamos estar seguras. Ni siquiera nos veíamos las manos. Unos árboles inmensos se arracimaban y acentuaban la oscuridad, había palos en el suelo, ramas altas más gruesas y arbustos de espinos que nos arañaban los pies.

De pronto, algo peludo se cruzó en mi camino. Noté sus garras, sus uñas largas y el latigazo de su cola cuando aquello chilló. También yo chillé. Entonces oímos el rugido de un animal, un rugido vengador que pretendía avisar a todos los demás animales de la zona. Todos le prestaron atención. Sin duda, había quedado atrapado en una trampa y otros animales respondían a su llamada de socorro. Los pájaros salieron volando de los árboles, alarmados, algunos con sus crías en el pico, y un animal de mayor tamaño pasó junto a mí arrastrando un pesado cepo con las patas traseras. Buki no estaba conmigo. Se había adelantado. Mientras ajustaba mejor a Babby a mi espalda, caí de bruces, y me aferré a la tierra, que estaba muy suelta. Todavía se movían algunas ramas, pero por lo demás el lugar estaba tan silencioso que parecía que lo hubieran saqueado. Me eché a llorar desconsolada. Buki regresó al cabo de lo que me pareció una eternidad. Ella también estaba triste.

—Lo siento —dije, porque mi grito había desencadenado la algarabía.

—No volveremos a caminar de noche... Aquí somos unas pardillas —dijo, y me ayudó a incorporarme.

Ambas nos acurrucamos bajo la luz moteada de una luna velada por las nubes y dimos los primeros pasos, pisando el barro, hasta que llegamos a un camino que discurría entre grandes pedruscos, que se abrían hacia una amplia llanura de piedra que se extendía a lo lejos. Había mucha hierba y también

unos hoyos muy hondos en los que podíamos cobijarnos. Allí pasamos el resto de la noche.

Caí en un sueño profundo, aunque a la vez pensaba: «Estamos descansando, reuniendo fuerzas para poder continuar».

En un sueño vi el tejado de nuestra vivienda, donde se unía con el granero, y el trigo extendido para que se secase. ¿Llegaría a casa a tiempo de ayudar a molerlo? En el siguiente sueño, mi madre está sentada en una silla en medio de un mercado abarrotado con un plato de comida sobre las piernas. Siente vergüenza. Lleva un vestido marrón sin mangas nada favorecedor. «Pero si nunca te ha gustado el marrón...», digo. Me explica que ese vestido es un donativo. Así que somos más pobres que cuando me marché. Un policía le pide que verifique mi nombre, nuestro apellido y mi edad exacta. Mientras se dispone a contestar, se aturulla y el plato se le cae del regazo. Me despierto sobresaltada. Algo me golpea el pecho. Es Babby, con los puños contra mi esternón, intentando abrirlo. Parece que me suplique, que diga: «Sé que no hay mucha leche, sé que no hay nada, pero te pido que me cojas». La estrecho entre mis brazos con todas mis fuerzas. Sus suspiros eran lo que más me conmovía, tan lastimeros, tan tristes, como una anciana quejumbrosa. Repasé su cara con el dedo, una piel de seda y rocío, una flor nocturna que se esconde de día. Luego le metí dos dedos en la boca y los froté por todas las encías, notando dónde apuntaban sus dientes de leche.

—Las cosas mejorarán —le dije. Estaba convencida de que me entendía.

A su modo infantil, parecía captar lo que ocurría.

Una neblina matutina pendía a ras de suelo. La atravesamos al caminar. La

pisoteamos. Dormir nos había dado fuerzas y determinación. Pasamos por delante de un claro donde un agua negra y lenta salía de un agujero empapado; no era potable. Buki dijo que en el valle que había debajo sin duda encontraríamos ríos y alguna poza. Había soñado con sus días escolares y la profesora simpática que les leía una fábula todos los viernes. En el sueño, las palabras de la fábula regresaban a ella tal como se las habían contado.

Uban da dansa. «Padres e hijos.»

Había una vez un granjero cuyos cultivos recién plantados estaban quedando arrasados por ciertos animales. Una noche, el granjero puso una trampa de red para atrapar a los animales salvajes que merodeaban por allí con la esperanza de que le sirvieran de alimento. Cuando volvió a la mañana siguiente, encontró seis cabras y un perro bajo la red.

—Suéltame, por favor, te lo suplico —gimió el perro al granjero—. Porque no me he comido tus cultivos, ni te he hecho ningún daño. Soy un pobre perro inocente, como puedes ver. Soy un honrado padre...

Sin embargo, el granjero lo cortó en seco:

—Tal vez sea cierto, no lo dudo, pero te he pillado con los maleantes que destrozan mis cultivos, y deberás sufrir igual que la compañía con la que te has juntado.

Nos topamos con algo muy extraño. Estaba junto a un arroyo en el que quedaba escasa agua, y los juncos se empapaban de lo poco que había. Había piedras en el centro, piedras blancas y negras amontonadas. Un hombre, delgado como una araña, estaba sentado en un tronco caído. Iba envuelto en una tela sucia que parecía un camisón viejo y se había puesto una bolsa de plástico en la cabeza para protegerse del sol. Sujetaba una botella vacía con la mano, se aferraba a ella con la necesidad de un niño. Al principio nos pareció que

estaba muerto, pero luego nos miró, con unos ojos que sobresalían de su cabeza afeitada. Nos arrodillamos en señal de respeto, pero no quería eso, así que nos levantamos.

—¿Hay algún pueblo por aquí cerca, señor? —preguntó Buki.

Tuvo que repetirlo tres veces. Él se limitó a mirarla con frialdad, de un modo casi ofensivo.

—Solo intentamos volver a casa, señor —dijo Buki con tono suplicante.

—Por allá —contestó, y nos despidió con un gesto de su huesuda muñeca.

Cerca había un árbol partido por un rayo. No le quedaba ni un solo brote, ni una sola hoja. Todas las ramas estaban calcinadas y debajo vimos la estructura de la carcasa de un animal. No desprendía olor.

Seguimos bajando hasta que Buki vio lo que parecía una arboleda y corrió a explorar. Alguien, o tal vez la naturaleza misma, había intentado cultivar allí un huerto de árboles frutales. Los racimos de mango eran pequeños, muy apretados, y asomaban entre las delgadas ramas mustias. No tenían el rubor rojizo ni la piel dorada de los mangos de los mercados de nuestra zona, pero nos los comimos de todas formas. Su sabor era ácido, como el de los pepinillos encurtidos.

Entonces Buki cogió en brazos a Babby y fue a buscar algún alimento mejor.

De un árbol enorme habían brotado tres arbolillos. Entre ellos había un inmenso agujero en la corteza que formaba un hueco similar a una boca abierta.

—No... —dije, pero ella ya había metido la mano allí.

Rebuscó y sacó todo lo que había: ramitas, hojas muertas y un pico marrón, que era lo único que se había conservado de algún pájaro que invernaba. Al final, sacó unos pedazos de una sustancia gelatinosa que sostuvo en alto. A la luz parecían las hebras de un collar de tonos amarillos. Buki lo probó. La imité. Sabía a medicina. Babby escupió su parte. Buki la cogió en brazos y

dijo que irían a cazar. Mi amiga era más juguetona que yo, y mi temor secreto era que Babby la quisiera más que a mí. En lo más recóndito de la corteza resquebrajada de cierto árbol encontró unas perlas ambarinas que contenían gotas de jugo con un delicioso sabor a tarta.

Era un campamento militar abandonado poco tiempo antes. Había ropa vieja, calcetines usados y casquillos de cartuchos por el suelo. También había una poza con un recipiente metálico al lado, pero no salía agua. Buki giró la rueda y esperamos hasta oír un goteo y luego un chorro de agua, que nacía de las generosas profundidades de la tierra. Bebimos una taza tras otra.

Detrás vimos las ruinas de un edificio, probablemente donde en tiempos resguardaban a los animales, y un cobertizo que daba a un porche abierto. El porche está lleno de cajas, cajas metálicas con letras plateadas y brillantes grabadas encima: MRE, las siglas en inglés de «Alimentos listos para comer». ALIMENTOS: LISTOS PARA COMER.

Nos ponemos a rebuscar en las cajas, pero descubrimos que todas están vacías. Sin embargo, algo le dice a Buki que no debemos rendirnos, y al final regresa con un saco de polietileno en el que hay una bolsa con otro mensaje en letras plateadas, que nos informan de que contiene JUDÍAS Y SALCHICHAS. Lleva un envoltorio con instrucciones de uso. Según dice, hay que tirar de una cuerda que cuelga de un lateral y, si se hace bien, la bolsa exterior se abrirá y la temperatura interior pasará de la congelación al calor deseado. Hay que dejarlo cocer veinte minutos. No nos atrevemos a arriesgarnos. Algo podría fallar. Será mejor comerse esa cosa fría. Buki rompe una solapa superior, pero la bolsa está cerrada herméticamente y no se abre con tanta facilidad. Probamos con los dientes, tiramos y mordemos, hasta que al final ella coge una piedra y le hace agujeros. Mientras tanto, van cayendo lascas de hielo. Las

judías están recubiertas de salsa de tomate, y las salchichas, que son de las gordas, están cortadas en dados. Nos atiborramos. Encontramos unas gafas de aviador y nos las pusimos. Luego nos paseamos por el campamento manteniendo conversaciones imaginarias con los oficiales. Al ver que estábamos de broma, Babby también quiso jugar. No tenía ganas de dormir. No dejaba de parlotear y nos cogía de la mano a las dos para que la levantáramos en volandas. Estaba tan espabilada que tuvimos que hacer turnos para atenderla.

Buki cogió una piedra del suelo, se la escondió en una mano y yo tuve que adivinar en cuál. Me tocó a mí ser la primera en dormir una hora. Encontré una vieja casaca militar con el cuello ancho y me arropé bien con la prenda.

A la mañana siguiente continuamos, optimistas y resueltas, hasta que nos topamos con una tormenta que nos zarandeó en todas direcciones. Se levantó un viento desértico y la arena empezó a remolinear con furia loca. Nos hablábamos a gritos, pero ni siquiera así lográbamos oírnos. Babby se me escurría de la espalda como un fardo sin atar. Recuerdo vagamente que Buki me llamó, pero ya era demasiado tarde. Me deslicé por un túnel de oscuridad. Ella también resbaló mientras intentaba salvarme y cayó en aquel hoyo medio desmoronado. Los remolinos de arena se tragaron nuestros gritos de reproche. Tanteó para probar las paredes y ver si podría escalar por ellas, pero acabó con matas de hierba en las manos.

Entonces encuentra una pared donde la arena y el barro se han combinado para proporcionar una base levemente más firme en la que apoyar los pies. Hace unas hendiduras en esa pared, no lo bastante grandes para apoyar el peso de todo el cuerpo, sino unos simples agujeros en los que cabe parte del pie y que le permitirán trepar. En total hace cuatro. Ella saldrá primero y luego yo le

lanzaré a Babby y saldré la última.

—Tenemos que hacerlo así.

Es lo único que dice.

Veo cómo apoya el pie en la primera muesca y advierto el temblor asustado de su tobillo. Levanta el otro pie para subir a la segunda hendidura, lo consigue, y después de ascender los cuatro peldaños se detiene. Intenta parecer jovial y se yergue como lo haría en un circo, sobre una cuerda floja, para entretener al público. Se aferra con las uñas y se da cuidadosos impulsos, hasta que llega al borde; entonces se inclina hacia delante y suelta un grito final. La siguiente es Babby. Me quito la *iro* y la envuelvo con la tela como si fuera un arnés. Me estiro de puntillas, cada vez más alto, más alto, mientras Buki se esfuerza por conseguir atraparla. En el instante en que Babby cambia de manos oigo un llanto, un llanto de asombro.

Ahora me toca a mí. Me avergüenzo del terror que siento. Subo el primer peldaño y luego el segundo, y tanteo con la mano para encontrar la diminuta cavidad de la tercera y la cuarta hendiduras. Me quedo allí colgada, pero algo procedente del otro lado del miedo me insufla valor y me anima a continuar. Lo único que quiero es que las yemas de los dedos de Buki toquen las de los míos para saber que estoy a salvo. Entonces cometo una insensatez. Mi mente no tuvo nada que ver, fue un mero impulso inconsciente. Me dejé caer.

Oigo que Buki jadea mientras tira y tira de mí con la intención de subirme a pulso la mitad del trecho que falta. La pared de arena, a la que me aferro, se desmorona. Me encuentro con las manos vacías. Ahora es cuestión de minutos que todos los muros se derrumben sobre mí. Buki ya no grita, no le queda aliento, solo tira y tira hasta que por fin me sobresale la frente por encima del borde y muerdo la tierra. El viento se ha calmado. Buki está de pie por encima de mí, exhausta y desencajada.

—Lo siento —logro decir al fin.

—Estás aquí —dice sonriendo.

Fue lo mejor de todo: saberlo, sentirlo y perdonar.

Tenemos que encontrar agua para lavarnos, porque estamos rebozadas en arena. Caminamos un buen trecho, hasta que por fin damos con otra poza con un recipiente de calabaza colgado de un gancho. Primero bebemos. El agua sabe a arcilla y a materia. Tenemos tanta sed que nos la bebemos sin saber cómo, la sorbemos. Babby también sorbe su ración. Entonces lavamos a la niña y nos turnamos para echarnos agua por el cuerpo. Lavamos las telas de las *iros* y las colgamos en un árbol para que se sequen.

Llevamos un buen rato sentadas cuando de pronto oímos algo en el cielo. Es un rumor, poco más que un zumbido de abejas lejano. Estamos desnudas, como el primer hombre y la primera mujer de la Biblia. El vehículo que atisbamos de vez en cuando se mueve con sigilo, como un planeador. Gira hacia nuestra dirección. Sabemos que no son los terroristas, porque no tienen aviones, así que empezamos a dar saltos arriba y abajo, henchidas de felicidad. Descolgamos las telas del árbol y las sacudimos, frenéticas y atolondradas. El aparato se introduce en silencio en un cinturón de árboles y se dirige a un claro que está muy cerca de nosotras. Nos quedamos afónicas de tanto gritar. Entonces, justo cuando ya confiamos en que va a aterrizar, en que saldrán unos hombres que nos darán mantas o sábanas, nuestra esperanza se desvanece. El avión se inclina hacia un lado bajo un tul de nubes, luego atraviesa una nube más densa y se esfuma en la distancia, por el mismo punto por el que había aparecido. No había ido a buscarnos. Buki se acordó de que era un dron. Países de todo el mundo los mandaban a otros países con el fin de espiar. No eran más que máquinas, recabando información que sería transmitida vía satélite a algún territorio extranjero.

—No había nadie dentro —dijo Buki.

—¿Y por qué ha venido?

—Ahora peinan los cielos así. Son una nueva táctica de guerra.

—Pero nos han visto, ¿no?

—Pero para ellos no somos nada.

Nos quedamos allí plantadas, con las manos cruzadas sobre el tímido cuerpo, avergonzadas de nosotras mismas.

Tomamos una curva y vimos algo que confiábamos en no volver a ver jamás. El anciano había desaparecido, el arroyo estaba casi seco, las piedras crujían con el calor. Ahora los juncos estaban amarillentos por la sed. Buki se puso furiosa. Se culpaba. Cómo podíamos habernos desviado tanto.

—No hay que discutir —dije.

—No estamos discutiendo —contestó.

Entonces se acercó al árbol que había partido un rayo, dispuesta a romper la última rama que conservaba. No quería soltarse. Buki tiró y forcejeó con la rama. Perseveró hasta que empezaron a sangrarle los dedos. Lo que salió fue un palo seco, con los extremos blancos y astillados. Lo sacudió en todas las direcciones y maldijo los cielos.

—Pensemos —dije.

—¿En qué? —dijo ella cortante, y se marchó.

Lo peor de todo era la monotonía, los mismos árboles grandes, las mismas copas, la luz que se colaba a retazos, las mismas zarzas, la misma tierra cocida sin pizca de sombra, y nosotras, que literalmente nos moríamos de sed. En ningún momento desde que nos habíamos escapado ese bosque, esos árboles, esa bóveda del cielo nos habían parecido tan ajenos, tan malignos, tan despiadados y tan indiferentes hacia nosotras. Estábamos en el borde de la

existencia y lo sabíamos.

Cuando Buki regresó, vi que había llorado a mares. Tenía la cabeza gacha y revolvió en el suelo con el extremo de su palo.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

—Quiero seguir —dije.

Mientras caminábamos en silencio, recordé una capilla en la que nos habíamos colado una vez a última hora de la tarde. Estaba oculta en un bosquecillo, era una estructura pequeña, con la puerta abierta. Entramos de puntillas. Todo estaba patas arriba. Oía a requemado y había cántaros de barro rotos y desperdigados por el suelo. Vimos patas de pollo achicharradas y crestas de gallo descoloridas. Habían borrado la cara de las imágenes. Buki dijo que alguien había asaltado la capilla. La reconoció como el lugar donde los adoradores de árboles iban a celebrar sus rituales secretos en la negrura de la noche. Según ella, no era gente malvada, eran buenas personas, pero aun así algunos querían hacerles daño. Adoraban a un Dios distinto del nuestro, pero no mataban.

Cuando salimos, había pájaros ocultos en los árboles, colibríes que cantaban con toda la capacidad de sus pequeños pulmones.

—Puede que vuelvan —dije, refiriéndome a los adoradores de árboles.

—No volverán —dijo Buki, con una rotundidad terrible.

Después de la ardua caminata, los espinos, el hambre y la irritación, nos hemos reconciliado. Atisbamos la felicidad. Ahí estaba, esperándonos, una modesta ruina ahogada entre hierbajos, con unas briznas de paja negruzca asomando por el tejado. Alguien había dejado fuera una silla, como si acabara de desocuparla. La puerta se había salido de los goznes.

La encontró Buki, porque yo me había parado para dar de mamar a Babby y, de repente, a través de una barricada de árboles, oigo que me llama y me sorprende su entusiasmo, pues se había mostrado muy arisca un rato antes.

Nos paramos en el umbral, al principio vacilantes, y luego nos atrevimos a entrar. El tejado tenía goteras y el golpeteo del agua en el suelo de barro era como una prolongada súplica. Había moho por todas partes, una capa gris y difusa que cubría las paredes de arcilla; los utensilios y los platos estaban volcados y una tristona colcha naranja cubría la cama estrecha. Buki encontró una cesta de junco llena de cosas: unas tijeras, una hoja arrancada de una revista con fotografías de botes de pintura y un letrero en el que ponía DECORACIÓN DEL HOGAR. También había una manta cubierta de polvo. Buki vio un sombrero de paja de hombre aplastado y se lo puso a Babby. Había un reloj, que sacudió y se llevó a la oreja. Luego lo acercó a la mía, y por un instante oí el tictac. Después se detuvo. Encontramos un mechero en una funda roja brillante, con la mecha rota y oxidada. Buki intentó hacer girar la piedra una y otra vez, suplicando que soltara una mísera chispa. Había una vela verde

metida en una botella alta, con chorretones de cera verde incrustados en la boca. No teníamos cerillas.

Fuera de la cabaña había dos barriles llenos a rebosar de agua y un arroyo que discurría desde las colinas. En un cobertizo encontramos una pala, un azadón, un cepillo de jardín y semillas de hierba guardadas en una bolsa de yute.

El huerto, llano y soleado, era un amasijo de hierbajos, y en el suelo los corazones de manzana podridos estaban infestados de gusanos. Había hebras de lana de colores, flores de tela y un envoltorio plateado de chocolatina atados a los postes para ahuyentar a los depredadores. En una parcelita bien dividida en surcos, la flor morada de la patata asomaba aquí y allá. Buki se arrodilló y levantó unos cuantos tallos. Algunos tenían patatas pequeñas, cubiertas de barro, que quitó con unas sacudidas. Las contó. En los postes negros, algunos de los cuales estaban caídos, había recuerdos afectuosos del antiguo propietario. El hombre había intentado plantar un parterre de flores, pero lo único que quedaba ahora eran unas hojas negras y el polen amarillento y ajado de unas rosas silvestres.

Nos pusimos manos a la obra y limpiamos la cocina. Fregamos el suelo, frotamos la mesa de caballete, la silla rota y los distintos utensilios. Pasamos la escoba por las paredes varias veces hasta que recuperaron su color pardo y los hongos desaparecieron. Nos turnamos para sacudir la manta. La golpeábamos con furia, como si pegásemos a nuestros captores, y cuanto más suplicaban piedad, más fuerte los atizábamos con el palo de la escoba o con la pala. Bañamos a Babby en una tina vieja y luego nos aseamos nosotras, medio contentas, medio temblorosas, y por fin nos lavamos el pelo y dejamos que se secara al sol.

Para poder encender el fuego, Buki tuvo que practicar primero sola. Cuando era pequeña, los niños y las niñas iban al bosque los sábados con ganas de

vivir aventuras. Los chicos cazaban liebres y conejos, mientras que las chicas buscaban caracoles. Luego frotaban piedras para encender una hoguera y el chico que lo lograba se consideraba Superman. Por lo que Buki recordaba, los caracoles tenían un sabor delicioso, eran mucho más sabrosos que cuando los cocinaban en una sartén en casa.

Me senté fuera, en la silla rota, con Babby en el regazo. Hacía mucho tiempo que no me dedicaba a contemplar el atardecer, pero el de ese día era una bola de cobre en un cielo con madejas encarnadas que salían en todas las direcciones. Sentí que era un regalo especial para nosotras.

—Mira —dije.

Babby señaló con el dedo y miró, pero se mostró indiferente.

Justo antes de que anoheciera, Buki volvió con un cargamento de piedras en la tela de la *iro*. La observamos mientras frotaba la punta de una piedra en concreto con una de las caras de otra piedra, con la misma naturalidad que si estuviera encendiendo una cerilla. Saltaba a la vista que había practicado mucho. Apareció una chispa diminuta, demasiado débil y temblorosa para sobrevivir, pero había más al acecho. Unos puntos dorados del tamaño de una cabeza de alfiler que al soplarlos cobraban vida. Después los transportaba protegiéndolos con las manos hasta la hoguera que ya había preparado. Se encendieron unas llamas como lazos, llamas anaranjadas y azules y violetas que se alimentaban unas de otras y crepitaban.

Show me the diamonds

Show me the gold

Call me the answer

Oh yeah

Call me anywhere

I don't have a care

This is my world

Buki está radiante; su rostro resplandece a la luz de la hoguera; sus ojos, grandes y negros, son como la noche que se derrite. Baila con movimientos lentos y perezosos mientras Babby se tambalea tras ella. Algunas chispas salen disparadas, y los viejos árboles comidos por las plagas, con sus desordenadas barbas blancas, cobran vida crepitando gracias al fuego abrasador.

—*Oh pretty baby, oh pretty baby, oh pretty baby, yeah.*

Las palabras regresan a ella, junto con la exaltación de aquellas escapadas nocturnas de su adolescencia. Una vez cada seis semanas más o menos, cuando su padre y sus vecinos se marchaban al lago Chad a pescar, la mandaban a dormir a casa de su abuela. Allí se reunía con otras primas y dormían dos o tres, o incluso cuatro, en una misma cama. A las nueve en punto, sin falta, su abuela recorría la casa para asegurarse de que todas las ventanas tenían los pestillos corridos, convencida de que sus pequeñas invitadas se dormirían enseguida. En cuanto las muchachas oían roncar a la abuela, se levantaban. Como Buki era la más pequeña y la más ágil, tenía que saltar la primera desde el alféizar de la ventana; luego sus hombros servían de pedestal para que descendieran las demás. Al taxista, que era amigo suyo, le habían advertido que no podía tocar la bocina, sino limitarse a esperar hasta que ellas salieran. Había gente que se ponía a bailar de manera espontánea a las puertas de los bares o en las terrazas de las cervecerías, y el taxista siempre sabía dónde encontrar la mejor fiesta. Normalmente se dedicaba a llevar a las personas mayores a la iglesia, pero llevar a un grupo de adolescentes era su recompensa. Tenía ojos para todas y cada una de ellas. Era viudo y solía decirles a todas: «Quizá alguna de vosotras necesite novio», y ellas se reían y fingían no entenderlo. Estaban alborotadas, compartían la barra de labios, se ponían los zapatos mientras él recorría oscuras carreteras con baches,

convencidas de que a lo lejos oían la voz del disc jockey, el Romeo con su torera plateada, con su colección de discos, que les hablaba solo a ellas, solo a ellas: «Vamos, rápido, rápido».

Show me the diamonds

Show me the gold

Call me the answer

Oh yeah

Call me anywhere

I don't have a care

This is my world

La pista de baile era como el paraíso. Daba igual que estuviera en un campo, que fuera una simple estructura de tablones clavados y recubiertos de algún tipo de aceite, con una lámpara de queroseno bajo la cual se sentaba un chico con una palangana de plástico, en la que guardaba el dinero de las entradas. En un sitio vieron unos cuantos banderines, restos de unas elecciones que habían tenido lugar dos años antes. Todas las empalagosas conquistas del amor comenzaban en uno de esos lugares, y en los rincones en que la luz no alcanzaba las muchachas se veían envueltas en los brazos de algún desconocido que les hacía propuestas indecorosas.

Mientras tanto, el taxista, sentado en la parte posterior del coche, se esforzaba por que la única cerveza que le habían comprado le durase toda la noche. Bebía despacio. Se deleitaba. Con las canciones sentimentales, las caras radiantes, los cuerpos receptivos, y sobre todo con la anticipación del placer que le correspondería a él cuando las llevase de vuelta a casa. Cuando levantaba a las chicas una por una desde la carretera para ayudarlas a saltar la verja y luego a pasar desde el jardín hasta el propio alféizar de la ventana,

ellas le permitían que les diera un pico rápido. Buki salió cinco veces en total.

*Talking to the devil, talking to the Lord,
Going to heaven, going to hell.*

De pronto, la alegría de Buki se tornó bruscamente en otra cosa, en algo obsesivo. Parece un derviche. Veo un terror repentino. Un recuerdo más oscuro la ha asaltado: el hoyo, los caballos, la cara de su padre, la tristeza infinita por no poder despedirse de él. La estrecho entre mis brazos. Le digo que todo saldrá bien. Puede vivir con nosotras. Describo una estampa inventada de mis padres en el umbral de nuestra puerta con lágrimas en los ojos, dispuestos a recibirnos, ansiosos por darnos la bienvenida. Mi hermano Yusuf, con su camisa azul y unos tirantes de rayas, espera unos pasos por detrás con una mirada tímida e incierta. Lo peor de la oscuridad ya ha quedado atrás. La carretera asfaltada no puede estar tan lejos. El alquitrán será azul y suave bajo nuestros pies, del mismo color que los ojos de Yusuf, un azul lapislázuli en sus profundidades, y suave por la ternura de sus sentimientos. Lo llamé en voz alta: «Yusuf. Yusuf». Me respondió con el respeto de un novio el día de su boda. Después se esfumó.

Buki y yo nos quedamos junto a la cabaña, calladas, abatidas. Nos habíamos enfadado. El sol ya estaba alto, crepitando sobre la llanura detrás de las hojas mustias por el calor. No había nada, nadie. Dios nos ha abandonado. Cogí en brazos a Babby. Buki cogió en brazos a Babby. Es imposible calmar a una niña hambrienta en un lugar hambriento. Buki le dio algo. Era la parte más blanda de una raíz que había desenterrado. Babby la masticó y la escupió con asco.

—Llora. Llora. Llora. Llora hasta quedarte sin entrañas. Aquí no hay nadie. En casa no hay nadie. No hay madre. Todas las madres están muertas.

—No digas eso, Maryam... No —dijo Buki con tono recriminatorio.

Contuve las lágrimas, avergonzada. ¿Qué le había sucedido a la chica que fui? Se había esfumado. Ya no me quedaba amor en el corazón. Quería morirme. «Quiero morirme», susurro. No sabía lo que decía. No sabía que la muerte estuviera tan próxima, que pendiera sobre nosotras.

—Voy a buscar comida... —dijo Buki mientras se ponía en camino.

No le contesté.

No recuerdo gran cosa de aquel día, salvo que transcurrió y Babby lloró y lloró hasta caer dormida unas cuantas veces. Se frotaba los ojos, que le picaban, enrojecidos.

Se hizo de noche de nuevo y estábamos sentadas a la mesa, a punto de comer. Buki había conseguido agua y una fruta amarilla anaranjada que peló y cortó en varios trozos. La pulpa se quedó pegada al hueso ovalado de la fruta,

que limpió bien con el cuchillo para hacer un jarabe.

Todo ocurrió muy deprisa. El malhumor de la mañana había vuelto. Esa comida era un maná para nosotras. Estábamos muertas de hambre, y sin embargo aún no la habíamos tocado. En lugar de eso, empezamos a discutir sobre cómo se llamaba la fruta. Ella decía una cosa y yo otra. Las dos nos pusimos tan tozudas y nos encendimos tanto que no queríamos dar nuestro brazo a torcer. Porque quien cediera otorgaría el poder a la otra. Pero qué poder teníamos, desterradas en tierra de nadie. La venganza se extendió.

—No quieres lo suficiente a tu hija, le gritas —me recriminó de pronto.

—Tienes envidia —le contesté.

—Eres tú la que tiene envidia... Y eres tú la que se convirtió —me dijo con desprecio.

—No me convertí, ni Mahmud me obligó nunca a hacerlo —le contesté.

Buki le tenía rencor porque nos había separado a ella y a mí, y nunca comprendería que se había unido a la Secta para impedir que su familia muriera de hambre.

—¡Nos salvó la vida! —grité, tan alto que incluso Babby se estremeció de miedo.

Entonces Buki hizo lo más cruel del mundo: cogió el bol con los pedazos de fruta, se acercó a la puerta y lo tiró todo a la noche negra como el tizón.

—Espero que estés contenta —dijo, y se marchó.

Tengo hambre. Se me espesa la saliva y estoy babeando. Quiero salir a ver si encuentro dónde ha tirado la fruta, para limpiarla de tierra, volver con ella a la cabaña y comérmela. ¿Por qué no hacerlo? Estoy famélica. Estoy sucia por dentro y por fuera, se me ha pegado la suciedad de los actos de aquellos bárbaros.

Tarda mucho en volver, querrá demostrar su autoridad. «Buki, Buki. No hay dos personas más próximas que nosotras y a la vez más distantes. ¿Por qué no vienes y enterramos el hacha de guerra?» Mi mente baila entre el festín y el vómito. Ay, qué lástima. «Tú eres la única persona a la que quiero, junto con mi madre, mi padre y mi hermano Yusuf. La última vez que vi a mi madre fue cuando me dio ropa interior limpia antes de que fuera a coger aquel autobús para ir a hacer los exámenes. Me había bajado la regla por primera vez, pero ya se me había ido. Cuando irrumpieron en nuestro dormitorio de la residencia, no sabíamos quiénes eran, pero no tardamos en averiguarlo. Habíamos oído hablar de ellos y de sus brutalidades, pero hasta que conoces algo en carne propia no lo conoces. Habían quemado y saqueado pueblos y habían masacrado a los inocentes de Borno, de Gwoza, de Maiduguri, pero nosotras nos habíamos salvado, o eso creíamos. Yo tenía una *iro* limpia. Tenía mi diario. Era un cuadernito nada más. Algún día esas entradas serían nuestro testimonio, o eso pensaba antes. Buki, cada una de nosotras es la cuerda salvavidas de la otra. Vuelve. No quiero esta tensión fantasmal. La noche da mucho miedo.»

Regresa como una aparición, con el pelo mojado y la raíz en la mano para que comamos algo.

—He encontrado esto —dijo.

Pero en cuanto pronunció esas palabras, unos chorros de vómito brotaron también de su boca. Unas burbujitas negras le aparecieron en los labios. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Entonces se echó a reír, con una risa histérica, y cayó hacia atrás. Le vi la pierna negra, que quedó delante de mí, y lo supe de inmediato. Un palo cada vez más negro, más negro, como un poste podrido del jardín. Pesaba mucho. Voy a buscar la manta para que pueda descansar, pero la

noto demasiado febril. Se esfuerza por articular las palabras. Entones veo dos cavidades rojas en el tobillo, donde le había mordido la serpiente, por donde había entrado el veneno.

—No vas a morir —dije, como si las palabras pudieran sanarla.

Se sentó más incorporada, medio sonriendo, lúcida, y luego me miró con unos ojos llenos de ternura y dijo:

—Me llaman... Me están llamando.

Sabía a qué se refería. Una vez lo había oído en casa de mi padre, cuando su madre fue a vernos, hacia el final. Lo llamaban el sonajero de la muerte, y eso era: un sonido más allá del habla.

Bajo la luna, Buki parecía tan en paz como una efigie, con los ojos cerrados y Babby junto a ella en el suelo, extrañamente quieta. Yo cavaba igual que si la propia Buki me indicara cómo hacerlo. No había tiempo para llorar su muerte. Tenía que darme prisa. Había escogido un lugar algo apartado de la cabaña. Al principio la tierra se deshacía con facilidad y me deleitaba pensando en los alimentos que plantaríamos algún día: espinacas, cebollas, sorgo, arroz, mijo, frutos secos, patatas, goma arábica. Entonces noté una piedra enorme bajo la pala y rasqué y rasqué con determinación, pero no quería desprenderse. «Buki, no logro cavar más hondo.» Puse hojas alrededor de su cintura, como era costumbre en el pasado, y contemplé por última vez su cuerpo oscuro, dorado, raquítico. Luego la levanté en volandas y la tumbé en el hoyo. La tumba no es lo bastante profunda. Queda medio sentada, como un payaso de trapo. No lloré. Tampoco me hice vanas ilusiones pensando que nadie mancillaría su tumba. Le eché más barro encima y lo aplasté y luego reuní unas cuantas piedras grandes y las coloqué alrededor, a modo de protección. No había pronunciado ni una sola oración. Entonces cogí en brazos a Babby y, aterrada,

emprendí el camino de vuelta a la cabaña vacía. Creo que a Babby también le daba miedo la soledad, porque no dejaba de señalar hacia las piedras, que formaban un montículo muy feo y lastimero bajo una luna madura.

Berreó a pleno pulmón, absorbiendo mi desesperación, mi impotencia. Sus chillidos empezaron a reverberar en las paredes de arcilla. La saco de la cabaña. Me siento en la silla y trazo líneas en el suelo con un palo, suplico la salvación. Llamo a gritos a Buki, a Dios, a los santos a los que solía rezar de niña, sobre todo a la Florecilla con una guirnalda de capullos de rosa que le caía sobre el pecho. Junio era su mes. Me pregunto en qué mes estamos. Le doy de mamar, pero no tengo nada. Entonces la respuesta llegó a mí. Ante mis propios ojos, idéntica a cuando la vimos por primera vez, el agua del lago que reluce al sol. Cojo a Babby en brazos y emprendo el camino. Hablo por los codos. Nunca sabré qué le dije en ese paseo ni querré saberlo nunca.

Recordé las viejas palabras que aprendimos en la fiesta de Pentecostés. Había llevado conmigo la cesta. En el extremo más recóndito del lago, lejos de las aves zancudas, había una cascada de agua que surgía de los manantiales de las colinas situadas encima. ¡Menuda música creaba! Sería capaz de arrastrar cualquier cosa, incluso una cesta. La coloqué dentro. Con la imagen de la madre de Moisés en mente, las palabras del Éxodo afloraron a mis labios: «Mas como no pudiera ocultarlo más, tomó para él una cestita de papiro y la calafateó con betún y pez; y poniendo en ella al niño, la dejó entre los juncos de la orilla».

Babby estaba en la cesta, sus manos rozaban el agua a ambos lados. Le hablé mientras caminaba hacia atrás. Hablé alto para que me oyera. Unas

grandes ramas perennes sobresalían en el centro del lago y habían enraizado allí. Eran un buen parapeto. Se interponían entre ella y yo. En cuanto llegué a la orilla, eché a correr.

El mudo hechizo de la oscuridad había caído, pero dentro de aquella cabaña no reinaba el silencio. Había alboroto. Yo oía ruidos. Rellené los agujeros de la pared con hojas, convencida de que los enemigos acechaban. Atranqué la puerta con el palo. Se tambaleaba. La calcé para que dejara de moverse. Entonces la vi, con una capota ancha de color rosa, allí sentada, en el suelo. Intenté tajarla con una manta, pero se negaba a que contuviera sus movimientos. Tenía algo que decirle, una revelación: «Te he dado un nombre. Te he llamado Maryam. El mismo nombre que yo. Dos Maryams, dos Marías, como la madre de Jesucristo, solo que nosotras somos Madonnas negras. Descendemos de los árboles, ellos son nuestra carne materna. Son los iconos de ébano que nos representan. Estamos vinculadas a los milagros. Por eso estamos aquí tú y yo. Nos han hecho esclavas, nos han apresado en cieno y mortero y nos han obligado a hacer toda clase de duros servicios en los campos y en cualquier otro lugar. ¿Por qué me miras de esa forma? No estoy loca. Nuestra piel negra resplandece. Un halo nos rodea la cabeza. No te duermas. No. Quiero que me escuches hasta el final. Quiero que reconozcas tu nuevo nombre, Maryam, y que me dediques una sonrisita. Eso está mejor. Mañana por la mañana saldremos de aquí, nos pondremos en camino. Dos Madonnas negras con diademas de oro».

Se había quedado dormida. No pude despertarla. La levanté en brazos, con manta y todo, y la llevé a la cama, pero no me liberé de la farsa. No paraba de hablar y hablar. En algún momento durante esa agitada noche caí en un sueño perturbador.

Por las rendijas de la puerta veo los pies de unas mujeres. Son tres en total. La primera carga con leña, la segunda sostiene en la cabeza una calabaza pintada de vivos colores y la tercera lleva a mi niña en brazos. Mi niña. Está envuelta en una tela azul limpia y hace ruiditos de satisfacción. La mujer me la entrega como si fuese un regalo. Quiero darles una explicación. Quiero decirles lo bien que ha dormido Babby toda la noche, ni un quejido. Saben que no puede ser cierto. Lo vieron. Lo vieron todo, la cesta flotando hacia la cascada de agua. Debían de estar recogiendo leña en ese preciso momento.

Las invito a pasar, y la mujer se quita la calabaza de la cabeza y la deja en el suelo. Me ofrece algo de beber. Empiezo a dar sorbos lentos, pero el recipiente me tiembla en la mano. No me juzgan. Creo que por mi aspecto aturdido y desquiciado se han dado cuenta de que he estado cautiva y me he escapado. Una de ellas habla un poco de inglés. Tiene una sonrisa ancha, y cuando sonrío le veo unos huecos simpáticos entre los dientes. No me da miedo. Me dice que son un pueblo nómada, pero que tienen un asentamiento no muy lejos de allí. Se dedican a recoger leña y siempre salen en grupo para sentirse más seguras. Sus hombres están lejos, pastoreando. Llevan muchos días ausentes. Siempre es así, los pastores deben cubrir distancias cada vez más grandes, porque el propio bosque se está quedando sin agua y sin pasto.

Dentro no hay ningún sitio donde sentarse, así que salimos y nos sentamos en el suelo. Nos tocamos las manos para comparar lo frías que están y para sellar la amistad. La mujer pone unos listones de madera encima de la ceniza apagada de la hoguera que había hecho Buki. Tiene un mechero. Lo enciende con dedos hábiles. Quiso que me lo quedara. Unas chispas crepitan en el amanecer con su manto grisáceo, y permanecemos sentadas sin conversar. Hay algo increíblemente plácido y seguro en esas mujeres, pero muestran recelo a

causa del delito que saben que he cometido. Hace mucho frío.

Babby se ha despertado y ha vuelto a quedarse hechizada por las lenguas de fuego rojas y violetas, pero aún le ponen un poco nerviosa. La cojo para darle de mamar, pero no tiene hambre. ¿Cuánto recuerda? ¿Cuánto tardaron en encontrarla desde que salí corriendo? Segundos, puede que menos. Ven que estoy triste y una de las mujeres intenta animarme, me dice que volverán con leche al día siguiente, porque tengo que ponerme fuerte antes de emprender el camino. Pero hacia dónde emprenderé el camino... Les pregunto si por allí pasan camiones, porque la noche anterior oí el ruido de unos vehículos. Les digo que tenía vigilada a mi hija. Me miran y advierten que estoy perdida. La mujer que habla en nombre de todas dice que no es bueno que la niña y yo estemos aquí solas, pero primero tienen que pedir consejo a los hombres.

—Lo intentaremos —me dice, y sé que le encantaría poder decirlo con seguridad.

Entonces se marchan.

Cuando me quedo a solas con Babby, la beso. Sus ojos rebosan algo que llamo reproche.

—No tengo edad para ser tu madre —digo con cobardía.

Pone una expresión inescrutable, distante; señala con el dedo a lo lejos con una especie de impulso interrogante. Me echo a llorar. Llora desde lo más profundo de las entrañas. Llora desde el rincón en el que debería estar la raíz de mi amor por ella. Babby nunca me había visto llorar con tanta libertad. Baja el dedo y hunde la cabeza en mi pecho, el latido de mi corazón es el único santuario que tiene.

Apenas me he despertado cuando veo los juguetones reflejos de una antorcha en la pared. Dos hombres de aspecto salvaje, con gorros forrados de pieles y

unas gruesas pellizas, se alzan sobre mí. Llevan una vara larga, que se extiende desde el hombro de uno hasta el hombro más alejado del otro, de la que penden animales. Liebres, conejos, un mono con mirada sonriente y un animal más grande, con las patas traseras por delante y pelos negros que sobresalen de las pezuñas. Es un antílope. Una vez lo vi en un dibujo. Hablan rápido el uno con el otro en su idioma. La luz de la antorcha que baila en las paredes de adobe inquieta a Babby. ¿Han venido a matarnos? Por lo menos, moriremos juntas.

Entonces dejan la vara en el suelo y miran alrededor con la esperanza de encontrar comida, pero no hay nada. El más joven se sentó en la cama y el otro en la silla rota. El joven sacó un trapo lleno de huevos. Los casca en el plato de latón y se los tragan crudos entre gruñidos de satisfacción. Entonces me ofrece uno y lo acepto, pues me dan mucho miedo. Es un huevo enorme, así que debe de haberlo puesto algún ave muy grande. La yema es casi demasiado para engullirla de golpe y me entran arcadas, pero, no sé cómo, consigo sorberla.

El joven quiere su recompensa. Le bailan las pupilas. El viejo sale arrastrando la vara, los animales se sacuden de un modo ridículo. El joven empieza a tocarme el pelo y lo enrosca para formar bucles con el meñique. Sé qué quiere. Pues cuanto antes, mejor. Dejo a Babby en el suelo junto a la pared, porque ya no tengo la cesta. Abro mi *iro*. En el momento en que ve mi cuerpo, tan escuálido y lleno de costras, retrocede, suspira horrorizado una vez más y huye despavorido mientras grita: «Kola, kola, kola!». Sé que significa «¡Loca, loca, loca!».

Las mujeres regresaron a primera hora de la mañana siguiente, tal como habían prometido. Cuando les conté lo que había sucedido, se miraron unas a otras,

debatieron algo y luego la que hablaba en inglés me dijo que tenía que acompañarlas. Tardamos muy poco en salir, porque nuestras pertenencias eran escasas. Babby se puso a gritar porque quería una cuchara de madera de la que se había encariñado, así que una de las mujeres volvió a buscarla.

Las mariposas revolotean por todas partes, algunas pasan por delante de mi cara, otras se posan en los montones de bostas de caballo que hay en el suelo. Dos de las mujeres tuvieron que sujetarme por los codos para ayudarme a subir la empinada cuesta que llevaba al asentamiento. Durante el trayecto fue preciso sentarnos a descansar varias veces. Era un trecho larguísimo, primero a través del bosque y después en terreno más abierto, con el sol cayendo a plomo sobre nosotras. Evitamos pasar por pueblos.

Varios grupos de niños se acercaban corriendo muy emocionados, los más pequeños casi desnudos, salvo por sus finas camisolas. Las madres los seguían con más niños todavía. Al llegar a la cima en sí, me sentaron en una piedra. El suelo era arenoso, y las cabañas, que estaban dispuestas como una colmena con el tejado de paja y cañas de bambú, tenían el mismo color dorado. Una anciana se acercó y se sentó a mi lado. Tenía la cara desfigurada por el dolor y no paraba de gesticular para indicarme que le dolían las muelas. Entonces una mujer más joven, supongo que su hija, salió de una de las cabañas con dos cuencos pequeños de leche, uno para mí y otro para Babby. Estaba tibia y demasiado dulce. La mujer que me había rescatado me dijo que *madara* era la palabra que usaban para «leche» y, mentalmente, la bauticé así. Fui bebiendo sorbos pequeños, porque no quería parecer desagradecida. A Babby se la dieron con una fina cucharita de calabaza. Luego la pasearon por ahí para presentársela a todo el mundo. Unas cuantas gallinas rascaban

inútilmente en la arena, y la anciana no paraba de mirar aquí y allá con expresión distraída.

Hordas de chiquillos me rodeaban, todavía inseguros ante mi presencia. Una niña pequeña, que lucía un pendiente de cristal, me tocó y luego se alejó corriendo aterrada. Regresó al cabo de unos segundos y puso las manos en los dedos de mis pies. Me los pellizcó con fuerza.

Le pregunté a la mujer Madara qué ocurría y dijo que la niña me tenía miedo.

—Teme que seas una bruja —dijo sonriendo, y la chiquilla, que adivinó que hablábamos de ella, se incorporó y apoyó la mano en la cadera, intentando decidir qué castigo podía imponerme. La parte blanca de sus ojos tenía la ternura de la leche, pero sus pupilas se movían inquietas y conspiradoras.

Noté que estaba a punto de desmayarme otra vez. Las tres mujeres me metieron en una cabaña con la puerta tan baja que debieron agacharse para entrar. La cabaña estaba fresca, y cuando me tumbaron en una cama estrecha con una red mosquitera blanca encima, pensé que era el momento más agradable que vivía desde hacía mucho tiempo. En un aparador grande había frascos esmaltados de colores con las tapas brillantes. Había unas tiras estrechas de moqueta roja tiradas sobre un sofá gastado. Supuse que era la cocina de la mujer y también su dormitorio, e imaginé que estaba dispuesta a cedérmelo. Me tocó la frente, luego el pulso, y se puso a hablar con las otras. Dijo que tenía fiebre y era posible que tal vez algo de malaria, pero que no debía preocuparme. Contaban con remedios para que me recuperase.

Primero me llevaron a unos baños y me pusieron de pie en una tina. Me echaron varios cubos de agua por encima. Estaba fría como el hielo y los dientes me castañetearon. Me resultaba un suplicio estar desnuda, por los hongos y la mugre del bosque que llevaba encima y las piernas pegadas por la vergüenza.

Al volver al dormitorio, me dieron medicinas. Lo primero fue un líquido marrón viscoso de sabor amargo. Luego me ofrecieron unos polvos rosados, que tuve que tragar poco a poco con un sorbo de agua entre una cucharada y otra. Me extendieron una pasta por todo el cuerpo. Lo hicieron entre las tres, con diestras pinceladas, y empezó a endurecerse casi al instante. Entonces me envolvieron en telas, capa tras capa, de modo que quedé cubierta hasta la barbilla, y rígida como una momia. Intenté hablar, pero no pude.

—Tendrás unos sueños aterradores... Te verás sumida en ellos... Pero regresarás —me advirtió mi Madara.

Me dijo que no tuviera miedo, porque todas las impurezas serían limpiadas, la fiebre remitiría. Me dio un cencerro para que lo tocara si me asustaba demasiado.

Salieron de puntillas.

Como había predicho la mujer, mis sueños fueron monstruosos. Pude ver a los terroristas, a todos y cada uno de ellos, cambiando de forma y de tamaño, mutando en distintas criaturas, medio humanos, medio bestias. Les aparecía un tercer ojo en la frente, mostraban una sonrisa sin labios y sus diferentes barbas flotaban en una líquida sopa ensangrentada. Sabía que en mis sueños esos encuentros, por muy horripilantes que fueran, tenían que ser experimentados con el fin de exorcizarlos. Echo a correr, corro sin descanso, pero me tienen rodeada y me atrapan. Entonces uno se desmarca del resto y me susurra al oído: «Seré tu amigo». Me aprisiona dentro de un cilindro de gas vacío y me sigue, para poder ser mi «amigo», pero el cilindro no tiene fondo y escapo por el otro extremo a la tierra removida, llena de insectos que le dan vida. De pronto aparece una niña. Quizá era yo, o quizá era la niña que me siguió, medio fascinada, medio traviesa. Se marcha cotorreando: «Me olvidé el azadón en la granja. Quiero hacerme agujeros en las orejas». «Pero ya tienes agujeros en las orejas», contesto, y le recuerdo el largo pendiente de cristal

que luce. Entonces se cuele otra voz: «Él no avisó de que tenía el VIH», y creo que podría ser una de las chicas de la ciénaga. Vuelvo a ver las mariposas, tal como se posaron en las enormes boñigas de color caqui de excrementos frescos de caballo, con ese vapor cálido que emanaban. Algo similar a una gasa me hace cosquillas en la garganta. Tal vez se trate de una de las mariposas que vi cuando me llevaron en brazos. Todo lo que he sabido, visto y vivido se abre paso en estos sueños, y hay momentos en que me habría gustado tocar el cencerro, pero el orgullo me lo impide. El sueño continúa, incesante. Veo un cartel en una puerta que se balancea adelante y atrás en el bosque. Pone: PROHIBIDO EL PASO. Entonces veo a mis padres en la iglesia y corro hacia ellos. Se apartan de mí, apabullados, y se convierten en estatuas de piedra. «¿Qué delito he cometido?», pregunto a gritos, y me despierto de repente por mis propios chillidos acalorados. Mi Madara está junto a la cama; me tranquiliza notar su mano en la frente. Le pregunto cuánto tiempo ha transcurrido.

—Mucho —me responde.

Ahora veo con ojos nuevos: el aparador lleno de frascos pintados con sus relucientes tapas. Levanta una tapa para enseñarme algo. Dentro hay un segundo frasco que encaja a la perfección en el espacio asignado y de él sale otro frasco, y otro más, una familia de tarros contenidos dentro de su madre primigenia. Las telas que me cubrían están empapadas y mi pelo también, y la mujer dice que es buena señal, significa que las pociones han funcionado.

Me traen a Babby y me la ponen en los brazos, pero ella está más interesada en la red mosquitera que en mí. No tarda en ponerse a balbucear sus típicos gu-gu y a agitar los dedos para que la saquen de aquí.

Me han asignado un sitio especial para que me siente. Está sobre una piedra

cubierta con una estera. Una maleza alta y poco tupida de un verde tiernísimo separa las casas del campo que hay detrás, que está moteado de arbustos oscuros y árboles altos que se alzan aislados. Cada uno de los árboles posee su propio imperio soñoliento. Ya no tengo miedo. Percibo mucha actividad alrededor. Algunas mujeres barren y tejen, otras lavan la ropa y la escurren, y otras transportan cubos de agua desde el río. Muchas de las jóvenes están en los pequeños huertecillos, cavando y pasando la azada. Sin esos huertos no tendrían nada para dar variedad a su dieta. Pero la leche, me cuenta la mujer, es el principal sustento de sus vidas; su ganado lo es todo para ellos. Según su mito, su mundo fue creado a partir de una enorme gota de leche. Doondari, su diosa, descendió del cielo y creó la piedra, que a su vez dio el hierro, y de ahí surgió el fuego, y el fuego creó el agua, y el agua creó el aire, y así aparecieron los cinco elementos, para que pudiera crearse el ser humano.

Como pastores nómadas tenían dificultades. No los querían en el bosque. Había roces con los granjeros, que con frecuencia insistían en que el ganado destrozaba sus cultivos. Eso acababa en enemistades e incluso en golpes. Algunos de los jóvenes del poblado, salvajes y apasionados y tan acostumbrados a una vida nómada, a veces perdían la paciencia, y uno de los muchachos, en un arrebato, atacó con un cuchillo a un granjero y lo hirió. Por suerte, no lo mató. Como consecuencia de ese acto, los ancianos tuvieron que ir al tribunal de la ciudad, donde no eran bienvenidos, y a raíz de eso tuvieron que pagar multas inmensas, que no les resultaron fáciles de saldar. Hubieron de vender algunas de sus cabras y varias ovejas, porque tenían un dicho: «Si matas a mi vaca, te mato a ti».

Desde entonces, el Gobierno se mostraba menos predispuesto a darles los permisos para sus certificados de ocupación. Mientras mi Madara me lo contaba, me dio vergüenza ser una carga para ellos, pero fui incapaz de verbalizarlo. Me fijé en que las cabezas de ganado que no habían ido a pastar

con el resto del rebaño no tenían mucha leche, y además, los nómadas necesitaban leche extra para poder cambiarla en el pueblo por cereales, pescado seco, azúcar y, a veces, medicamentos.

Los niños han dejado de incordiarme. Juegan y Babby, a juzgar por sus sollozos, se muere de ganas de que la incluyan en sus juegos. Todos los juguetes que tienen son de arcilla, en su mayoría muñecas. A esas figuras les clavan palitos, para hacerles ojos, orejas, nariz y boca. Los chicos miran al frente y se encogen de hombros. Los chicos tienen su propio entretenimiento: tiran neumáticos viejos colina abajo y hacen carreras a ver quién los sube antes empujándolos. La niña que me tenía miedo merodea por ahí. Su madre le dice que deje de mirarme fijamente y que vaya a buscarme una flor. La chiquilla echa a correr y regresa con el capullito más diminuto del mundo, lo tira al suelo y se aleja de nuevo. En cuanto lo recojo, los pétalos se sueltan. Su madre me cuenta que solo tiene diez años, pero que ya está prometida con un chico de una tribu de otro pueblo. Se casará al cabo de tres o cuatro años y obtendrán un pedazo de tierra para asentarse y empezar a criar su propio rebaño. Aunque no se marcharán muy lejos, porque es esencial que todos se mantengan juntos.

Alguien, que supongo que debe de ser su jefe, sale de una de las cabañas más grandes acompañado. Camina con ayuda de dos bastones. Lo conducen hasta mí. Es un hombre alto, vástago de una estirpe de hombres altos, y en sus ojos, a pesar de sus dificultades para ver, advierto un orgullo relajado. Quiero darle las gracias por haber permitido que me quedara, pero ya se ha puesto a recitar, con un joven que le traduce, ya que se lo sabe de memoria. Antes de sentarse, el anciano va señalando con alguno de los dos bastones distintos puntos consagrados de las colinas circundantes:

Aquí es donde está enterrado mi padre.

*Ahí es donde está enterrado mi abuelo.
Ahí es donde está enterrado mi bisabuelo.
Ahí es donde viven todos mis antepasados.
Nunca renunciaremos a este tipo de vida.*

En cuanto el anciano se sienta, el joven, con orgullo y alarde, relata un resumen de su historia. Lo hace en mi honor.

Somos nómadas del norte de África y de la zona subsahariana. Habíamos residido en estas tierras desde el siglo V; la maldición de Oba Egbeka cayó sobre nosotros, pero con la intercesión de Dios, perseveramos. Perseveramos contra los reyes hausa, que no seguían las enseñanzas del Profeta. Eran musulmanes imperfectos. Declaramos una yihad en 1804, bajo el estandarte de Usman dan Fodio.

Mi Madara y yo nos hemos cogido confianza. Yo sabía lo ocupada que estaba, pero aun así buscaba tiempo para estar conmigo, para que no me sintiera tan sola. Estábamos junto a la orilla, las dos solas, con el murmullo del río tan alegre y musical mientras discurría liso como la seda, hasta que se veía obligado a saltar unas piedras; entonces se rizaba y formaba un lazo de espuma en su estela. Partes de esa espuma seguían río abajo y se mezclaban con el agua en movimiento con la ligereza de una pluma, y esas plumas se agrupaban luego en islotes de ociosidad.

Permanecimos un rato calladas, y sin embargo, yo sabía, o mejor dicho, adivinaba, que quería contarme algo. Incluso su voz cambió, enfatizando el secretismo.

Era el hombre más alto que había visto jamás. Le pasaba varios dedos a mi padre. El azul de su turbante era un azul regio. Mi padre y él mantuvieron una larga conversación. Sin saber cómo, supuse que hablaban de mí. En ese momento yo remendaba unas prendas bajo los árboles en los que siempre me ponía para hacer mis labores de costura. Él no me había visto, pues estaba prohibido, pero en cualquier caso debía de haberme atisbado en algún sitio.

Después, mi padre se acercó a hablar conmigo y le contesté: «Me gusta ese hombre», y mi padre me preguntó si eso era un sí, y respondí: «¡SÍ!» con impaciencia. Mi madre también estaba contenta. Ya era hora de que me casara. Compró dos iros nuevas en el mercado y un brazalete hecho con cuentas de coral. La tarde siguiente, el jefe del asentamiento de mi futuro marido acudió a vernos con tres vaquillas blancas, a cambio de mi mano.

Cuando amaneció, me marché de casa. Unas muchachas me acompañaron la mitad del camino, hasta que me encontré con las chicas del otro poblado, que habían mandado para escoltarme. Se dieron la mano unas a otras y las primeras se fueron. No vi del todo la cara de mi marido hasta que estuve a solas con él. Estaba emocionado con todas mis facetas. Antes, una anciana que me había arreglado el pelo me contó que su anterior esposa había muerto joven a causa de unas fiebres, porque no habían logrado llevarla al hospital a tiempo. No tenían medio de transporte ni una camilla con que trasladarla. El hombre lloró su pérdida durante casi un año.

Al principio, a los hombres jóvenes no se les permitía verme, pero en cuanto se me notó que estaba embarazada, me dejaron salir. Las mujeres me ilustraron en muchos aspectos, me enseñaron la necesidad de la paciencia y el buen talante. Mis hijos serían mi vida, igual que para los hombres sus rebaños serían su vida. Tuve cuatro hijos en un lapso muy corto; la última fue Shehu, tu pequeña torturadora. Pero la pasión se apaga, y cuando al cabo de un tiempo un marido ve a otra joven hermosa, que le dará hijos

hermosos, va a su padre a pedirle que se la dé por esposa. Así es la vida. Si yo hubiera dicho o hecho cosas malas, habría recibido cosas malas a cambio. Si hubiera mostrado celos, me habrían castigado. Las ancianas le habrían dicho que dejase de acercarse a mí. Si hubiera insistido en mostrarme arisca con él, tal vez me habría devuelto a mis padres, lo que habría sido el castigo más condenatorio de todos.

Luego, muy seria, para que no se me olvidara, añadió: «Soy feliz esté donde esté. Tengo mi sitio en esta bella tierra, igual que todos».

Llegó la noticia de que los hombres y los rebaños regresarían esa noche. Un chico harapiento apareció corriendo por la colina y en cuanto lo anunció se desplomó, exhausto, una vez cumplida su misión. Tenía los dientes muy blancos y el corte gris negruzco que le surcaba el rostro quedaba bien definido bajo el sol. Era una marca que todos los niños y las niñas recibían en su tierna infancia. Se la hacían con una cuchilla y luego la cubrían con carbón para que adquiriera ese tono oscuro. Algunos la lucían como un distintivo de valor y otros como uno de belleza, alegando que cada incisión era distinta.

Oí los rebaños mucho antes de verlos. Creaban una especie de retumbar: el rápido golpeteo de las pezuñas en la tierra mientras los animales recorrían las amplias llanuras. Entonces se hicieron visibles: cientos de animales, una cautivadora mezcla de colores, blancos, marrones y moteados, fundidos en una única masa que fluía, siempre en movimiento. Llevaban radiocasetes alrededor del cuello y la música, incluso a lo lejos, se oía fuerte y estridente. Sus grandes cuernos apuntaban hacia los cielos, como si les brindaran su

regreso. La exaltación en el campamento era contagiosa, todo el mundo estaba ajetreado y Shehu corría en distintas direcciones, deseosa de que el ganado y los hombres se dieran prisa. Había sacado un clip para el pelo de no sé dónde.

Los preparativos fueron frenéticos durante todo el día. Había relucientes cuencos de sopa. La habían hecho con pimientos y cebollas, además de distintas hojas para darle sabor. En la lechería, las mujeres estaban ocupadas haciendo bolas de queso, una especialidad que sabían que deleitaba a sus hombres. Asearon a las ancianas y les dieron pañuelos limpios para la cabeza. Las jóvenes se turnaron para trenzarse el pelo unas a otras, sin parar de gastarse bromas. Me dejaron sentarme con ellas. No podíamos comunicarnos, pero aun así me sentía feliz, contenta. Aunque quería volver a mi hogar y ver a mi madre y nuestra casa, en realidad retrasaba el momento de marcharme. Aquel lugar y su pacífica forma de vida me habían dado tranquilidad.

Perdimos de vista a los rebaños un rato, cuando entraron en un valle que estaba inundado, y aunque algunos animales se resistían a nadar, todos se vieron obligados a hacerlo, y los chicos que no sabían nadar se aferraron a los cuernos puntiagudos de sus reses para salvar la vida. En medio de una gran histeria, entre gritos, gemidos y música, reaparecieron y los pastores cruzaron la carretera con el ganado al galope. Se rezagaron al llegar a la zanja (la misma zanja por la que me habían llevado en brazos a mí), pero al oler el hogar, iniciaron un galope sostenido colina arriba; los chicos perseguían al ganado y lo azuzaban, llamaban a cada animal por su nombre, que era idéntico al de los niños. Las pocas bestias descarriadas fueron reprendidas y llevadas a la fuerza con el resto del rebaño, aunque una vaca hundió las patas delanteras en la tierra, pues se negaba a continuar. La cogieron entre dos muchachos, le dieron un golpe con la vara y le riñeron durante todo el camino, hasta que alcanzaron la cima de la colina donde se habían congregado todos los hombres de edad para verlos llegar y darles la bienvenida al poblado.

Entonces los analizaron con sumo cuidado, les palparon los huesos y el cuerpo en general para ver si estaban muy flacos, y les hicieron infinidad de preguntas relacionadas con el pastoreo. Luego hicieron el ritual del ordeño. Apartaron del grupo unas cuantas vacas y los hombres las ordeñaron sirviéndose de unas calabazas ornamentales, que después cogieron las mujeres para llevarlas siguiendo el ritual colina arriba.

Primero alimentaron a los hombres en una cabaña, mientras las mujeres esperaban fuera. Después comieron las mujeres y a continuación los hombres salieron y se sentaron en el suelo con ellas, pero al principio no entablaron apenas conversación entre unos y otras. Enseguida los más jóvenes empezaron a narrar sus aventuras, y todo el mundo los escuchó con atención. Yo no entendía sus historias, pero a partir de sus movimientos, de los puños levantados y de cómo mostraban las mejillas, supuse que hablaban de los rasguños y golpes que habían tenido que soportar en las seis semanas que habían estado ausentes.

Entonces se acercó un muchacho que había estado vigilando el rebaño en el redil. Llevaba algo en las manos y todos se quedaron callados. Era un ternero recién nacido. Fue motivo de júbilo. Se lo ofrecieron a la niña más pequeña de la tribu, cuya madre tuvo que ayudarla a sujetar al animalillo, porque el ternerito no paraba de temblar. Los ancianos se colocaron a su alrededor.

El tímido mensajero que había anunciado la llegada de los pastores unas horas antes sacó una flauta de los pliegues de su ropa y avanzó un paso para ponerse a tocar. Las notas eran tan suaves y temerosas que extrajeron dulzura de las herbosas pendientes que nos rodeaban, y el ganado empezó a gemir en los corrales.

Una vez que hubo terminado, el chico se ocultó entre las sombras, pero los hombres ya habían empezado a dar saltos, mecían los brazos, y las mujeres los correspondían con risas ávidas y profundas. Luego se colaron bajo los brazos

de los hombres y los miraron a la cara, invitándolos a bailar. Dos músicos que tocaban los timbales ya se habían aposentado en sendos taburetes, y la música, arrebatadora, fue como una invocación que se extendió por el valle y llegó incluso a los venerados lugares en los que yacían sus antepasados. Todo el mundo bailaba. Los niños se frotaron los ojos para sacudirse el sueño y buscaron a sus madres para bailar con ellas. La reserva que había advertido antes entre hombres y mujeres había desaparecido. Así era como se encontraban y saludaban. Ese era su modo de expresarse ante el otro.

Entonces llegó corriendo una muchacha a la que nunca había visto. Lucía una *iro* roja y unos enormes aros de metal le colgaban de las orejas, la nariz, los tobillos y las trencitas finas como culebras. Provenía del pueblo más cercano y había oído que el ganado volvía al asentamiento. Las mujeres le dieron la bienvenida saludándola con un apretón de manos. En cuanto recuperó el resuello, se unió al baile. Daba vueltas y se movía entre un grupo y otro, como si estuviera en trance, pero al mismo tiempo no parecía reconocer a ninguno de los presentes. Bailaba por el placer de bailar. El efecto que tuvo en el resto fue tan asombroso que los demás se retiraron gradualmente y se dedicaron a observarla. Incluso el chico que tocaba la flauta salió de entre las sombras para admirarla. No pudo resistirse. Los jóvenes más parlanchines se pusieron de rodillas y se acercaron a ella cada vez más. Tomaban el pelo al joven tímido y lo retaban a que se pusiera a bailar frente a ella. No paraban de azuzarlo, de empujarlo en dirección a la chica, hasta que al final, haciendo acopio de valor, él se levantó y dijo: «Me gusta cómo bailas». Mi Madara me lo tradujo. La chica no respondió, pero lo había oído.

Así empezaban las cosas, simplemente se echaban el ojo unos a otros. Siempre mantenían esa distancia, que en el fondo buscaba cercanía.

Pensé: «Estoy soñando despierta. Sueño con este chico y esta chica que acaban de conocerse, pero que aun así han sellado un pacto entre ellos». Soñé

con ellos porque sabía que nunca podría soñar con que algo parecido me sucediera a mí.

Estaba sentada en la cama cuando se me acercó mi Madara. Algo iba mal. Su amplia sonrisa había desaparecido. Pensé que quizá hubiera discutido con alguno de los hombres. Fue la formalidad en su voz la que hizo que se me cayera el alma a los pies, pero de entrada no se me ocurrió que pudiera ser por mi causa. ¿Por qué se mostraba tan fría, tan distante? No se sentó. Me habló de pie y con voz firme:

—Cuando las mujeres fueron al pueblo esta mañana, al principio los vendedores se negaron a hablarles o a hacer negocios con ellas. Había corrido el rumor de que escondíamos a la esposa y a la hija de uno de los terroristas. Por aquí todo el mundo tiene mucho miedo. Saben lo que sucederá. Les confiscarán los bienes, quemarán sus establos y los asesinarán sin piedad. Luego los yihadistas vendrán a por nosotros, saben cómo encontrarnos, conocen al dedillo hasta el último rincón de este bosque. Lo destruirán todo. Se llevarán nuestros rebaños. Nos barrerán de la faz de la tierra.

—Me iré —dije mientras me incorporaba. Quería darle las gracias por su infinita amabilidad, pero rechazó mi agradecimiento.

—Mi hijo os sacará a las dos de aquí antes de que amanezca. Ha ido al pueblo a pedir prestada una bicicleta —dijo. Se apartó de mí. A punto de desmoronarse, se dio la vuelta y añadió—: Aborrecemos echar a alguien..., en especial a los niños.

A continuación salió por debajo de la cortina tupida que servía de puerta.

Un silencio sepulcral reinaba en aquel paraje rodeado de árboles; el edificio en sí quedaba totalmente camuflado por las hojas que se habían colado a la fuerza en la malla de alambre, formando una tupida pantalla protectora. Algunas de las hojas mustias más ajadas sobresalían y fue su inquietante crujido el que oí entonces.

El chico de la bicicleta nos había dejado a cierta distancia de allí y se había marchado a toda velocidad para salvar su vida.

Reconocí que era el puesto militar por los sacos de arena apilados alrededor y el alambre de espino que coronaba el tejado. Unos hombres me gritan. Hay dos con un atuendo militar holgado que nos apuntan con las armas. Uno de ellos dispara al aire, de modo que los pájaros salen volando asustados. Se oye un repentino aleteo frenético, los pájaros no saben en qué dirección huir y las ramas más bajas se sacuden con violencia. Se rompe el murmullo del amanecer. El segundo soldado saca un par de teléfonos de los bolsillos y desenreda los diferentes cables.

—¡Suéltala, suéltala...! —me grita.

Dejo a Babby en el suelo de arena, donde se queda tumbada, callada y afligida. Nunca me había parecido tan desvalida, como un paquete abandonado que alguien podría pisotear o apartar de una patada. Grita cuando le pasan el detector de metales por encima y le entran convulsiones. No me permiten que la coja en brazos.

—Quítate el cinturón... Venga, quítatelo —me ordena uno, y caigo en la cuenta de que creen que tengo la misión de hacerlos volar por los aires.

Suponen que soy una terrorista suicida, una de las niñas que había visto bajo el árbol de tamarindo comiendo los dátiles que acababan de darles y con la emoción infantil de creer en la promesa del Paraíso.

—No llevo cinturón... No voy armada... Solo quiero ir a casa —dije.

—Ja, solo quiere ir a casa —repitió con sorna uno de los soldados.

Me manda desnudarme.

—Sacude la ropa... Sacúdela —me ordenan.

Y después de hacerlo me obligan a desnudar a Babby, porque dicen que tienen que pasar el detector de metales por encima del cuerpo de las dos. Ella da un brinco como si la electrocutaran.

Uno me acribilla a preguntas y el otro lo apunta todo en el teléfono.

—¿Cómo te llamas?

—¿Quién te ha enviado?

—¿Quién era la persona que os trajo en la bici?

—¿Por qué se marchó tan rápido?

—Nombre de tu padre.

—Nombre de tu madre.

—Nombre de los ancianos de tu pueblo.

—¿Por qué no te acuerdas?

—Si mientes, ya sabes qué te ocurrirá.

Respondo lo mejor que puedo, pero sé que están intentando pillarme en falso. Luego corren hacia el edificio para informar de mi llegada, cambian de opinión y retroceden, y vuelven a pasar el detector por encima de nosotras y de las inofensivas prendas de ropa que hay tiradas en el suelo.

Me odian. Lo sé por la forma en que me miran. Lo único que quieren es encontrar la manera de demostrar que soy culpable para arrestarme allí mismo

y mandarme a una celda, y de ahí a una muerte segura.

Un tercer hombre, un comandante que lleva un uniforme más sofisticado, baja entonces las escaleras. De un modo ridículo, los otros dos se cuadran y lo saludan con formalidad. Es alto y desgarbado. No parece tan iracundo como sus subordinados. Le cuento que no llevo cinturón ni tengo ningún botón que apretar, insisto en que no estoy allí para hacer saltar a nadie por los aires. Él reflexiona y al cabo de un momento me pregunta por qué tiene que creerme.

—¿Por qué tengo que creerte? —pregunta por segunda vez.

—Preferiría saltar por los aires yo misma antes que hacer estallar a otra persona... —respondo.

Me mira a la cara, luego escudriña el fondo de mis ojos para ver si miento. Se vuelve hacia los otros y dice que lo más probable es que sea una de «las escolares». Queda patente en los ojos, el trauma se aprecia en las cuencas oculares y en la mirada atormentada. No es la primera vez que lo ve.

—¿Qué edad tienes?

Le digo que no lo sé.

—Empezamos bien... —replica irritado, ahora que sabe que el asunto le llevará tiempo, mucho tiempo, porque habrá circunstancias especiales y todo eso.

Mira el teléfono del soldado, donde puede leer las preguntas que me han hecho y las respuestas que les he dado titubeando. Luego regresa al edificio a zancadas.

Cuando me deja a solas con los dos subordinados, uno se acerca a mi harapienta tela, que sigue en el suelo, y desata el nudo de la punta de la *iro*, porque se ha dado cuenta de dónde llevaba el dinero escondido. Era el dinero que me había dado Mahmud. Lo había guardado durante todo este tiempo. Iba a ser nuestro regalo a mis padres cuando Buki y yo llegásemos a casa. Ella había apretado ese nudo muchas veces. El soldado se mete el dinero en el

bolsillo, seguro de que no lo delataré, de que no me atreveré a acusarlo.

El hombre alto regresa y les da la orden de meterme en el edificio. Sin esperar a que me digan nada más, agarro la tela de la *iro*, me cubro en parte y entonces recojo a Babby y la envuelvo con su mantita: un fardo petrificado.

Nos meten en una habitación pequeña y de un calor agobiante. Hay fusiles apoyados contra la pared y armas apiladas por doquier. El superior coge un cilindro con un morro largo y señala un cable detonador; me dice que, si lo hubiera pisado sin querer, no estaría ahora mismo apelando a su hospitalidad. Hay una mesa con un ladrillo debajo de una de las patas para evitar que se mueva y un calendario con una ventanita de celofán que marca la fecha exacta. Se fija en que lo miro maravillada. Una fecha, un día, una estación.

Me hizo sentar a la mesa y me pidió que escribiera un informe para que pudiera mandarlo al cuartel general, donde ya están echando humo.

Escribo sobre nuestra captura, los trabajos que nos obligaron a hacer, la cocina, la limpieza, los rezos, las palizas recurrentes, pero no incluyo las barbaridades de la Casa Azul. Digo que me casaron, que di a luz, y cuento cómo, junto con Buki, escapé cuando el Gobierno bombardeó el asentamiento. Describo a las chicas muertas en el suelo, las otras que dejamos atrás con todas las esperanzas hechas añicos. Hablo de la cabaña que encontramos y de la hoguera que encendió Buki, y escribo que le mordió una serpiente y murió. El militar lee por encima de mi hombro mientras escribo.

—¿Cómo sabes que fue una mordedura de serpiente?

—Me lo dijo ella... Había salido de noche a buscar comida y, mientras intentaba arrancar una raíz, notó que le mordía... Vi las marcas rojas de los colmillos.

—Ah, esas criaturas venenosas —dice, y de una estantería que había por encima de la mesa, sacó un manual. Junto con ese cayó otro libro, que se titulaba *Grandes esperanzas*. En la cubierta había una ilustración de varios

hombres vestidos con monos y gorra, y unas gallinas picoteando en un suelo de tierra dentro de la forja de un herrero—. «Consejos para las mordeduras de serpiente: qué hacer y qué no hacer... Hechos y mitos.»

Entonces, lo arroja con desdén.

Vuelve a albergar sospechas, y murmura: «Algo huele a podrido en Dinamarca» y frases por el estilo. ¿Qué pasa si no le cuento la verdad? ¿Qué pasa si me he dejado algo, algo aciago? Dice que soy un rompecabezas, no, un enigma. He atravesado a pie un bosque inmenso, plagado de peligros, minas antipersona, cazadores, diferentes milicias, con sed y hambre, y sin embargo, llego a ese puesto militar, totalmente en shock, pero entera. Debe de haber algún misterio.

—Los pastores me encontraron... Me salvaron —digo.

Le da vueltas a mi respuesta y, al cabo de un rato, al fin parece creerme.

—¿Qué va a pasar conmigo? —le pregunto.

No sabe decírmelo. Los mandamases de la ciudad están estudiando mi caso, X dice una cosa, Y dice otra. Inmovilidad. Ofuscación. Desacuerdo. Es posible que me trasladen a una base militar más moderna, porque su pequeña unidad es demasiado rudimentaria. Me pide disculpas por si sus bufones han mostrado demasiada mano dura, pero tengo que entender que para ellos no soy una chica, ni siquiera soy una persona, sino el presagio de la muerte: una trampa enviada para crear una distracción antes de un ataque.

Se sentó en el taburete que había a mi lado y dijo que había algo que debería saber. La naturaleza humana se había vuelto diabólica. El país que había dejado yo ya no existía, incendiaban las casas mientras los ocupantes dormían dentro, los granjeros ya no eran capaces de labrar sus tierras, la gente huía de un erial de hambruna a otro, reinaba la devastación. Una mujer se echaba sus propias heces sobre la cabeza y sobre la de sus hijos todas las mañanas para despistar a los Perros, para inducirlos a creer que estaban todos

locos.

—Hace solo unos días, una mujer llegó al puesto militar con un bebé muerto. Aseguraba que no podía enterrarlo si no mataba antes una cabra. ¿Podía yo proporcionarle una? ¿Podía matarla? Ningún funeral estaba completo sin eso. Impotente, se tumbó en el camino, donde te encontraron a ti, y después de llorar y llorar hasta quedarse seca, se levantó y continuó caminando, llorando su desgracia.

Uno de los bufones se presenta para decir que se ha caído el receptor de satélite.

—Arréglalo... ¡Vuelve a colocarlo! —grita el superior, y al ver que me he asustado, me pide disculpas y me pregunta si tengo sed.

Se apresura a verter agua de un bidón en una taza metálica, con pestañas a los lados que sirven de temblorosas asas.

—Perdona, estoy desquiciado —me dijo entonces, y empezó a relatarme su vida—. Vuelvo a casa cada seis semanas más o menos, y soy un desconocido para mi familia. Se burlan de mí a mis espaldas. Mi hija me ve tan taciturno que dice que debería ir a un psicoterapeuta. Discutimos. Me niego a ir al psicólogo, vuelvo corriendo a este nido de maldad, veo que los bufones hacen turnos para subirse en la hamaca que mandé elaborar expresamente para mi pierna lesionada. Podría decirse que he llegado para el último acto. Los mismos árboles, la misma oscuridad, la misma incertidumbre acechante. ¿Por qué te cuento esto...? Porque no te conozco, y, además, tú no me conoces a mí ni conoces el mundo al que has regresado.

Del cajón de la mesa saca un recorte de periódico y lee las estadísticas más recientes:

—En este país hay alrededor de dos millones de personas que han huido de su hogar, casi dos millones de personas desplazadas en la actualidad, más de cinco millones de personas sin alimentos, y se calcula que cuatrocientos

cincuenta mil niños menores de cinco años sufren malnutrición grave.

Mientras él hablaba, Babby estaba inquieta, tiraba de mí para que le diera de mamar. El militar vio lo incómoda que me sentía y se levantó. Al hacerlo se golpeó con el inalámbrico de la mesa. Luego salió a ver si había habido algún progreso. Tardé un buen rato en amamantarla, porque Babby estaba muy nerviosa en aquel lugar tan alborotado y no paraba de perder el pezón. Todavía la tenía en brazos cuando el militar regresó. Se limitó a mirarnos y no pronunció ni una sola palabra hasta que la niña terminó. Luego la ayudé a eructar, y poco a poco se quedó dormida.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

—Estoy bien, gracias.

—¡Estás bien, gracias! —exclamó, incrédulo.

¿Cómo era esa simbiosis entre madre e hijo? Tenía que admitir que, mientras me observaba, había despertado algo en él, algo bueno, un vínculo tal vez, o una puesta de sol, o el hermoso ritmo de la prosa de Charles Dickens. Se embarca en una alabanza de las madres. Descalzas, suplicantes, viviendo de migajas, y aun así siempre adelante, siempre adelante. No se cortan el cuello. Tampoco les cortan el cuello a sus hijos para beberse su sangre. Lo soportan, igual que han soportado parir a esos hijos. Me pregunta cómo lo hacen, cómo lo hacen esas madres con niños pequeños, ¿eh? «¿Cómo lo hacéis?» Tenía la cara casi pegada a la mía, su mirada era un interrogante.

—Hazme sentir algo —me dijo.

—No me mande de vuelta con ellos —dije.

Eso lo sobresaltó. Parecía avergonzado. Cogió una caja grande de cartón con las letras MOD impresas encima. Levantó la tapa y me la plantó en el regazo. Había barritas de frutas, galletas, bebidas energéticas, embutidos y quesos. De entre toda la variedad extrajo una bolsa de caramelos de tofe, me ofreció uno y luego tomó otro. Allí nos quedamos sentados, masticando

nuestros tofes como dos niños perdidos. Cuando terminó el suyo, dobló el recorte de periódico en forma de avión y lo hizo volar para que buscase noticias más allá. Leí lo que ponía en la caja: PACK DE RACIONAMIENTO MULTICLIMA PARA VEINTICUATRO HORAS. Me preguntó si no era irónico que la manduca que ya no se consideraba digna para la guarnición inglesa se la vendieran a él y a sus colegas. Lo mismo ocurría con las armas que estaban a punto de estropearse. Se embaló otra vez. Empezó a recordar datos históricos. Los colonizadores vienen por el botín, el oro y el marfil, se burlan de los trajes pintorescos, de los brujos y los curanderos, de los bailes de las tribus, de los hacedores de lluvia, de los caníbales..., y, sin embargo, poco a poco se van encariñando con el lugar. Creía que ciertos salones ingleses estaban llenos de encantadores recuerdos: espadas, cuchillos, alfanjes, mapas y fotografías antiguas de hombres y sus damas pasando el rato en una terraza al atardecer. Incluso se aventuraba a decir que en los sótanos de diversos museos podía haber cabezas decapitadas, conservadas en sal, que en otro tiempo causaban sensación y eran expuestas ante el público en vitrinas de cristal.

Uno de los bufones entró corriendo y dijo que un general del más alto rango deseaba hablar con él de inmediato.

Me mandaron salir. Empezaba a clarear, el sol había despuntado como en realidad hacía todas las mañanas, pero nunca se había aventurado a entrar en nuestro enclave maldito. Sujeto a Babby muy fuerte, más que antes incluso. Hablo con ella. Me pregunto dónde reposarán nuestras cabezas esta noche.

El bufón que me había robado el dinero de la *iro* entró y se quedó muy cerca de mí, olfateándome como si yo fuese un perro. Era su forma de decirme que el dinero también apestaba. Su forma de acallarme.

A partir de entonces no pararon de hacerme entrar y salir del despacho, los oía hablar por teléfono, pero era incapaz de adivinar si había algún progreso o no. El comandante se mostró más brusco, me dijo que volviese a entrar,

porque al parecer la señal del satélite funcionaba mejor fuera.

Tal vez fuese el calor, el miedo o el cansancio, pero el caso es que me quedé dormida en el taburete y me puse a soñar. Sé que estoy soñando.

Cruzo un campo con Buki y Babby. Las dos cogemos a la niña de una mano. Debe de ser mayor que ahora, porque ya sabe andar. Sentimos miedo. Hay siluetas detrás de los árboles y escondidas entre los arbustos. Tenemos que pasar por delante de ellas y también junto a una casa grande que es un manicomio. En el sueño sé que es un manicomio, pero no sé cómo lo sé. Tiene ventanas pequeñas y con barrotes. En las capas de setos que rodean el edificio, las ratas intentan rapiñar algo. Las ratas y sus crías. Las oímos royendo la alambrada y chillando cuando se les corta la lengua. Nos encaminamos al centro del campo, donde hay montículos. Buki se ha ido, ha desaparecido. Camino con Babby y le doy la mano para que no tropiece. Entonces ocurre algo extraño y maravilloso. Una placa de tierra empieza a desplazarse lentamente hacia ella, luego oculta por completo su pecho, la cubre como una capa protectora hasta los tobillos, una especie de armadura. Continuamos andando, encantadas. A lo lejos vemos una casa. Está iluminada.

Me despierto con un sobresalto. El comandante ha regresado y dice que todavía no hay una decisión concluyente, pero se le nota más esperanzado.

Decide animarnos un rato con un pasaje de Charles Dickens. A medida que lee, su voz va volviéndose más dulce.

Me hallaba de nuevo en Inglaterra —en Londres, paseando por Piccadilly con el pequeño Pip— cuando un criado se me acercó corriendo y me pidió si podía hablar con una dama que aguardaba por mí en su carruaje. Se trataba

de un carruaje pequeño, tirado por un poni, y que ella misma conducía: la dama y yo nos miramos con tristeza.

—He cambiado mucho, lo sé, pero pensé que te gustaría estrecharle también la mano a Estrella, Pip. ¡Alza a esa bella criatura y déjame que la bese! —Ella debió de pensar, creo, que se trataba de mi hijo.

Me sentí muy feliz tras aquel encuentro, pues su rostro, su voz, el roce de su mano me cercioraron de que el sufrimiento había sido más fuerte que las enseñanzas de la señorita Havisham y le había conferido un corazón con el que comprender lo que el mío en su día sintió.[1]

Había entrado alguien, y cuando me volví para mirar vi que era una agente de policía, con la gorra de color azul marino calada de manera desenfadada.

—Vamos a llevarte a la ciudad —dijo la mujer mientras me ayudaba a levantarme con Babby.

He olvidado cómo recorrimos el camino, lo he olvidado todo salvo estar metida en un coche grande con asientos de cuero que olían a cera. Había otros dos coches, uno delante y otro detrás.

La agente de policía tuvo que bajar la ventanilla porque el comandante quería decirme una cosa más:

—Ha sido... todo... un... milagro —me dijo.

Y entonces, con una floritura, nos invitó a continuar. Tenía un aspecto desolado.

Los bufones se cuadraron en posición de firmes, sacando pecho por el orgullo de haber cumplido con su obligación.

La ciudad rebosa vida. Coches, motocicletas y taxis se dirigen de aquí para allá a toda prisa; los taxis son pequeños, poco más que carritos de bebé. Los pasajeros se apretujan en ellos, con sus pertenencias encima del regazo. Babby duerme profundamente en mis brazos a pesar del alboroto.

El sol pega fuerte en los austeros edificios blancos; sus portones negros relucen con lanzas doradas. Los vigilantes se sientan a la sombra de los árboles y charlan con los policías que hacen la ronda. Otros policías montan guardia en estrechas garitas blancas, dirigen el tráfico y paran a los coches. Al nuestro lo dejan pasar porque llevamos una bandera militar sujeta al lateral del capó.

La agente de policía señaló hacia lo que parecía una montaña pero que en realidad era un pedrusco enorme, una roca tan famosa que su imagen salía en los billetes del país. Me contó la fábula relacionada con esa roca y los numerosos ataques que había sufrido. El agua discurría por los laterales y formaba innumerables venas, como interminables lágrimas de lamento.

Los árboles no son tan frondosos como los que me cobijaban en el bosque. Unos árboles más jóvenes bordeaban los carriles de las carreteras, con las hojas pegadas a los troncos, igual que paraguas plegados.

Entre las majestuosas mansiones hay chabolas construidas con toda clase de materiales: cartones, zarzos, bambú, y aquí y allá un panel de zinc a modo de tejado que capta la luz del sol. Las mujeres se encorvan sobre sus modestos

hornillos, con hordas de niños que necesitan ser alimentados. En los muros de cemento hay carteles pintados que anuncian reparaciones de la nevera o el motor, y hay uno en tinta negra en el que pone: LLAMA A MR. CHEF, con un número de teléfono al lado. En una valla publicitaria inmensa, escrito en letras de colores, veo el edicto: HAZTE MILLONARIO. Debajo, alguien ha garabateado: EL ALGODÓN ES LA CREACIÓN DE DIOS.

En un cruce muy transitado en el que confluyen cuatro calles, dos muchachos tullidos daban vueltas con el monopatín, con las manos extendidas para pedir limosna, y cuando les tiraban una moneda, echaban una carrera para ver quién era el primero en atraparla. Distintos chiquillos pegaban golpecitos en la ventanilla cada vez que nuestro coche paraba. Nos ofrecían pinturas de colores, sandalias, botellines de agua y bolsitas de plástico de frutos secos variados. La agente de policía me dijo que no les hiciera caso.

Llegamos a una serie de puertas dobles que daban acceso a una zona verde donde había numerosos edificios, también de un blanco radiante, y largas escalinatas que conducían a las entradas. Diversos oficiales nos saludaron. Entonces se acercó una mujer que me dijo: «Ay, chiquilla, chiquilla...». Dijo que a la niña le iría bien ponerse un pañal y nos llevó directas al cuarto de baño, que era una estancia cubierta de mármol y espejos. Junto al lavabo había un cambiador infantil y Babby empezó a patalear encantada; sus ojos centelleaban ante la opulencia de su nueva ubicación. Me miré en muchos espejos y suspiré al confrontarme con la extraña criatura en la que me había convertido; tenía la boca llena de llagas y el pelo desgredado. Babby estuvo a punto de caerse de la bandeja del cambiador, pero la pillé justo a tiempo y di una vuelta con ella en volandas para mirarnos las dos, embobadas. Señaló las dos imágenes de los espejos, sin saber quiénes eran. La mujer que me había llamado «chiquilla» empezó a llamar a la puerta porque los médicos esperaban para examinar a Babby.

Estoy en una consulta médica pequeña, con la mujer sentada frente a mí. No para de decirme lo valiente que soy y el aguante que tengo. Soy una superviviente. Intenta que me sienta cómoda. Dice que me harán pruebas, me pondrán inyecciones, vacunas, me darán tratamientos de distinto tipo, pero sobre todo será una «terapia de escucha». Están allí para mostrar humanidad, para apoyarme. La mujer llevaba un sencillo vestido de manga corta y sandalias de cuero con hebillas brillantes. Entre los agujeros de las tiras de cuero empiezo a ver gusanos de color rosa que se retuercen e intentan salir. No puedo parar de temblar. Me pregunta si tengo ganas de hablar, pero no quiero. Saca del bolsillo un pequeño calendario de espiral y empieza a calcular y a sumar el número de días que he estado en cautividad. El calendario tiene estampas de diferentes santos, uno para cada mes. Me enseña su favorita: santa Teresa, la Florecilla, la niña de facciones finas, que lleva por collar una guirnalda de rosados capullos de rosa. Entonces abre la página de san Patricio, un imponente hombre que blande el báculo. San Patricio, el santo patrón de Irlanda, que en el año 432 d. C. erradicó todas las víboras, humanas y reptiles, del país de origen de la mujer. A continuación me dijo que si ese santo resucitase, pondría fin a la carnicería y las abominaciones que ocurrían por doquier.

—¿Cuántos años tengo? —pregunto.

—Ay, pobre niña... Cuánto has sufrido... Cuánto has sufrido —dice.

Entonces, de dentro del vestido saca un escapulario de tela marrón, lo besa y dice que es para mí. Noto el grabado oculto de la cara de algún santo incrustado en la tela.

—Sujétalo mientras te corten... Aunque serán bastante cuidadosos —añade como si se le acabara de ocurrir.

En ese preciso momento se abre la puerta de sopetón y entran dos hombres de blanco que empujan una camilla. Me ponen una bata de hospital que se ata

por la espalda. Llevan mascarillas blancas sobre la boca. Creo que son mensajeros celestiales.

La mujer camina a mi lado mientras me trasladan en la camilla por el pasillo. Me sujeta la mano y la aprieta a la vez que murmura sin cesar:

—Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad.

—Si sonrieras, serías mucho más guapa —me dijo el médico.

¡Si sonriera! Es el médico que me han asignado para mi recuperación; dice que la mente humana tarda catorce días en readaptarse.

Seguro que ha visto en los distintos informes que tiene en la mesa de trabajo, escritos por otros, que soy reservada, que algunas veces parezco ausente y que soy dada a brotes de ira irracionales. También debe de saber ya que rompí el velo que me dieron. Era del mismo azul del cielo encapotado que los harapos con los que nos obligaban a vestirnos los Perros. Sabe que tengo miedo de cruzar la calle y que he rechazado dos veces el ofrecimiento de salir a pasear por el parque con una enfermera.

—Ya no estás en aquel bosque —me dice.

—Usted no ha estado allí —contesto a toda prisa, demasiado deprisa.

Estoy encadenada a ese bosque. Vive dentro de mí. Es con lo que sueño por la noche, con una desconcertada Babby cruzada encima del vientre, empapándose de mis terrores.

La luz del día llega por fin. Para desayunar, nos ofrecen fruta cortada en porciones. Babby coge un trozo de melón o de papaya, lo analiza y luego se lo mete entero en la boca. Una pequeña glotona en una trona de color rosa.

Quiero gritar a ese hombre del traje oscuro, con esos ojos gelatinosos detrás de las gruesas gafas curvadas. Ni una sola vez ha tocado el agua del vasito de plástico que le han puesto delante. Bebo la mía y dejo la mirada

perdida. Si por lo menos el médico tuviera un instrumento o una varita mágica que pudiera meterme en la cabeza, entonces todo le sería revelado y no habría necesidad de tantas vacilaciones. Me pregunta si me gusta mi cuarto. Si me he acordado de tomar la medicación. Si mejora la salud de mi hija. A todas y cada una de esas preguntas, respondo que sí con la cabeza.

—Tendría que haber guardado la placenta —digo de pronto.

—¿Por qué deberías haber guardado la placenta?

—Se la comieron... Si la tuviera, Babby podría esconderse en ella si alguna vez nos separan.

—No os separarán.

—Pero ¿cómo lo sabe?

Ve el miedo que se acumula en mi interior y frena.

Le cuento cosas, para no contarle otras cosas.

—Pasaba el grano por el cedazo y rezaba. Las cascarillas volaban por los aires y el viento se las llevaba con el polvo duro del desierto. Tenía que cortar cuartos traseros y monturas y carne de caza, plagadas de moscas y gusanos. John-John apartaba las moscas con un bate de críquet y yo decapitaba los gusanos con un cuchillo afilado. Se retorcián incluso después de muertos. John-John encontró el bate en un campo abandonado, donde también encontró un libro con el reglamento del críquet. No recé con suficiente fervor. Rebeka rezó y pudo escapar.

—¿Quién es Rebeka? —me pregunta.

—Quizá murió —respondo.

Entonces le hablo de Norah, una niña que ayudaba a su tía a cuidar del rebaño y perdió el ganado. Tenía unos diez años. Las ovejas se le desperdigaron. Echó a correr de acá para allá, gritando y gritando, y fue

cuando la capturaron en las colinas. El soldado que la apresó quedó prendado de ella. La hizo suya. Ella le dijo que era demasiado joven. Él dijo: «Tienes parientes, tienes una tía. Puedo ir a buscarlos». Solía acudir a la ciénaga, con las piernas chorreando sangre, gritando y gritando: «Dawo, dawo, dawo!». «¡Volved... Volved... Volved!»

El médico sabe que hay más que contar, pero yo no puedo pronunciarlo. Entre nosotros hay un ancho abismo.

—¿Cuándo vendrá mi madre? —pregunto con brusquedad.

—Estamos valorándolo todo —responde.

Pienso en mi madre, que espera y cuenta las horas hasta que llegue la citación y me devuelvan a casa. Igual que espero yo.

Estoy habladora y me animo a contarle lo del día Negro. Mandaron a doce chicas a lavarse y vestirse con ropa bonita. Les dieron gachas de avena antes de que emprendieran el camino. Iban a hacer un intercambio. Liberarían a doce chicas a cambio de quince de sus guerreros, que estaban encarcelados en la ciudad. Aquellas que habíamos quedado atrás nos sentíamos contrariadas y rencorosas.

Las chicas regresaron al dormitorio en plena noche, destrozadas y furiosas, demasiado devastadas para hablar siquiera. Les faltaba el pañuelo de la cabeza. O se les había enganchado en los árboles con espinas o se lo habían arrancado ellas mismas en un acto de rebeldía. Se tumbaron en el suelo y empezaron a aullar. Las rodeamos en círculo. Entonces volvimos a ser un grupo unido.

Al cabo de días y semanas nos enteramos de lo que había ocurrido, aunque las versiones cambiaban con el tiempo y las chicas estaban tan confundidas que se contradecían unas a otras. Lo que sacamos en claro fue lo siguiente:

habían recorrido más de quince kilómetros a pie con un calor asfixiante. Llegaron a un pequeño claro que alguien acababa de desbrozar, del que salían nuevos brotes de hierba. El avión, pequeño, de color blanco y con las hélices oxidadas, ya estaba allí. Los vetustos árboles que habían talado yacían alrededor como animales dormidos. Se oyeron canciones y gritos procedentes del interior del avión. Los prisioneros estaban impacientes por ser liberados, por bajar esos peldaños junto a los cuales los esperaban sus hermanos y besar el bosque que denominaban hogar.

Personas de los dos bandos se reunían y se dispersaban, a veces con actitud amistosa, otras no tanto. La mayoría de los soldados se refugiaban en los camiones y los encargados de la documentación se sentaron bajo unos enormes parasoles. Había un hombre alto con un caftán blanco que hacía de mediador.

A las chicas no les ofrecieron siquiera agua. Aunque no tenían demasiada esperanza, siguieron creyendo que al cabo de poco subirían esos estrechos peldaños y entrarían en el avión, donde les darían la bienvenida y se sentarían en un asiento, se pondrían el cinturón de seguridad y tal vez recibirían un refresco frío y unas palabras afectuosas.

Transcurrieron muchas horas.

Había pequeñas discrepancias entre los dos bandos, y de vez en cuando se intercambiaban palabras duras. Entonces empezaron a gritar y a maldecir, y unos y otros amenazaron con vengarse. Incluso tiraron puñados de tierra al avión.

Entonces las chicas supieron que algo se había torcido. El hombre del caftán blanco alzó los brazos y dijo en varias lenguas que había malgastado un año de su vida en aquellas negociaciones. Supieron a ciencia cierta que no habría un buen final cuando un funcionario que hasta entonces había permanecido dentro del avión, sin duda vigilando a los presos, se colocó en el peldaño superior y sacudió un maletín abierto, amenazando con él y gritando a

los yihadistas que había en tierra. Le habían prometido una gran suma de dinero que no aparecía por ninguna parte. Sacudía el maletín como un loco. Estaba viejo y desvencijado, y habían rajado el forro. Las cosas se pusieron cada vez más feas y amenazantes. Los hombres se reían, deleitándose en su odio, cada uno de los bandos seguro de la futura aniquilación de la otra parte.

El mediador se había ido. Cerraron la puerta del avión. Los camiones empezaron a alejarse y alguien ordenó a las chicas que dieran media vuelta y recorrieran otra vez los quince kilómetros que las separaban del campamento.

No pude continuar. Alargué el brazo para coger uno de los pañuelos de papel de la caja que hasta entonces no me había atrevido a tocar.

El médico no dijo una palabra, no hizo nada, se limitó a escuchar mientras le describía a las chicas que continuaban allí, aferradas a la creencia de que algún día caminarían hacia ese claro, hacia la nueva hierba, hacia el pequeño avión blanco cuyas hélices girarían, listas para el despegue.

No puedo creer que esté confesando de verdad mi matanza nocturna. Noche tras noche, el sueño se vuelve más gore. Hiervo a mis captores en enormes perolos negros. Hay muchas hogueras encendidas. Esos hombres saben que les ha llegado la hora. Suplican clemencia, igual que suplicábamos nosotras. Los apilo dentro de las inmensas ollas y John-John me ayuda con una maza. Les aplastamos el cráneo y su cerebro rezuma y forma una especie de pasta turbia. Sus barbas flotan en la superficie, como espuma putrefacta. Las burbujas del agua hirviendo los cubren y al final los silencian. Tienen que comerse sus propias vísceras, con los ojos abrasados de tanto llanto, aunque no pueden llorar porque están muertos.

Las chicas corren libres y huyen del dormitorio, se desprenden de sus vestiduras de vergüenza. Se lavan en los ríos. Huelen a limpio. Huelen a

naturaleza de nuevo. Comen setas. Se recogen el pelo con ramitas de enebro. Se ha extendido el rumor. Las familias han salido de los pueblos y les llevan dátiles, cantan antiguas canciones.

El médico se quita las gafas, las limpia a conciencia y me mira.

—Algún día abrirás tu corazón a alguien —me dice antes de levantarse.

Fue nuestra última sesión juntos. Habíamos roto el hielo.

Cuando nos encontramos cara a cara, mi madre y yo suspiramos, un suspiro que solo nosotras podíamos comprender. Habían sucedido demasiadas cosas. Ella había cambiado tanto que estaba irreconocible, desgarrada por el dolor. Parecía más vieja y tenía los ojos empañados. El encuentro tuvo lugar en el salón de un edificio gubernamental, y mi madre estaba sin resuello después de subir el último tramo de escaleras. Unas personas nos guiaron para asegurarse de que no nos sentíamos intimidadas en un entorno tan opulento.

Judith, la joven enfermera estadounidense que me había visto unas cuantas veces, entró a toda prisa, con el pelo enmarañado, para darme un regalo. Era una pelota de goma que podía apretujar cada vez que sintiera que volvían los escalofríos.

—Aplasta a esos cabrones... Aplasta a esos cabrones —me dijo, y arrojó la pelota entre mis manos.

A Mama y a mí nos permitieron unos instantes a solas en una sala de recepción. Tenía que ser rápido, porque el presidente estaba volando desde no sé dónde especialmente para saludarnos.

La sala a la que nos condujeron era inmensa, con una mesa larga y sillas a lo largo de todo el perímetro. Había una jarra de café en una bandeja, junto con tazas, platos y un paquete de galletas.

—No me preguntes nada —le dije.

—No lo haré —contestó.

Fue entonces cuando me contó sin más preámbulo que mi padre había muerto. Desde el momento en que me secuestraron, mi padre dejó de ser quien era. Se paseaba arriba y abajo por las calles gritando mi nombre. Hizo un asiento de madera debajo de unos árboles que se bifurcaban, desde los que se divisaban tres caminos distintos, con el fin de poder verme llegar. Me llamaba cuando hablaba en sueños. Así fue como mi madre se dio cuenta de que su esposo había muerto. Había dejado de repetir mi nombre. Su corazón se rindió. Me pregunté por qué estaba tan distante y por qué no me había abrazado. Lo achaqué a lo extraño de la situación. Yo pensaba que al cabo de poco estaríamos sentadas en algún lugar tranquilo y menos ostentoso, donde nos abriríamos la una a la otra.

Además, el guardia que estaba al otro lado de la puerta y cuya sombra se veía a través de la mitad superior de panel había empezado a dar golpecitos en el cristal para indicar que se nos había agotado el tiempo.

Había un montón de primas esperándonos, algunas que recordaba y otras que no. Todas se habían vestido de punta en blanco, pero una parecía la cabecilla, pues mandaba a las demás dónde colocarse, y cosas por el estilo. Me la presentaron simplemente como «la Tía», pero no era mi tía. Apenas me acordaba de ella. Era la prima más famosa que teníamos. Íbamos a su casa en contadas ocasiones porque éramos más pobres. Se había casado con un oficial del ejército a quien habían ascendido a general y luego se había mudado a otro sitio. Se decía que él la había abandonado pero que, oficialmente, seguían casados. Las paredes de su casa estaban abarrotadas de fotografías del general con el uniforme militar y las medallas, y algunas veces la Tía se unía a él con uno de sus vestidos brillantes y collares de varias vueltas. También había familias de muñecas en las repisas de las ventanas, con las piernas abiertas. Muñecas de porcelana con las mejillas pintadas y botas de cuero de cerdo.

Una enfermera llegó poco después con Babby en brazos, y percibí cierta

frialdad en el ambiente cuando las mujeres retrocedieron. Ni una sola de las primas se acercó a admirarla.

—Tiene la misma arruga que tú en el centro de la frente —le dije a Mama, y todas me miraron con repulsión.

La Tía empezó a contarme que el Gobierno no aprobaba que las mujeres del bosque volvieran con sus hijos, de modo que les buscaba un orfanato en el que vivir. Me sentí tan herida al oír que me llamaba «mujer del bosque» en lugar de pronunciar mi nombre... Me dijo que en mi caso harían una excepción porque ella había movido los hilos. Se había asegurado de que el bebé sería devuelto a nuestra aldea. Mama me dijo que le diera las gracias. Estaba henchida de orgullo. La Tía dijo que ellas se marcharían esa misma tarde, porque la ciudad era muy bulliciosa y desde luego nada saludable para una niña enferma. Supe que me estaban engañando, pero me sentía incapaz de enfrentarme a ellas. Lo último que vi fue a Babby en brazos de una enfermera, arropada con un arrullo blanco y limpio, con la coronilla tapada por la tela. Llevaba un chupete verde en la boca, con una cadena de cuentas de colores que colgaba de él, de modo que podía succionar y jugar con las cuentas a la vez. No se asustó al verse separada de mí. Estaba emocionada con el nuevo entorno, lo miraba todo, señalaba las cosas, luego alzaba la vista hacia las lámparas de araña encendidas que proyectaban charcos de luz en el suelo de mármol y hacían destacar motas de color en tonos marrones, rosados y ocre.

Fue un día frenético. Multitudes. Parlamentos. Y veneración.

Me habían dado un vestido morado nuevo con forro del mismo color para esconder los espantosos estragos de dentro, y también un velo a juego. Mama llevaba un vestido floreado con hebras de oro que colgaban de las costuras y temblaban cuando se movía. Tenía el pelo recogido en unas trenzas perfectas que le habían hecho en un salón de belleza donde también le habían lavado los pies en una jofaina de agua con remolinos. Todavía se mostraba fría conmigo y, en contraste, mucho más cariñosa con quienes la rodeaban y alababan su coraje y su fe.

Una encargada de protocolo no paraba de recordarme que sonriera, así que yo sonreía. También me había advertido qué debía decir y qué debía callar. La gente no quería oír historias espantosas. «Nada negativo... Nada negativo», me susurraba sin parar pegada a mi oreja.

Nos llevaron temprano a la residencia del presidente para evitar a la multitud y las intrusiones de la prensa o las cámaras. Cuando llegamos, nos condujeron directamente a nuestros asientos. Una alfombra con el mismo diseño recargado conducía del vestíbulo a la sala de recepción, donde habían colocado banderas de los estados vecinos enrolladas en postes, en el hueco del ventanal. Corrieron unas cortinas de color rosa para tapar el resplandor del sol. Pusieron sillas a ambos lados del pasillo central y otras sillas distintas en la parte superior de un semicírculo en el que se sentarían el

presidente y su séquito. Estaban cubiertas con fundas de satén de color melocotón y no tenían ni una sola mancha. Todo era perfecto: las molduras de tono blanco tiza del techo, las resplandecientes columnas de madera, los pliegues exactos de las cortinas... Y aun así, parecía sombrío. Olía a flores, pero no vi ninguna. Supuse que habían rociado la sala con perfume un rato antes para darle sensación de naturaleza. Nos sentamos envaradas. Yo no paraba de oír los exagerados suspiros de Mama. Tal vez le apretara demasiado el vestido. Me entró una urgencia de escabullirme al lugar en el que tenían a Babby, fuera donde fuese. Sentía que me necesitaba.

Las madres a las que habían invitado iban llegando en tandas; tenían el polvo del camino adherido a los pies y a los andrajosos vestidos. Me reconocieron al instante. Clavaron la mirada en mí y vi esas expresiones ansiosas; todas deseaban tener noticias de sus chiquillas. ¿Cómo iba a contarles la verdad?, ¿cómo iba a decirles que algunas chicas habían muerto al parir y otras en diferentes bombardeos, que otras habían sido enviadas a campamentos remotos y, lo más escalofriante de todo, que algunas habían elegido quedarse en el campamento, donde estaban agradecidas de tener al menos una comida al día?

«Nada negativo... Nada negativo...», esas palabras daban vueltas en mi cabeza.

Cuando anunciaron la entrada del presidente y su séquito se produjo una algarabía. Era un desfile de ministros del Gobierno, con sus consejeros, y hombres del ejército con el pecho engalanado de insignias y medallas. Los ministros lucían unos *hulas* con muchos brocados, y el mismo presidente, el más alto de todos, llevaba un casto *hula* blanco con una ancha banda dorada. Era como un hombre protegido en una esfera propia. Las mujeres estaban demasiado asustadas para aplaudir fuerte y casi demasiado asustadas para respirar siquiera. En lugar de eso, se inclinaban hacia delante para estar un

poco más cerca del presidente. Una mujer con un vestido azul tardó lo suyo en sentarse cómodamente y después se recogió los pliegues de seda alrededor de los tobillos con coquetería, sin dejar de sonreír en ningún momento.

El presidente lucía una media sonrisa de satisfacción y de ligero desdén.

El primero en hablar fue un gobernador de un Estado cercano. Oscilaba entre la alegría y la pena, y se iba enjugando la cara con un enorme pañuelo de lunares. Dijo que hablaba en nombre de toda la nación cuando me daba la bienvenida a casa, decía que era un ejemplo para todos, aseguraba que un tsunami emocional sacudió el país cuando se supo la noticia. Después, de un modo muy empalagoso, dio las gracias al presidente, que había cancelado un viaje esa misma mañana para estar con su pueblo. No teníamos un presidente que volase de aquí para allá en un jet privado o que se pasease en camarotes de lujo: teníamos un presidente que se preocupaba por aquellos que le habían encomendado representar. Todos y cada uno de los niños y las niñas le importaban. Citó los millones de nairas dedicados a matrículas escolares, a alimentar a los alumnos de escuelas públicas, a comprar libros y lápices, al transporte y a todas las demás necesidades que eran un derecho de nacimiento de todos los niños en etapa de crecimiento. A las madres que albergaban la esperanza de que contara con una varita mágica tenía que pedirles paciencia, aguante, pero en su corazón confiaba en que la catástrofe nacional terminase pronto.

—Nuestro país volverá a erguir la cabeza —dijo, y enjugándose la frente una vez más, con los ojos anegados en lágrimas, dijo sin azorarse—: Si yo no hubiera tenido una educación occidental, todavía estaría pastoreando cabras.

A la multitud le encantó, lo aplaudieron desaforadamente. Después, recuperando la serenidad, señaló al presidente y dijo:

—Cuando se tiene lo auténtico, la sombra pierde importancia.

Y el presidente se levantó para hablar.

El presidente fue más incisivo y severo.

—Visibilidad. Franqueza. Poder.

Cada una de sus aseveraciones era como una flecha. El público sabía que se hallaba en presencia de su excelencia, del hombre que tenía la llave de sus raquíticas vidas y del pedazo de tierra gracias al que subsistían. Miró alrededor, vio la aprensión general y, con voz más distendida, dijo:

—Retaremos a nuestros enemigos a un duelo.

Su séquito sonrió al apreciar el toque humano.

Entonces manifestó que estaba decidido a poner fin al reino del terror y les recordó que no podría suceder en un abrir y cerrar de ojos, sino con astucia, conocimiento y estrategia. Después, sin consultar apenas sus apuntes, habló con fluidez y pasión.

—Os pido que disipéis todas las dudas, las conjeturas y las noticias falsas. Estamos inmersos en esta guerra. Nuestros enemigos están por doquier. Ellos buscan el martirio, pero no son mártires. ¿Cómo puedo denominarlos? Hienas. Sí, hienas. No solo están los guerreros que ya conocemos: están los otros que se asocian con ellos, que sacan tajada de la agitación, que operan bajo sus órdenes. Han declarado una guerra contra nosotros, contra nuestras instituciones y nuestra ley. Son intolerantes con todos y con todo. Pensad un momento en la cantidad de personas a las que han abatido: policías, funcionarios de prisiones, empleados públicos, dirigentes, profesores y niños y niñas inocentes. Están en contra de los cristianos y de los musulmanes. Detestan el pluralismo religioso. Son aves rapaces. Pero no os confundáis, vamos a ganar, hemos recuperado territorio y las parcelas de tierra que habían robado. Nuestra cúpula militar es equiparable a la de cualquier país del mundo, incluido Estados Unidos. Una gran suma del presupuesto nacional se destina a combatir en esta guerra. Hemos mejorado las armas y la maquinaria para liquidarlos, y lo saben. No aceptaremos embustes en lugar de la verdad.

Obstaculizaremos sus acciones en todos los sentidos. Los desarmaremos. Los someteremos. Los borraremos de la faz de la tierra. Hemos sido informados de sus actos de barbarie, de sus mentiras y sus asesinatos patológicos, de su infiltración en nuestro cuerpo político, pero nosotros llevamos el timón. Desaparecerán. Arderán en el crisol de nuestra fuerza. Serán los perros de caza que no obedecieron el silbido de su amo.

Cuando dejó de hablar se produjo un silencio reverencial. El hecho de haber estado tan cerca de él les había proporcionado algo, un atisbo de esperanza. Pero yo tenía ganas de decirle: «Señor, está usted a unos pasos de mí, pero se encuentra a años luz de ellos en su cruel cautiverio. Usted no ha estado allí. No puede saber lo que nos han hecho. Vive rodeado de poder, y nosotros en la indefensión total». Pensé en mis amigas en ese preciso momento, bajo el árbol de tamarindo, algunas tullidas por el bombardeo, otras embarazadas de nuevo, con insectos que se alimentarían febrilmente de ellas, pronunciando las mismas oraciones obligadas. La encargada de protocolo percibió mi agitación y me dijo que me sentara bien y me comportara como era debido.

En cuanto concluyó, el presidente se puso a recorrer el pasillo central, deleitándose ante la maravillada admiración de los asistentes, con su séquito detrás, mientras las madres, con lágrimas en los ojos, se apretaban las manos unas a otras, pues sabían que nunca volverían a vivir un momento tan glorioso como aquel.

La dama de azul era toda sonrisas, no paraba de alabar mi valor, mi determinación, mis agallas, mi aplomo. Un bosque salvaje no era un lugar adecuado para una chica sola y, sin embargo, yo había sobrevivido, había perseverado, había salido adelante. No mencionó ni una vez mi encarcelación ni habló de Babby. Me tendió la mano en señal de amistad y dijo que, con mi regreso, había plantado una semilla de esperanza en todas las otras madres. Se

sentía como si yo fuera su propia hija, que hubiera sido arrebatada en la oscuridad de la noche y milagrosamente devuelta al amanecer. Las personas estaban tan conmovidas por su sinceridad, por su franqueza, que en ese momento se levantaron, avanzaron hacia ella cantando «Mama, Mama» y le dieron las gracias con mucha efusividad. Ellas eran su gente, rezaba por ellas por la mañana y por la noche y, aparte de su afición por un equipo de fútbol en concreto, ellas eran su familia, igual que todas las madres desperdigadas en las aldeas remotas, que no tenían los medios o el privilegio de poder estar ahora en esas dependencias tan exclusivas.

Luego, en voz más baja, pidió misericordia. Sabía que todas y cada una de aquellas madres querrían estar a solas conmigo, pero era demasiado pronto y las emociones estaban demasiado a flor de piel. Por favor, debían ser comprensivas conmigo. Por favor, no debían atosigarme con preguntas porque, a pesar de mi aplomo y de mi hermoso vestido, era frágil. En pocas palabras, dijo, deberían considerarme alguien que volvía a la vida con los vacilantes pasos de un niño pequeño.

—Queremos que tenga una aclimatación paulatina —dijo, sin dejar de sonreír, e hizo un gesto a Mama para conducirnos hacia una carpa. Añadió que era el momento de celebrarlo, de dar la bienvenida a una heroína.

La música era ensordecedora. La gente hablaba, comía, bailaba. Todas sus dementes esperanzas condensadas en ese único día. Me aparté del gentío para poder estar un rato a solas.

Se me acercó una chica alta con un velo blanco. El velo estaba decorado con medias lunas doradas, y sin embargo, parecía que guardara luto. Al principio no me dirigió la palabra y luego, cuando lo hizo, fue en un arrebato repentino, como si llevase mucho tiempo sin hablar con nadie. Hasta que

pronunció mi nombre no la reconoció. Era Rebeka, quien había saltado del camión la primera noche, mientras el vehículo se abría paso alrededor de un cinturón de árboles.

—Recé... Le pregunté a Dios si eran hombres malos... Para que nos ayudase a escapar. Dios me respondió. Te susurré que saltaras conmigo.

Fue como si las dos reviviéramos el mismo momento, el camión frenando, otros camiones detrás y Rebeka poniéndose de pie para agarrarse de una rama que sobresalía, luego arriesgándose a saltar, confiando en que yo la seguiría, porque me lo había suplicado con fervor. Oí su caída como un golpe amortiguado, porque el suelo era muy murgoso. Entonces me describió cómo se había quedado allí tumbada, sola, segura de que los camiones la perseguirían y verían con claridad su blusa blanca bajo la brillante luna. Solo que no lo hicieron. Después de que pasaran todos, se levantó, pero descubrió que apenas podía andar. Se escondió en las ramas altas de un árbol y allí se quedó hasta atisbar los primeros rayos del amanecer.

Durante todo el trayecto que hizo a pie estaba convencida de que vería el humo procedente de la escuela, pero no lo vio, porque estaba demasiado lejos. Se encontró con un granjero, que le preguntó si era una de las «escolares» secuestradas y luego salió huyendo cuando ella le confirmó que lo era. Más adelante se topó con otro hombre que cargaba leña en una carretilla, tirando de sus mangos con una cuerda; la vio trastabillar y sintió lástima por ella, pese a que se imaginaba quién era. Rebeka se sentó sobre esa pila de leña hasta que llegaron a un punto en que se veía un pueblo; allí le pidió que se bajara. Le dijo que no abandonara el sendero, por muy difuso que le pareciera, porque buena parte del sotobosque estaba lleno de minas.

El humo de la escuela casi se había extinguido, pero el olor permanecía en el ambiente. El suelo estaba cubierto por una capa de ceniza entre grisácea y blanquecina, y vio libros calcinados y mochilas quemadas. El lugar era un

infierno; había niños con sus madres, padres que exigían noticias y profesores a los que reprendían por no haber hecho más por proteger a las niñas inocentes.

Una mujer le dio una olla de agua para que se lavara los pies. Según le dijeron, sus padres llegarían al día siguiente. Estaban todos tan sobrecogidos que ninguno podía hablar. Lloraban, se limitaban a llorar y a abrazarse unos a otros. También lloraron en el autobús de vuelta a casa, y cuando se supo que era la chica que había escapado, hubo un aplauso espontáneo entre los pasajeros.

En la fiesta de bienvenida que le dedicaron unos días después, la gente se había organizado para comprar comida y obsequios. Le pusieron horquillas en el pelo. Sin embargo, al cabo de unas semanas empezaron los problemas.

«Infieles... Infieles», apareció pintarrajeado en las paredes, y todo el mundo sabía qué significaba eso. Alguien se había chivado. Los yihadistas volverían, no solo a por ella, sino a por toda su familia y el pueblo entero. Tenía que marcharse. Con una profunda emoción, me insistió en que su familia había rezado y llorado la pérdida. Le aseguraron lo profundo que era su amor y le dieron manzanas para el viaje. La montaron en un camión que transportaba sacos de grano, apretujada en uno de esos sacos de arpillera, casi asfixiada, porque el vehículo tenía que cruzar el país dando un rodeo mucho más largo todavía para que no la descubrieran.

Al llegar a la ciudad, una mujer estadounidense que dirigía una organización caritativa la acogió y la ayudó a salir adelante. La animó a leer y a apuntar las palabras que no comprendía. Le entregaron una serie de cuentos en inglés que trataban de las tontorronas aventuras de un perro, y aunque la historia era bonita, no era para ella, no le llegó al corazón.

Al cabo de seis meses tuvo que marcharse, y ahora vivía en un hostel con otras diez chicas desplazadas. Por suerte, había encontrado trabajo. Cuidaba

de los altares de varias iglesias, enceraba los muebles, lavaba las cortinas y los manteles y arreglaba las pocas flores que les donaban. Tal vez fuera eso lo que hizo que al principio yo pensara que se había unido a alguna orden religiosa. De repente se puso a temblar, y me preguntó si podíamos sentarnos en algún sitio más tranquilo.

—Nunca me lo perdonaré —dijo en voz baja, y vi el sentimiento de culpa que arrastraba por habernos dejado—. Estoy maldita —confesó en un susurro.

—¿Por qué lo dices?

—Los yihadistas se me llevarán. Tienen poderes sobre mí.

—No es verdad. No pueden.

Temblaba tanto que tuvo que apoyarse en un pilar. Rechaza el agua que le ofrezco.

—Quiero ser normal —me dice con voz apremiante.

—Ya eres normal —le digo, aunque yo también estoy aturdida.

—Tal vez podríamos quedar algún día —dijo, y por primera vez me sonrió.

—Me voy a casa, Rebeka.

Lo dije para zanjar la conversación, tenía que hacerlo.

—Te rechazarán... Te echarán —contestó con un tono mezquino y rencoroso.

—Tengo un bebé —dije, pues me pareció más sensato contárselo.

—¡Un bebé!

Se quedó de piedra. Era lo único que ella deseaba. Un bebé que le perteneciera, notar su latido junto al suyo, una pequeña compañía para toda la vida.

De pronto, es ella la que anuncia que debe marcharse.

La vi apresurarse, sola, una fugitiva, colándose entre la muchedumbre, mientras el sol se reflejaba en las incrustaciones doradas de su velo. Se moría de ganas de huir de aquel firmamento de poder. Yo había hecho pedazos su única esperanza.

Se me hace extraño cuando mi madre me propone que nos sentemos junto a la piscina, ella, que ha estado tan distante conmigo. Para pasar las últimas treinta y seis horas en la ciudad, nos habían obsequiado con una habitación en un gran hotel. Tenía veintinueve plantas.

Casi ha anochecido.

Encontramos una mesa en un rincón tranquilo, pues hay una fiesta muy bulliciosa en su momento álgido. Tiran globos por los aires, que acaban flotando al azar por todas partes. Unos haces de luz líquida salen de los árboles, y otras lucecillas diminutas surgen como por arte de magia de entre los arbustos. Sin embargo, a pesar de este escenario tan hermoso, mi madre está taciturna.

Me había dicho que quería hablar conmigo. Primero hablaríamos de mi padre y luego, sin duda, sobre mi cautividad. Me siento incómoda. Unos camareros de uniforme impecable pasan a toda velocidad con bandejas llenas de bebidas, se mueven muy deprisa y, sin embargo, no chocan unos con otros ni una sola vez. Las ranas se aparean y uno de los asistentes a la fiesta graba el croar tan característico para diversión de los demás.

—Animales. Carniceros —dice mi madre, y me mira como si yo tuviera que saber ya de qué habla. Luego añade—: Mis hombres ya no están.

Lo soltó así, de sopetón. Yo sabía que mi padre había muerto y ahora me dice que Yusuf también ha fallecido.

—¿Está muerto? —pregunto, pero soy incapaz de creérmelo.

Un vacío negro se apodera de mi interior cuando pienso en volver a una casa sin padre ni hermano.

—Lo único que pudieron traerme fue su mejor camisa azul —dice, y en su febril pensamiento todavía se aferra con las manos a esa camisa, como si acabasen de entregársela.

Trato de hacerle una pregunta, pero sus palabras son incoherentes, habla de forma atropellada, da saltos en el tiempo, consumida por los espectros.

Los chicos de Boko Haram se presentaron después del anochecer para hablar con Yusuf, para inducirlo a hacer un pacto con ellos. Sabían cuánto me echaba de menos. Habían visto el dibujo que había hecho de mí, pues estaba colgado en el porche de la iglesia. Podían liberarme a cambio de una recompensa. Había formas de hacerlo. Otras chicas habían sido liberadas a hurtadillas desde esa misma ubicación secreta. Estaba donde nuestros soldados o vigilantes nunca iban, porque lo consideraban demasiado peligroso. El dinero del rescate era astronómico, y debía hacer pagos todos los meses. De esto se enteró mi madre más tarde, por boca de los hombres que encontraron y enterraron a Yusuf. Había dejado los estudios y había empezado a trabajar en tres compañías de transporte llevando ganado y maíz a distintas ciudades. En esas mismas ciudades podía donar sangre muchas veces, dado que era un desconocido. Ganaba dinero en cualquier ocasión que se le presentara. Mi madre encontró un acopio de provisiones en una bañera vieja que había en el patio, y supuso que planeaba marcharse.

—Todo estaba previsto para una noche de octubre.

—¿De qué octubre? —le pregunto.

Tengo que saberlo.

—¿De qué octubre!

Está irritada; me dice que no tengo sentimientos, a pesar de que estoy

visualizando ese campo aislado y a mi hermano asesinado.

—No lo ves... No como lo veo yo —dice.

Extiendo la mano sobre la mesa. No quiere estrechármela. Este es su duelo, suyo y de nadie más. Se ha convertido en una especie de demonio, se arranca las extensiones de pelo de la coronilla y las arroja por los aires con un movimiento seco y cargado de odio, como si fuesen ratas muertas.

La gente nos mira y se pregunta si debería intervenir.

—Háblame, Mama... —le suplico.

Por un momento se pone triste; recuerda la quietud de aquella tarde, esperando en la cocina, con la Biblia en la mano, porque, aunque no podía leerla, le daba fuerzas. Yusuf había vuelto después de estar fuera tres días. Su cena se estaba calentando entre dos bandejas de metal. Parecía agotado y distraído. Se metió en su habitación y salió enseguida con su mejor camisa azul, le dijo que iba a reunirse con un directivo para otro puesto de trabajo, mejor pagado. Entonces se marchó. Eso fue lo último que supo de él, hasta que unos hombres llamaron a su puerta pasada la medianoche.

Las palabras brotaban de su boca como la lava, revivió la muerte de Yusuf, la cabeza cortada a hachazos de Yusuf, y no fue como si se lo dijeran dos trabajadores, sino como si ahora ella fuera la médium en la que había recaído su espíritu, la responsable de la venganza.

Yusuf ya no está y yo sí que sigo aquí. Me culpa. Si yo no hubiera sido la favorita de mi padre, si no hubiera insistido en estudiar la secundaria, si no hubiera tomado aquel autobús, nada de todo esto les habría ocurrido. Los «si» de la acusación quedaron suspendidos en el aire como los sonidos agonizantes de las ranas que se aparean. Yo quería compensarla. Ya estaba en casa, o casi. Volví a extender el brazo hacia ella para cogerla, pero se dedicó a arrancarse las trenzas con más furia, igual que una diosa enloquecida, y las arrojó por todas partes como si fuesen malignas.

La gente nos miraba cada vez con más descaro.

—Deberíamos subir a la habitación —dije.

—Te avergüenzas de mí —replicó.

Entonces un borracho se acercó a nosotras, haciendo todo lo posible por caminar con dignidad. Nos ofreció una copa, pero mi madre la rechazó. Dijo que el atardecer era demasiado hermoso para discutir, alabó las luces, imitó a las ranas en su cortejo y me reprochó que hubiera desobedecido a mi madre. Las madres, insistió, eran la columna vertebral del país. Apareció el amigo del borracho y se lo llevó a rastras; los dos se alejaron trastabillando.

El silencio era letal.

—Babby volverá a unirnos —dije al cabo de un rato.

Esa fue la gota que colmó el vaso. Su rostro se volvió pétreo, torció la boca. Pensé en las fuentes de piedra de las iglesias con una pequeña hendidura en la que meter el dedo. Yo no puedo meter el dedo en el corazón de mi madre, ya nunca podré.

Siento que todo se resquebraja en mi interior. Quiero hacerle daño y restregarle por la cara todas las cosas monstruosas y horripilantes que me han hecho. Le tengo miedo. La odio. Solo que ya no sé qué es el odio, ni el miedo, ni el amor. Tengo una hija, la echo de menos. Quiero notar sus latidos junto a los míos. Mi hermano Yusuf no estará ahí para recibirnos cuando lleguemos a casa.

Mama se levanta y camina con la cabeza gacha, prestando mucha atención a cada paso que da, como si temiera caerse.

Las luces se van apagando una por una.

En esa atmósfera solitaria los globos flotan, lánguidos, abandonados e ignorantes.

Lo último que vi de la ciudad fue la silueta del edificio de nuestro hotel, que parecía a punto de derrumbarse. Abajo, en la calle, una pedigüeña se inclina hacia delante y barre los escombros con un escobón de palma seca. Mama y yo nos vamos a casa.

Durante el trayecto, bajo un dosel de árboles, los cambistas de dinero ataviados con largos caftanes blancos se arremolinaban a nuestro alrededor cuando el coche frenaba a causa del tráfico denso. Metían los brazos flacos como palos por la ventanilla, ansiosos por hacer negocios. Nuestro conductor los ahuyentaba, pero no se daban por vencidos, sino que sacudían fajos de billetes, cada uno de ellos insistía en que la suya era la mejor tasa de cambio y todos se apartaban al oír la estridente bocina, que el conductor tocaba sin cesar.

—Os mantengo a salvo... Os llevo a casa sanas y salvas —dijo.

Estaba muy orgulloso de su cochazo, y nos dijo que el Gobierno había mandado fabricarlo especialmente en Canadá y lo había provisto del equipamiento más moderno que existía.

El jolgorio de los días anteriores nadaba ante mis ojos: el calor sofocante, los parlamentos, la música atronadora y Rebeka, como un espectro.

En el taxi iban otros dos pasajeros; uno de ellos era un hombre con una bufanda sucia alrededor de la cara que tenía los ojos medio cerrados. Se llamaba Esau. El segundo hombre, que era inglés e iba sentado delante, junto

al conductor, se volvió hacia nosotros y dijo que había pagado dos asientos debido a que tenía las piernas increíblemente largas. Lo dijo con intención de ser amable. El conductor y él se habían enfrascado en una conversación de inmediato, y Esau, sintiéndose excluido, se inclinó hacia delante para escuchar qué decían.

—Cuéntales, Esau... Cuéntales a tus compañeros lo que te ocurrió —le instó el chófer.

Al principio Esau se mostró reticente, pero, a pesar de todo, se le notaba ansioso por contarlo y me dio la sensación de que había narrado esa historia varias veces.

Perdí las tierras. Perdí a Binta. Lo perdí todo. Los chicos de Boko Haram no nos atacaron directamente, así que pensé que estábamos a salvo. Pero una noche llegaron. Yo estaba metiendo las palomas en sus nidos artificiales, pues Binta y yo criábamos parejas de aves. Oí disparos. La gente gritaba y corría, y yo corrí igual que los demás. Binta no regresaba... Había ido al mercado a vender algunos cántaros. Al cabo de una semana más o menos, varios tuvieron la suerte de poder reunirse entre los árboles, o en la iglesia, en pozos secos y en cuevas en las montañas que rodeaban el bosque, pero nosotros no.

Se ve sobrecogido por la emoción al describir los cántaros de cerámica que hacía Binta, cántaros en los que mantener fresca el agua, y otros recipientes más pequeños para almacenar aceite de palma y mantequilla. Qué preciados eran... La gente los regalaba. Tenían unos colores marrones oscuros, terrosos, pero también contaban con los toques mágicos rojizos de la imaginación de Binta. Ojalá hubiera guardado al menos uno de esos cántaros durante su huida, de ese modo ahora tendría algún recuerdo de ella al que aferrarse.

—La encontraremos... La encontraremos —dijo el conductor, pero Esau se había puesto a llorar desconsolado.

Cuando por fin recuperó la serenidad, habló de un encuentro casual con un trabajador humanitario que le mencionó a una mujer medio ciega llamada Binta a la que había visto en un campamento y que pasaba el rato deambulando por la carretera, con la esperanza de que su marido fuese a buscarla. Según ese voluntario, la mujer dijo que reconocería los pasos de su marido aunque fuese en el umbral del inframundo. Con el tiempo, Esau logró llegar hasta aquel campamento, pero entre la constelación de rostros tristes y desolados no encontró ninguno que se pareciese al de su esposa. Mucho más tarde conoció a un mercader que le contó una historia feliz que reavivó sus esperanzas. Trataba de una niña perdida, también en un campamento, a quien el mercader había conocido cuando fue a hacer negocios allí. La niña tenía un número de teléfono apuntado en un papel; creía que era el número de su tío, que había huido de su comunidad después del estallido de la guerra. El tío se había instalado en la región de la meseta, y les había llegado el rumor de que trabajaba de mecánico en un taller. Ese papelajo era lo único que la separaba del abismo. Lo encontró en el bolsillo de su padre después de que lo ejecutaran junto con algunos otros. Pidió al comerciante que, ya que viajaba tanto, intentara por favor localizar a ese tío y ver si eran parientes de sangre. Resultó que sí. La niña trabajaba día y noche haciendo labores en la granja que había cerca del campamento, y una noche, sin decírselo al encargado, se fugó. Recorrió la mayor parte del trayecto a pie, siempre hambrienta y siempre asustada. El tío se quedó de piedra el día que la vio entrar en su taller mecánico para pedirle ayuda. Tenía una nueva esposa y tres hijos y no sería fácil convencer a su mujer de que le permitiera añadir otra boca que alimentar. A pesar de todo, la acogieron. El mercader se enteró de lo ocurrido meses más tarde, cuando se la encontró con un mono de mecánico, trabajando de ayudante

en ese mismo taller.

Temiendo que el ambiente se volviera demasiado lúgubre, el inglés se prestó voluntario para contar una historia. Cuando dejó la universidad, lleno de planes infinitos, decidió pasar una breve temporada en Nigeria para hacer trabajo de campo y tal vez escribir una tesis sobre sus hallazgos. En lugar de eso, se había quedado casi ocho años, había viajado por todo el país y había vivido numerosas aventuras. Había dormido en el Sáhara bajo las estrellas: «Un cielo con estrellas como lentejuelas», así lo describió. Allí, según una tradición local, había aprendido cómo se le revelaría el futuro. Cuando viera una estrella fugaz, tenía que coger un pellizco de arena antes de que desapareciera la estrella, luego meter la arena en un retal, atarlo y dormir encima. El patrón que hubiera formado la arena mientras él dormía, fuera el que fuese, sería un símbolo de su fortuna futura. El problema era que había olvidado por completo qué representaban los diferentes dibujos.

Señaló una larga cadena montañosa a lo lejos y nos dijo que había vivido con una tribu cuyos antepasados se habían asentado allí cientos de años antes. No sabían nada de la vida en el valle. No sabían quién estaba en el Gobierno ni tenían noticia del boom del petróleo, que había empezado y acabado. Si había algún conflicto entre ellos, como sucedía a veces, se convocaba a los ancianos de cada familia para que lo resolvieran. Eran completamente autosuficientes. Cultivaban cereales en las reducidas parcelas que quedaban entre las escarpas que los rodeaban y también construían terrazas de tierra para plantar verduras y hortalizas. Habían tejido un arbusto que se había extendido de forma descontrolada formando una especie de pajarera con sus ramas, que no solo los protegía de los vientos del Sáhara, sino que también servía de lugar de incubación para gallinas de Guinea y pollos silvestres, y, una vez al año, de hogar para un maravilloso grupo de mariposas migratorias de color verde lima.

La caballería de los hausa, tal como nos contó a continuación, celebraba sus torneos anuales en esas montañas siglos atrás. Había encontrado referencias a esas festividades, que duraban días, en antiguos almanaques. Servían carne de reses, de caza, aves y vinos de palma, y entre un plato y otro tomaban flores como caléndulas para facilitar la digestión. Los cocineros provenían de Arabia y la cocina era tan exquisita que quitaban la piel y las plumas de los pavos reales antes de cocinarlos y luego volvían a colocarlos sobre el animal, con total meticulosidad, para darle aspecto de vivo. Juglares y cuentacuentos muy aclamados llegaban desde el otro lado del mar Rojo, y uno de los narradores de fábulas era famoso por su capacidad para pasarse toda la noche hablando y conseguir que quienes dormían entraran en trance.

Como el inglés había aprendido a usar el arado con suma maestría, el emir le ofreció la oportunidad de elegir a una de sus catorce hijas en matrimonio. Resultó que en realidad no conocía a ninguna de esas hijas ni a las esposas del emir. Si se acercaba a un grupo de chicas que estaban cribando grano o cascando nueces de cola para hacer mantequilla, estas ocultaban la cara, soltaban risitas incontrolables y luego se aferraban unas a otras fingiendo terror, como si un faraón se hubiese presentado ante ellas.

—Conque no quedó hechizado —dijo el conductor.

En cuanto salíamos de una ciudad entrábamos en otra, y luego en otra; cada una era más pequeña que la anterior, y todas estaban plagadas de vida. Había gente caminando, gente en bicicleta y ancianos, demacrados y hambrientos, sentados en los peldaños de un pedestal que habían erigido para honrar a algún héroe olvidado. Los puestos del mercado eran de cartón, lona y trozos de paraguas, con las entradas abarrotadas de productos de todas clases. En la calle había pilas de neumáticos cubiertos con un brillante plástico blanco.

Cobijados entre unos puestos y otros había lugares de oración, con carteles en los que ponía JESUCRISTO VIVE O CRISTO ESTÁ EN TODAS PARTES. En el lado opuesto había carteles y alabanzas a Alá, junto con pósteres grandes de políticos con los dientes de un blanco immaculado y otros similares de predicadores radiantes acompañados por sus esposas.

Las barricadas se volvían más rudimentarias conforme avanzábamos: barriles o ramas serradas de los árboles que simplemente habían amontonado en el suelo. Nos topamos con un grupo de mujeres que nos saludaron efusivamente con la mano, como si fuésemos viejos amigos. El inglés dijo que era una estampa frecuente. Eran mujeres que se dedicaban a tapar los socavones. Nos enseñaron las piedras como muestra de su labor. Se reían de un modo escandaloso. Algunas se carcajaban tanto que se les veían los dientes y los huecos que los separaban. En sus ojos, curiosidad y una esperanza desenfrenada. ¿Quiénes éramos nosotros, en ese coche tan importante, y adónde debíamos de dirigirnos? No mostraron rencor al ver que no les dábamos dinero, sino que nos alentaron a continuar con gran efusividad.

En el siguiente puesto de control no tuvimos tanta suerte. Con evidente desdén, un apático joven alumbró el interior del coche con la linterna. Dijo que quería ver nuestra documentación. A mi madre le temblaba la mano cuando le tendió una hoja de papel, un inventario manuscrito de su familia que se remontaba a muchas generaciones; la tinta estaba oxidada por el tiempo. El centinela se mofó, y el conductor le recriminó su insolencia. Por suerte, el rifirrafe terminó cuando el chófer arrojó a regañadientes unos cuantos nairas a la carretera y aceleró.

Mama me susurró que tenía que hacer sus necesidades, y yo le dije también en un susurro si no podía esperar un poco más. Me sentí rara al pedirle algo así.

—Mirad... Mirad —dijo el inglés, que señalaba un campo de sorgo, con las

hojas verdes meciéndose al viento y unas mujeres arrodilladas en los surcos de la tierra, recogiendo los granos que subían por los tallos del maíz.

Vi lo que parecía un vistoso *patchwork* de varas verdes en unos islotes de agua, pero no supe qué eran. El inglés me dijo que era un arrozal, que los campesinos habían empezado a cultivar hacía poco, tal vez par de años. Gracias a eso tenían dos cosechas y menos hambre.

Por fin el conductor paró en una gasolinera y preguntó si las señoras teníamos que ir al servicio. A un lado había una pequeña estructura en la que habían escrito: MEZQUITA con pintura negra, solo que algunas de las letras habían quedado tragadas por los grumos del cemento. Junto a la entrada había tres calderos sin tapa y de diferentes colores. También había un cartel escrito con tinta en el que ponía: HOMBRES Y MUJERES, junto a una flecha. La seguimos. Vimos a un hombre en el cubículo masculino, la cabeza le sobresalía por la pared lateral. Se volvió y nos miró ceñudo. El lavabo femenino tenía una puerta, pero estaba cerrada con llave. Mi madre estaba nerviosa. Me pidió que vigilara que no se acercase nadie. Oí las rápidas salpicaduras contra un muro y de inmediato una colonia de hormigas se desperdigó en busca de tierra más seca. Mi madre me llamó para que la ayudara a incorporarse.

Mientras regresábamos al coche, vi a una chica un poco mayor que yo sentada sobre un montón de trapos viejos; hablaba consigo misma hecha una furia. Murmuraba, discutía y utilizaba los trapos para espantar las moscas y a los mirones. Me entraron ganas de darle algo de nuestra bolsa, pero mi madre tiró de mí para que me alejara y me dijo que era una de las criaturas locas. Por la noche la llevarían a una comisaría unas horas y luego volverían a soltarla, o eso, o algún hombre se la llevaría a los arbustos.

Justo antes de que anoheciera del todo, en un solitario tramo de la carretera, el inglés pidió al conductor: «Pare, pare». Fue repentino. Junto al arcén, una niña pequeña llevaba una bandeja de naranjas en una mano y en la

otra a un niño, probablemente su hermano. El inglés se bajó y lo vimos hablando; luego le dio dinero mientras la niña volcaba las naranjas en un pañuelo grande. Cuando el inglés se metió en el coche de nuevo ella besó el suelo. Empezó a pelar las naranjas con una navaja. Era un experto, hasta el punto de que nunca se le rompía la piel. Hacía verdaderas piruetas para reseguir la forma de cada naranja. Las partió por la mitad, quitó las pepitas y las dividió de forma equitativa entre todos. Fue un momento de felicidad muy inesperado, nosotros chupando y sorbiendo, el jugo resbalando por la barbilla, comiéndonoslo todo, incluso la parte blanca. Hubo consenso general en que aquellas eran las naranjas más dulces que habíamos probado en la vida.

Más adelante llegamos a las aldeas calcinadas, temblorosas carcacas de negrura; las varas de bambú sobre las que se habían asentado las cabañas en otra época estaban achicharradas y rotas, y unos extraños hongos negros surgían por todas partes. Lo más triste era ver vacíos los agujeros de las ventanas donde antes había gente asomada para contemplar el trajín del mundo.

Nos quedamos un rato en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, y el coche siguió rodando por los socavones mientras las piedras sueltas salían volando, y de pronto el conductor decidió recuperar el tiempo perdido.

El timbre de un teléfono nos hizo dar un respingo a todos y, de repente, el inglés se percató de que estaba llegando a su destino. Habló en voz baja, pero las personas que había al otro lado de la línea hablaban muy exaltadas, se interrumpían unas a otras y preguntaban cuánto más tardaría. Entonces, con mucho formalismo, le dio la mano a Mama, al anciano y a mí, y nos ofreció caramelos duros para compartir. El coche se detuvo con un chirrido junto a una ruina; sus amigos ya estaban allí y se acercaron a saludarlo. Lo abrazaron y vimos cómo subían una colina empinada; sus sombras iban chocando

iluminadas por la luz esporádica de varias antorchas.

Nos pusimos tristes al verlo partir.

Esau se bajó para sentarse delante. No tardaría en llegar la noche. Los árboles parecían más oscuros y los espacios que quedaban entre ellos adquirieron un tono negro violáceo. Se percibía tanta ansia y desolación que pensé en la temblorosa niña que había vendido sus escasas naranjas y se había arrodillado en el suelo en señal de gratitud. Ahora no había nadie junto a la carretera, solo se veía una silueta solitaria caminando hacia el bosque con un colchón sobre la cabeza y un muchacho que trataba de reunir un rebaño de cabras blancas. Me imaginé que la tía de pecho grande me devolvía a Babby y pensé en la sorpresa que expresarían sus ojos al verme de nuevo, pero no me daría un beso: me castigaría un poco por haberla abandonado, y al final chuparía el cuello de mi blusa para llamar mi atención.

La montaña se fundía con el cielo, exhalaba un vapor negro y violeta.

—El viejo norte está muerto y los antiguos cultos se han perdido —dijo Esau, y levantó el brazo para rendir homenaje a la montaña mientras le hablaba.

Contó la historia de un chico y un toro.

El chico era su abuelo, al que habían seleccionado personalmente y habían hecho practicar durante tres años. Era un antiguo sacrificio que se celebraba todos los años para apaciguar al dios que dormía en esa montaña y que era responsable de sus cosechas. Si dejaban al dios con hambre, entonces el pueblo también se moriría de hambre.

El día asignado, ataron las pezuñas del toro por delante y por detrás, y

cuatro jóvenes se turnaron para transportarlo con la cuerda. El toro rugió y embistió contra hombres y soga. No quería ir. Sabía lo que le esperaba. Plegaba las patas durante el ascenso a la montaña y se tiraba al suelo, negándose a moverse.

Lo seguía una muchedumbre de hombres, y una multitud todavía más numerosa, también de varones, se había reunido allí a pasar la noche; cantaban y rezaban por la plenitud del toro. Habían mantenido un fuego encendido durante veinticuatro horas y la fuerza de las llamaradas se veía desde los estados vecinos de todos los puntos cardinales.

Lo único que llevaba su abuelo era un cuchillito con un mango de marfil que encajaba a la perfección en el hueco de su palma. Estaba asustado pero a la vez exaltado; hombre y toro a pocos centímetros el uno del otro, capaces de oler el miedo del contrincante. Sabía, porque así se lo habían enseñado, que el primer golpe sería decisivo. Entonces llegó el momento. La muchedumbre se quedó callada de repente. Su abuelo, tal como lo narró más tarde, agarró el cuerno con una mano y, con una habilidad que no estaba seguro de poseer, hundió el cuchillo justo en la arteria principal, para que la sangre manara en un copioso torrente y el toro rugiera con su enloquecido lamento. El dios quedó apaciguado. Lo único que pervivió en el recuerdo de su abuelo de ese momento de iniciación fue la sangre por todas partes y el aullido del estómago de la multitud. Otros le ayudaron a acabar de matar al toro, pero este luchó y arremetió contra ellos hasta que no le quedó ni un atisbo de vida. Una vez que sus patas cedieron y cayó al suelo impotente, fue transportado en una carretilla y levantado sobre la hoguera rugiente, donde ya habían arrojado hojas de enebro. Se comían todas las partes del toro, salvo las entrañas.

Esau recordó el cuchillo, que ocupaba un lugar de honor en la morada de su abuelo, y los visitantes siempre comentaban el tamaño de la hoja, pues era muy pequeña. Años después, su abuelo le había permitido cogerlo, y a menudo

Esau iba solo a esa casa únicamente para tocarlo, para revivir su historia.

—Ya casi hemos llegado, señoras —dijo el conductor mientras se volvía.

Esau se había quedado dormido en cuanto acabó de contar la anécdota.

Cuando llegamos a nuestra aldea, no había ni una sola luz encendida. El conductor nos ayudó a bajar, y Mama pidió perdón por no poder ofrecerle una habitación libre. Nos aseguró que Esau y él encontrarían algún hotel en el camino de vuelta.

—Hay montones de hoteles —dijo, como si hubiéramos pasado por una sucesión de ciudades abarrotadas.

Luego, en confianza, nos enteramos de que siempre que podía llevaba a Esau de acompañante. Esau se pasaba la vida merodeando por las estaciones de autobús y las paradas de taxi, preguntando a los desconocidos si por casualidad se habían topado con una mujer medio ciega pero muy hermosa llamada Binta.

—La esperanza es mejor que la falta de esperanza —dijo el conductor, y Mama y él intercambiaron bendiciones.

Nuestra cocina desprendía un olor triste. Incluso a oscuras percibí un ambiente de desorden y dejadez. Mama tanteó hasta encontrar las cerillas y encendió la lámpara de queroseno. A la luz parpadeante del quinqué, vi dos cosas: la camisa azul de Yusuf, el emblema del martirio, extendida sobre la pared y sujeta con chinchetas de cobre, y a un hombre alto que salió del dormitorio. Supuse que era mi tío. Mama había mencionado que él había ido a nuestra casa tras la muerte de mi padre, pero no me había dicho que vivía allí. Llevaba una gorra de béisbol con la visera hacia atrás y se había puesto una chaqueta por encima de su atuendo de dormir. Me vio, pero no me saludó.

—¿Has comido algo? —fueron las primeras palabras que le dijo Mama,

pero tampoco contestó.

—¿Dónde está Babby? —pregunté echando una ojeada alrededor, porque no había oído ni un solo murmullo.

Mama y el Tío se miraron.

—Babby está con la Tía —dijo ella.

—¿Cuándo vendrá?

—Pronto —respondió Mama con brusquedad.

Estaba muy ocupada intentando complacer a mi tío. Sacó algo de comer de la cesta de obsequios que nos habían dado, que puso delante de él. Había plátanos, pepinos enanos y galletas. En cuanto se sentó, mi tío pidió sal.

—¿Qué significa pronto? —pregunté, decidida a no dejarme engañar.

Por sus expresiones, por sus vacilaciones, supe que algo iba mal.

—¡Vete a la cama! —me gritó el Tío, así que fue a cobijarme en mi antigua habitación.

Todavía tenía mi linternita y vi que la habitación era un santuario de polvo. El polvo se había adherido a todas las superficies, sin excepción. La lámina de papel perfumado ya no estaba en el cajón y en su lugar había ropa vieja, harapos y unas gafas rotas que habían sido de mi padre. Si mi padre estuviera aquí, esto no ocurriría.

Cuando Mama entró en mi habitación, me pilló llorando.

—Nosotras no tenemos poder para cambiar las cosas —dijo mientras dejaba la lámpara de queroseno en la mesita que había junto a la cama.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque somos mujeres —respondió.

Estaba enfadada conmigo.

Fingió sentirse demasiado cansada para discutir; se desvistió y se metió en la cama bocabajo. Me quedé de pie y la miré desde arriba. Tenía que saberlo.

—El estigma... El estigma —reconoció al fin.

Me di cuenta de que era una palabra que había aprendido de él.

—¿Qué estigma?

—Mala sangre —dijo, y entonces lo vi todo, igual que una acechante pesadilla.

—Es una niña —dije.

—No siempre será una niña... Está contaminada... Cuando crezca, se convertirá en una de ellos.

No podía creer sus palabras. Me arrodillé junto a la cama y, a pesar de todo, siguió sin contestarme.

—¿Qué van a hacerle? —pregunté.

La obligué a volver la cabeza y vi el enfermizo terror de sus ojos.

—¡Tengo que saberlo! —grité. Estaba furiosa.

—Te dará con la vara, Maryam... Te dará con la vara —me advirtió.

Logró apagar la lámpara de un soplido y me suplicó que no buscara problemas, no era el momento. Tal vez a ella también le hubiera dado con la vara alguna vez.

Nos quedamos allí tumbadas en la oscuridad, confundidas.

—¿Qué va a pasar? —le pregunto.

Lo único que necesito es una migaja de esperanza. No puede darme ni eso.

—Solo Dios sabe la respuesta —contestó.

La fiesta de bienvenida de la semana siguiente fue un fiasco. Habíamos alquilado una barbacoa. El ambiente estaba cargado de olor a especias y la grasa salpicaba por todas partes.

Mama ya me había dicho que la Tía no iría porque Babby tenía el pecho cargado y no querían exponerla a infecciones innecesarias. En parte la creí y en parte no. Ya cuando llegaron todos esos primos y vecinos, me sentí un bicho raro. Podía leerles la mente a partir de las sonrisas falsas y su cháchara igual de falsa. Percibía su duda y, peor aún, su desprecio. Sabía qué pensaban: «Mujer de un yihadista, con la mugre del bosque de Sambisa todavía impregnada». Mama dijo que tenía que sentarme con ellos y dar las gracias a todos por ir. El olor de la carne a la brasa les animó a gritar que tenían hambre, aunque el humo les escocía en los ojos. Intenté recordar el nombre de todas las personas. Obie, una anciana para quien solía recoger leña, fue a estrecharme la mano. Recordé que acostumbraba leernos el futuro en las hojas de té. Estaba a punto de echarse a llorar. Sabía lo que había ocurrido, igual que sabía que las cosas no marchaban bien entre mi familia y yo.

—Toma jengibre —me susurró, como si fuese mi única esperanza.

Entonces sucedió algo extraño. Una mujer a la que no conocíamos entró en el patio con paso decidido, balanceando los brazos, con el pelo recogido en distintas tiras de lazo y cordel. Había algo provocativo en ella. Pidió comida y bebida, la exigió, y sin embargo, no llegó a tocarla cuando se la pusieron

delante. No dejaba de mirarme, con ojos penetrantes, repetía que un espíritu le decía que un huésped estaba ausente. Yo sabía que se refería a Babby. Se marchó sin probar la comida, algo que se consideraba de muy mala educación, y cuando el Tío salió detrás de ella para ver en qué dirección se alejaba, la mujer se había desvanecido.

Noté que alguien me tocaba el brazo y, al volverme me encontré con Abigail, como un fogonazo de color. Éramos amigas en la escuela primaria y solía ayudarla a estudiar. Sus trenzas, que eran como serpientes de color henna, estaban enroscadas y sujetas en la coronilla. Llevaba las puntas atadas con bolitas metálicas chiquitinas que tintineaban y una única cuenta de cristal le caía sobre la frente como un talismán. Tenía el blanco de los ojos grande y limpio, muy nítido y digno de confianza. Se había puesto una *iro* roja con una blusa a juego y pintalabios de color fucsia.

—Soy la chica fucsia —iba diciendo a las mujeres embobadas que no paraban de mirarla y a los hombres que fingían indiferencia mientras bebían sus cervezas, a cierta distancia.

Estudiaba el estilo y las combinaciones de colores en las páginas de las revistas que su padre le llevaba los fines de semana. El padre trabajaba de portero nocturno en una embajada en la ciudad.

En cuanto vio mi teléfono en su funda tejida, me preguntó si podía mirarlo de cerca y luego se dedicó a contemplarlo, sin despegar los ojos del aparato. Mientras que yo veía lunas y burbujas, nadando en un laberinto de estrellas de marcasita, ella veía a su hombre, su príncipe, sonriéndole y mandándole vibraciones positivas.

—Estoy enamorada —susurró, y me llevó aparte, hacia la cocina, para que no nos oyera nadie. Entonces, acunando el teléfono en el hueco de la garganta y sin marcar ningún número, habló con el artilugio. Pensaba en él—. Todo el tiempo. Todo el tiempo. No fuiste tú quien me hizo VIH positiva, cariño,

porque tú no me harías eso. Me siento más cerca que nunca de ti. Cuando nos veamos, lo aclararemos todo.

Ella le aseguraba que debió de haber sido esa zorra estúpida del salón de belleza, donde le hicieron las trenzas; debió de contagiarla ella. Esa zorra tenía un corte en el dedo y, de algún modo, su sangre se mezclaría con la de ella, porque el trenzado duró una eternidad. En la clínica a la que iba todas las semanas le aseguraban que se curaría. Entonces se puso casi de rodillas y me preguntó si le permitiría llamarlo por teléfono una vez por semana; de ese modo se sentiría conectada a él. Él siempre iba a la oración de los viernes en una ciudad o en otra para que ella supiera dónde seguirle la pista. El resto de los días viajaba, pues era un carpintero muy habilidoso y lo necesitaban en diferentes ciudades.

—Tengo un bebé —susurré.

—Ya lo sé —contestó, también en un susurro.

Lo sabía porque los viernes por la noche, después de la oración, cuando los ancianos se reunían en la plaza a comer, la habían contratado para pasar los platos, aunque no tenía permitido servir a los hombres. Todos hablaban de Babby. Qué harían con Babby. Discutían acaloradamente. Un hombre contó una historia, una historia verídica que había leído sobre unas chicas que regresaban del cautiverio solo para urdir el asesinato de sus padres y todos sus parientes. La mención de un orfanato fue descartada al instante, porque todos los orfanatos estaban llenos. Los campamentos de refugiados también estaban llenos. El Tío quería que se deshicieran de ella sin más dilación. Era inflexible. «Tiene que desaparecer.» Un vecino le pidió que mostrara un poco de compasión, y le dijo que yo no me había ido por propia iniciativa con mis captores, insinuando los tormentos que había sufrido, y recordó que había cargado con la niña a través de todos los peligros del bosque, cuando fácilmente podría haberla dejado allí para que muriera.

Abigail vio lo nerviosa que me había puesto y tuvo que tirar de mí para impedirme que saliera corriendo en ese preciso momento. Dijo que tardarían semanas y semanas en decidir algo. Habría un gran cónclave de emires y sabios ancianos, muchos de los cuales tendrían que viajar desde diferentes estados, así que quedaba tiempo, quedaba tiempo.

Mama me llama para que saque los postres. Hay buñuelos que nos regalaron en la ciudad, rancios a estas alturas, pero con la cobertura aún suave y dulce. También hay frutas, peladas con cuidado y dispuestas en una bandeja de metal que nos han prestado: papaya, manzana de estrella, guayaba y fruta de la pasión, ordenadas para que sus colores se complementen. Los invitados hablan y se ríen más fuerte de lo que deberían. Todo el mundo está muy contento y yo quiero morirme.

El pastor Reuben se acercó a mí para darme la bienvenida a casa. Llevaba la misma bata vieja que se ponía siempre, pues aseguraba que los cuatro bolsillos le eran muy útiles para guardar cosas. Estaba remendada por varios puntos y tenía unos cuantos parches. Parecía más viejo, más flaco y más abatido. Me contó que durante mi ausencia había muerto su mujer, y había perdido la iglesia, esa iglesia que todos, incluido mi padre, habían ayudado a construir. La gente se desplazaba a las iglesias más grandes de la ciudad y todo era más moderno: micrófonos, altavoces, música de guitarra que se propagaba por el jardín, donde las cabras y sus cabritillos roían cualquier cosa que encontrasen. El énfasis ya no estaba en las Escrituras, sino en la captación de almas y en el entretenimiento. Me miró a los ojos y vio el pozo de lágrimas.

—Yo te bauticé, Maryam —dijo en voz alta, y, para asombro de todos, puso la mano sobre mi hombro, pues imaginó mi desconsuelo.

Dijo que una vez por semana había una reunión en su casa, junto a la iglesia, a la que acudían mujeres de todas partes para compartir sus historias y sus

preocupaciones. Yo siempre sería bienvenida.

Poco rato después, el lugar se vació y me quedé sola con Mama y el Tío.

—Coge la escoba —dijo el Tío.

Volví a salir al patio y empecé a barrer los restos y las astillas de madera quemada.

Hablé con Babby. No sabía dónde estaba la casa de la Tía, pero se hallaba en algún punto detrás de aquellos campos oscuros y siniestros, pasado el barro negro y el barro marrón, pasadas las vallas y las aldeas arrasadas; ay, Dios mío, tenía que ir a buscarla a donde fuera.

A la mañana siguiente, y todas las mañanas posteriores, salí a la carretera a esperarla, igual que mi padre me había esperado a mí. Me senté en el asiento que había hecho él. Desde allí tenía visibilidad de tres caminos, y por uno de esos caminos llegaría un coche. Me lo habían prometido.

La gente que pasaba por delante sin duda pensaba que era una chica un poco rara, que hablaba para mis adentros y entonaba la canción que cantábamos Buki y yo cuando caminábamos por el bosque.

Chumi, una amiga de Mama, fue a sentarse a mi lado. Tenía un regalo para mí. Pensé que era un buen presagio. Era un colorido libro de costura y labores para principiantes. Aprendería a coser. Tendría un oficio. Con el tiempo, podría convertirme en modista y montar un negocio. Se esforzó por hablarme del nuevo resurgir de la costura, gracias a un programa de televisión. Coser ya no era un pasatiempo o una obligación: era una moda. Mientras ella pasaba las páginas, vi imágenes en color de calcetines, zapatillas de felpa, borlas, estuches y una gran variedad de bolsos. También había instrucciones precisas sobre cómo colocar cremalleras y hombreras.

Chumi se mostró tan amable y cariñosa que sentí que podía confiar en ella.

¿Podría ayudarme a recuperar a mi hija? ¿Podía interceder ante mi madre y mi tío? Al instante se levantó, aturdida, furiosa, echando fuego por los ojos, y dijo que yo era una cría malvada y desagradecida. Debía aceptar mi destino, ayudar a mi familia y, si tenía suerte, encontrar marido y tener más hijos. Huyó tan deprisa que se dejó el libro de costura. Yo lo tenía apoyado en el regazo. Bajé la mirada a la cubierta, con sus grecas de flores y pájaros petirrojos.

A la mañana siguiente había una carta en el asiento, sujeta con una piedra. El papel estaba húmedo de rocío. En el sobre ponía: DE UN PARIENTE CERCANO QUE DESEA PERMANECER EN EL ANONIMATO. El mensaje, escrito a lápiz, estaba todo en mayúsculas, cada letra separada de la siguiente, como un anuncio. En algunos puntos habían emborronado las letras y luego las habían repasado con tinta negra: EL NIÑO JESÚS TE MANDA QUE RENUNCIES A ESA NIÑA.

La tierra empieza a dar vueltas. Una cumbre entera ha subido al cielo. Me sangran los ojos. Rebaños de ovejas amontonados son conducidos al matadero. Balan, balan antes de exhalar el último aliento.

El Niño Jesús es quien clava el cuchillo.

El Tío y Mama se preparan para ir de viaje. Se han puesto la ropa de domingo. Mama no me dice adónde van.

Tengo libertad para merodear a mis anchas y soltar la rabia. Hablo conmigo misma.

—El Niño Jesús se ha llevado a Babby. El Niño Jesús está enfadado conmigo. Mama está enfadada conmigo. El Tío está enfadado conmigo.

Decido escaparme. No tengo pertenencias. Conozco el camino que lleva al mercado y que pasa por el serpenteante río amarillento. Luego, granjas por todas partes, y poco después tráfico, mucho tráfico, los pequeños taxis tuctuc, la gente que se cuelga de ellos como puede, con pollos y trigo y lo que sea que tenga para vender. Los pollos cacarean.

Una vez en el mercado estaré a salvo. Puedo escabullirme entre la muchedumbre. Comeré peladuras de fruta o cualquier resto que tiren. Desde allí me dirigiré a donde vive Rebeka. Ella no está enfadada conmigo, pero se siente maldita.

No me marché enseguida. Tenía cosas que arreglar, me paseé por la cocina, lo resolví todo.

En el patio había una bañera vieja que estaba llena de arena. Unos largos hierbajos feos crecían en ella. La arena era compacta: primero la lluvia, luego la estación seca, luego la lluvia y luego más estación seca, y así sucesivamente. De un color marrón gastado. Los hierbajos se enfadaron

cuando los arranqué. Transporté agua desde el pozo y me topé con algunas personas por el camino. Pensé: «Cuando Mama y el Tío regresen y me echen de menos, esas mismas personas les dirán que cargué varios cubos de agua. No me encontrarán».

En cuanto la arena empezó a soltarse y se volvió un poco más maleable, la saqué con la pala y la extendí por el patio para formar pequeñas moradas.

De un modo extraño, las palabras me van atravesando. Un estallido de palabras, rezos y maldiciones: «Madre es tan dulce..., Madre no es tan dulce». Mis captores hablan a través de mí. Palabras y expresiones que yo no sabía que sabía, salvo porque las escuchaba durante las lecciones.

Sabo. Sabo. Sabo.

«Blasfemia. Blasfemia. Blasfemia.»

Raquki kuturwa. «Soy una leprosa.»

«Mi hermano se ha ido a Kano.» *Ya sam mini goro.* «Me ha traído una nuez de cola.»

Ya ara min riga. «Me prestó un traje triste y gris.»

«Unos hombres me asaltaron en la guerra... Me robaron el dinero. Cada uno tenía tres mujeres... Es un pecado que conduce a la muerte.»

Ba zam koma ba.

Ka kama.

Ki kama.

Ku kama.

«Secuestro. Secuestro. Secuestro.»

Ku kai.

Ku kama shi.

Ki sa rana.

No los había oído, ni siquiera los había visto, pero mi madre está histérica; grita:

—Nathan, ¡atrápala, atrápala!

Mientras tanto, intento escapar. Ella tiembla de miedo. Dice que los yihadistas han venido y van a matarnos. Le sonrío y hago una pequeña reverencia para saludarla con afecto. *Allah ya rufa mana*. «Que Dios oculte nuestros secretos.»

El Tío me ha atrapado. Me pone la mano en la nuca y aprieta fuerte. También me ha arrebatado el móvil, mi último vínculo con el pastor Reuben, con Abigail o con quien sea.

Me obligan a cruzar la cocina e ir a mi cuarto. Mama está petrificada. El Tío pone una lona negra encima de la ventana y ella le va dando chinchetas para sujetarla. La aseguran bien por las esquinas. La habitación queda sumida en la oscuridad. El Tío se alza sobre mí con una maza en la mano. Con dos o tres golpes de esa maza mi cerebro quedará hecho papilla.

Me muestro cobarde ante ellos. Suplico clemencia. Les digo que los quiero, lo cual no es cierto, y que trabajaré en la granja. Haré lo que sea con tal de que no me encierren en esa mazmorra, porque los yihadistas me encontrarán y se llevarán mi espíritu.

La ventana está bloqueada. Hace tiempo que colocaron las barras. Ni un rayo de luz se cuele en la habitación. Al principio me quedé de pie, pensando que alguien podría ver mi sombra encarcelada, pero nadie me ve. Permanezco de pie durante horas, hasta que hace tanto frío que me acurruco de nuevo en la cama y me cubro la cabeza con la colcha de algodón. Quiero desaparecer. En el profundo silencio, un aullido se coló desde una temible guarida.

Mi madre dormía, y al amanecer me acompañaba al lavabo exterior. El patio es un glaseado de rocío sobre el que felizmente me tumbaría, pero ella me apremia, pues no quiere que me vea nadie. Luego deja en el umbral, por

fuera, un plato con gachas. Como si yo fuera una leprosa.

Y así continuó, del sueño a la vigilia y vuelta a empezar. No sé distinguirlos, porque estoy inerte. Más tarde oigo las aprensiones y los sonidos de la noche. Algunas veces estoy en el bosque, un bosque desconocido, desprovisto de cualquier rastro del ser humano. Los árboles son gigantescos, sus troncos grises, nudosos y retorcidos. Hablan un idioma igual de retorcido.

Mama me sacude para que me levante de la cama; me pasa un cepillo por el pelo con impaciencia, me ayuda a incorporarme. Tenemos visita. La Tía y las primas han venido a hablar conmigo. Traen noticias. Me conduce a la cocina y veo a cinco mujeres y a una niña con un gorrito marrón, escondida en un rincón. Se llama Pia. Le dicen que me acerque cosas. Lo hace con timidez y evita mirarme a los ojos. Está el chupete verde con la cadena de cuentas de madera, unas botitas tejidas y un babero. La Tía apenas puede hablar de tanta pena que siente, sus lágrimas son tan gordas como sus perlas. Sus uñas son de un negro tinta, con el rosa de las cutículas tan crudo, descarado.

—Babby se ha ido. Babby ya no está.

Fue una muerte tranquila, la muerte súbita del lactante, algo que sucede de vez en cuando. Ay, cómo les rompió el corazón a Pia y a ella.

Han venido para compartirlo todo conmigo, cada uno de los momentos felices que vivió, hasta el último aliento. El baño de todas las tardes, que Pia llamaba «burbujas», y cuando la pesaban en la báscula de la cocina, de tan chiquitina como era. Iban apuntando el peso en un cuadernito, del que la Tía cree que todavía no está preparada para desprenderse. Un día me dejará leerlo y veré con cuánto cariño cuidaron a mi hija. Durante todo el rato, Pia mueve la cabeza adelante y atrás, como si fuese la aguja vacilante de la báscula de la cocina. Han traído un bizcocho. Mama propone que todas tomen asiento y lo prueben. No hay suficientes sillas. El bizcocho tiene tres colores: amarillo,

marrón y verde. Pan de funeral. Hablan mientras comen. La certeza, fría como el hielo, de su fatídico destino todavía no había calado en mí. La Tía se recrea en el momento en que oyó a Pia corriendo por el pasillo y gritando: «Señora, señora, venga rápido», y ella fue a la habitación y encontró esa pequeña efigie muerta que hasta hacía tan poco era un hermoso tesoro.

Las odio. Me entran ganas de matarlas.

Le susurro a Mama que por favor me lleve a la tumba de «ese bebé». Ya he empezado a hablar de Babby como si fuera una desconocida. Oye lo que le pido y se lo pregunta, diciendo que es mi único deseo. Lo sienten, dicen, pero es imposible. Debo saber que el bebé tuvo un entierro digno según el rito ancestral y que lo vistieron con una mortaja blanca nueva. Debieron enterrar a mi hija muy lejos de nuestra región con el fin de erradicar el mal latente. El hombre que lo hizo era un enterrador contratado que la había llevado a un estado fronterizo, donde los poderes del mal quedaron anulados.

—¡Llévame allí! —grito.

Les digo que si las palabras significan algo para ellas, su corazón tiene que derretirse. Hay un coche fuera que puede recogerme. Es lo único que pido. Aceptaré su muerte si me llevan a su tumba. Niegan con la cabeza. No puede ser. La Tía comienza a rezar y las demás la secundan.

En medio de todos esos rezos y golpes en el pecho, en medio de toda esa hipocresía, algo dentro de mí se volvió negro. Corrí hacia esa oscuridad. La abracé. Me metí dentro, dentro de la negrura.

Primero fue su sombra, luego su fantasma, la pequeña silueta cubierta de gasa cuyos pies apenas tocaban el suelo.

—Babby —susurré.

No me contestó. Me quedé petrificada.

Después de la tercera visita ya no le tenía tanto miedo. Ella siempre venía al atardecer, mientras Mama cocinaba para el Tío. El resplandor de la gasa de su vestido iluminaba tanto como una lámpara. Merodeaba por el cuarto. ¿Qué quería? No me contestaba.

—Me siento sola —le digo, y le pregunto qué destino me espera.

Una vez intenté tocarla, pero se me escapó de los dedos. ¿Por qué hurga siempre por la habitación? ¿Qué andará buscando? Al final me enteré. Con regocijo, lo sacó del armario. Era la lámina que había ganado por la redacción sobre los árboles. Le quita el polvo. Observo la hoja. BOSQUES DE WINDSOR. Cómo nos aferramos al mínimo fragmento.

—No te vayas, no te vayas —le suplico.

Pero ya se ha marchado, dejando un extraño perfume en la habitación, tan etéreo como una esencia. Mama lo advierte cuando entra. Olfatea y dice:

—Aquí ha entrado alguien.

Teme que la Secta venga a buscarme y está segura de que han enviado a una sirena para engatusarme.

Mama está tumbada en la cama, a mi lado.

—¿Qué he hecho?... ¿Qué he hecho? —pregunta una y otra vez.

Ya volvemos a ser amigas. Se lo pido y se lo pido sin parar, se lo suplico, ¿podemos ir a la tumba? No deja de reprocharse cosas. El pastor Reuben está haciendo todo lo posible para conseguir que accedan. Mama me dice que hablo en sueños. Le suplico que nos lleven, aunque sea a la puerta del cementerio, le digo que si está cerrada con llave, por lo menos podremos aferrarnos a ella y sacudirla, podremos gritar para que nos oigan.

—¿Qué he hecho?... ¿Qué he hecho? —repite tanto de día como de noche.

—«Oh, Dios, levanto mis ojos invisibles a Ti para que saques mis pies de la trampa» —respondo.

El Tío grita desde la cocina y debería levantarme, porque es la época de la siembra y debería estar en el campo.

—Ella es como un junco —responde mi madre.

No entiendo por qué se me ocurrió contárselo, pero así fue. Revivo el día en que intenté ahogar a Babby. Con el hambre, los gritos constantes y Buki muerta, había sobrepasado el límite. Fue como si Mama me acompañara en el camino, le describí las grandes distancias que había entre los árboles, un mono que nos persiguió de copa en copa y ese arbusto salpicado de florecillas rosadas. Luego la imagen del agua misma, ovalada como una bandeja, tan hermosa y plateada, y cómo levanté y deposité a Babby en el frescor que ella

ansiaba. Describí la suave corriente que la arrastró y su sonrisita de beatitud.

—No... No... —dijo Mama. No soportaba seguir escuchando.

Salió de la habitación musitando para sí, con el cuerpo encorvado en actitud expiatoria. Mucho rato después, volvió con cosas: buñuelos de yuca y unas cuantas pasas. Ignoro de dónde las sacó.

Conforme transcurría el tiempo, le entró miedo de que me sucediera algo. Temía que mientras ella estaba en el campo ayudando a mi tío, me quedara sola en casa. Fue a buscar una campana que había pertenecido a uno de sus antepasados, que era un jefe de tribu. Era un cencerro de vaca de cobre. Así podría alertar a un vecino o a alguien que pasara. El badajo se había atascado a causa del desuso, pero lo acepté de todas formas.

Me sacaba a dar paseos cortos para que recuperase la salud, pero todo, la gente, los árboles, la bomba de agua, todo eran sombras y me asustaba incluso de mi propio reflejo en los charcos.

No mucho después y como último recurso, Mama decidió llamar a la hechicera.

La mujer llegó en plena noche. Llevaba unas prendas muy coloridas y cargaba con un hatillo en el que guardaba sus medicinas, plantas y polvos. Sacó unos tallos, que todavía tenían tierra adherida, y nos dijo que había ido a la parte más sagrada del bosque en busca de esos remedios. Tenía los pies cansados. Necesitaba una bebida, lo que fuese. Mientras Mama se ausentó, la hechicera olfateó la habitación, me miró y dijo:

—Rapto... Todavía estás raptada.

Yo tenía tanto miedo que no me atreví a preguntarle a qué se refería. Luego le indicó a Mama que le llevara trapos viejos, un cuenco con agua limpia y un huevo fresco. Por segunda vez, la mandó salir de la habitación.

Tuve que ponerme de pie encima del huevo crudo, primero un pie, luego el otro, con el fin de quedar limpia. Después me hizo beber de una tacita. Era sangre de no sé qué vaca. La vaca no había muerto, le sacaban la sangre de la vena con una lanza especial. Había hombres que se dedicaban a eso. La hechicera era brusca, dijo que su séquito y ella sabían más que los psiquiatras y los médicos del país. Entonces entonó un cántico. Se suponía que yo debía seguirla. Recitó todas las vocales y sílabas de su clan para extraerlo de mí, para liberarme de él.

Nos pusimos a caminar en círculos siguiendo las agujas del reloj, luego en la dirección contraria, hasta que me mareé y aterricé en la cama. Me eché a llorar. Ella lo tomó como una muestra de arrepentimiento. Estaba lista para

concentrarse en el espíritu. Entonces me puso de espaldas y noté unas afiladas incisiones, como si usara una cuchilla de afeitar, hacía hendiduras y colocaba los polvos en las heridas abiertas para luego aplastarlos contra la piel. Me dijo que sujetara un amuleto de madera en la mano y que pidiera con fervor que me liberasen de él, que lo dejaran marchar. Yo no tenía ni idea de a qué se refería.

—La leche de la madre es la maldición del hijo —dijo, y la mía no era una excepción.

Mientras que un niño está conectado al padre a través de la sangre, su vínculo con la madre es la leche, y era mi leche maldita la que había provocado que me arrebataran a mi hija, nada menos. Lo había elegido a él por encima de ella. Por eso había elegido también acabar encerrada en una habitación oscurecida con una ventana negra, para que él pudiera entrar siempre que quisiera y engatusarme de cualquier forma que se le ocurriera. La hechicera se estaba enfadando. Veía que yo no respondía, veía que la desobedecía, aunque no dijera nada. Su siguiente utensilio fue la aguja. Era una similar a las de hacer ganchillo, con un gancho en la punta. La calentó en un quemador portátil, esperó hasta que empezó a sisear y luego me la clavó en la garganta, tiró del gancho y le gritó que se fuera. Entonces, con actitud curiosamente victoriosa, sacó una burbuja, del tamaño de un abalorio pequeño y casi igual de brillante. Dijo que ya no volveríamos a verlo nunca más, la burbuja era su semilla y se estaba disolviendo. Él se había ido. Ella lo había guiado. Llamó a gritos a mi madre. Necesitaba sustento, necesitaba leche.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Mama, porque vio lo acobardada que estaba yo.

—Tenemos muchos dioses que actúan como consideran —fue su críptica respuesta.

Luego estaba el tema del pago. Sabía que no teníamos dinero.

Salieron las dos y supongo que Mama le pagó con una gallina. Oí el alboroto en el corral, luego la gallina sacudiendo las patas mientras la ataban, o tal vez la estrangulaban, y la furiosa reacción del gallo.

Mama entró como una guerrera y cruzó la habitación a grandes zancadas. Tenía el rostro mojado y reluciente, y unas gotas de lluvia en el pelo. Había ido a ver al pastor Reuben. En cuanto llegó, arrancó la lona de la ventana y esta cayó en suaves retazos al suelo. Luz por fin. Mi madre estaba eufórica. No paraba de murmurar como si hablase con alguien. No podía contenerse mucho más tiempo. Al final, rugió junto a mis oídos, primero en uno y luego en el otro:

—Ese bebé no está muerto. Ese bebé no está muerto.

Lo dijo dos veces. Parecía imposible, y al mismo tiempo tenía la intuición de que era cierto. ¿Por qué el polvo es ahora una infinidad de purpurina que se eleva? ¿Por qué el musgo del árbol del patio ya no parece mohoso sino de un verde luminoso? ¿Por qué Mama no está afligida? ¿Qué sabe? ¿Cómo lo sabe? Salí de la cama y, por primera vez, caminé sin ayuda.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto.

¿Y cómo lo sabe? Pues lo sabe porque el pastor Reuben se lo acaba de contar. Por eso la mandó llamar tan temprano. Él se enteró a través de una monja, la hermana Angelina, que estaba visitando a un pariente enfermo cerca de la parroquia. Pia conocía a la monja y fue a verla con gran consternación: estaba segura de que iría directa al infierno, porque había colaborado en un crimen. Aunque la Tía había prometido que se desharía de Babby y estaba preparada para asfixiarla, cuando llegó el momento no tuvo agallas para

hacerlo. En lugar de eso, contrató a un rufián que hacía toda clase de trabajos sucios: matar jabalíes, poner trampas para ratas, recoger leña, alardear de sus dotes como emprendedor... Se llamaba Lucky. Era tan bravucón que incluso aseguraba que si le pagaban bien, era capaz de servir en bandeja la cabeza del expresidente. La Tía quedó con él en secreto. Unas cuantas noches después se llevaron a Babby mientras dormía, envuelta en su arrullo favorito, que le encantaba y del que era inseparable.

La hermana Angelina y el pastor Reuben estaban dispuestos a recuperar a Babby. Sabían que Lucky les pondría todas las trabas posibles. La hermana estaba recolectando dinero para comprarle una bicicleta, aunque fuera de segunda mano, porque Lucky siempre se quejaba de que tenía que patearse el bosque a pie día y noche. Incluso mientras Mama me lo contaba, flotando en esas nubes de felicidad, una sombra se cernió sobre el cuarto. Sobre mí. Sobre todo. Estábamos perdiendo el tiempo. Ya era demasiado tarde. Seguro que Lucky la había revendido a los de la Secta, que se jactarían. Tal vez ya estuvieran alardeando de la hazaña en las redes sociales. De pronto, me veo de vuelta en ese patio con todos los hombres y la organización, y Lucky mete allí a Babby y la tira al suelo de cualquier manera. La pequeña Norah corre hacia ella, la recoge en sus brazos, con los muslos ensangrentados. Dos hermanas que sangran juntas, llamando a sus rebaños perdidos.

—¿Por qué tiembles? —me pregunta Mama.

No contesto. Lejos. Lejos. El rebaño había huido a un lugar donde la hierba era más dulce, lejos de la masacre y los azotes.

Dawa dawa dawa

No había sendero, solo arbustos y arbolillos jóvenes que se apiñaban y hierbajos ásperos más altos que yo. Me abrí paso como pude, pero estaba segura de que acabaría llegando al lugar adecuado, porque una luz amarillenta titilaba en la oscuridad. La hermana Angelina me había enseñado una fotografía de la destartada caravana de Lucky, instalada en una hondonada. Incluso el menor movimiento entre la maleza me hacía dar un respingo.

La hermana Angelina también me había contado que después de trabajar toda la jornada en el bosque, Lucky volvía a la caravana, fumaba cannabis para relajarse y luego se echaba una siestecita. Cultivaba marihuana en macetas a escondidas y aseguraba que le agudizaba el ingenio.

Yo tenía que ir, y tenía que ir sola si quería ser digna de llamarme madre.

Despedirme de mi propia madre fue insoportable. Ella sabía que yo jamás regresaría. Sus brazos huesudos, sus frágiles tendones, me estrecharon con fuerza y entonces fue a buscar la camisa de Yusuf, la descolgó de la pared, la olió por última vez y me la entregó hecha un hatillo. Imaginé que la hermana Angelina me pondría a salvo en algún escondite.

De pronto, la noche estaba negra como boca de lobo, y yo no paraba de tropezarme con montículos y tocones de árboles, pero mis ojos seguían clavados en aquella luz amarillenta y parpadeante.

La hermana Angelina me había contado que la hija de Lucky se llevaba a Babby durante el día y que la devolvía a casa del rufián por la tarde para

meterla en un cobertizo exterior, donde le daba un biberón que debía durarle hasta la mañana. Yo no contaba con que ese cobertizo estuviera cerrado con llave. Busqué y rebusqué la llave debajo de las piedras y alrededor de la estrecha repisa que reseguía la parte posterior de la caravana, pero no la encontré. Por las anchas rendijas de la puerta de madera la vi, en una cesta en el suelo, sujetando algo que parecía una piel de animal. Fue una desdicha verla ahí abandonada en su triste mundo errante. Qué visiones de desolación la atormentarían, qué recuerdos tendría de nosotras...

Fui a mirar por la persiana medio abierta de la caravana para asegurarme de que Lucky dormía. Estaba medio tumbado en su silla de barbero. La reconocí porque la hermana Angelina me había enseñado una foto en la que salía ahí sentado, con los reposabrazos plateados y una barra para los pies. Solo llevaba ropa interior, y tenía las gafas de sol en el suelo, junto a la silla. Su cuerpo estaba surcado de cicatrices y cortes, como si acabase de volver de una batalla. En contraste, llevaba un montón de cadenas de oro y varios anillos chabacanos. Cerca había una pistola gris de cañón largo colgada de un cordel. Un cajón de la cocina que había abierto con violencia estaba lleno de cuchillos de toda clase, y al lado había una piedra de afilar con forma de rueda. Un guiso borboteaba en un diminuto hornillo y había unas cuantas prendas de ropa nueva en perchas, esperando a que las revendiera. Tenía que ser rápida.

Tardé apenas unos segundos en subir aquellos peldaños, abrir la puerta con sigilo y buscar la llave. Había un manajo de llaves de todos los tamaños y metales, pero la pequeña y brillante, de un cerrojo que se veía recién estrenado, no estaba entre ellas. Lo recorrí todo sin hacer ruido. No estaba en el cajón de los cuchillos, tampoco en la repisa de la ventana, pero entonces, debajo de una bandeja llena de platos sucios, vi el resplandor de unas llavecitas metidas bajo un paquete de leche en polvo.

Por pura costumbre, Babby apretó sus puñitos cuando la levanté en volandas, aunque antes la había abrazado y había repetido su nombre muchas veces. Soltó un chillido que sonó a la vez feroz y temeroso. A esas alturas, él ya había salido a la puerta de la caravana y gritaba que nos machacaría. Sabía cómo me llamaba. Sabía dónde vivía.

Me escabullí en otra dirección, hacia ninguna parte, una especie de inframundo. Ni un ápice de luz se colaba entre los altísimos árboles que se apretaban formando una masa. La aferré contra mi pecho. Se oían disparos desde distintas direcciones, pues Lucky corría en nuestra búsqueda, y después de cada explosión Babby se estremecía como si fuese a hacerse pedazos, igual que las piezas de un rompecabezas que se desparraman. No conocía las palabras, pero sí conocía el terror.

La abracé fuerte, más fuerte aún, como si quisiera protegerla dentro de mí, donde fuera invisible para él. Él. ¿Dónde estaba ahora? La pistola había enmudecido. Tal vez nos hubiera adelantado corriendo para sorprendernos en alguna bifurcación. Para darme ánimos, tuve que recordarme una y otra vez que había ido a rescatar a mi hija; me agarraba de cualquier rama o palo que pudiera encontrar a fin de mantenerme erguida. Mis pies habían sobrepasado el límite del dolor, pero seguí caminando, si existe algo parecido a caminar hacia la eternidad.

Entonces, de repente, nos deslizamos por una rama caída que se ha encajado en un arroyo asfixiado. ¿Dónde estamos? ¿Qué ha ocurrido? El sonido de mi voz y el murmullo de la corriente del agua resultan misteriosos. Babby empieza a berrear, presintiendo la calamidad. En esa tierra de muerte pensé en los espíritus y en cómo deben de merodear, tanto sensibles como insensibles a las súplicas de los vivos.

—¡Buki! —llamé.

Percibí su presencia, y después su ausencia, inmediatamente seguida por la

ausencia de todas las personas a las que había conocido en la vida. Pero teníamos que avanzar, o de lo contrario Lucky nos encontraría. Me puse en marcha a gatas, con la cara de Babby sacudiéndose contra la mía, dándome manotazos con las manos de puro enfado. Tal vez creía que estaba llevándola de vuelta a la mazmorra. Claro que cómo iba yo a saber qué creía. Seguí reptando e intentando que no hiciera ruido, hasta que al fin cayó en un sueño inquieto que difícilmente podía ser un refugio, porque cada poco la sacudían estremecimientos de terror.

La luz fue aumentando de forma gradual, a medida que las ramas empezaban a escasear, y por el hueco que dejaban unos árboles vi una luna acechante. Oí el rumor de un vehículo, y después el de otro, y supuse que no debíamos de estar muy lejos de alguna carretera. Entonces entre los matorrales divisé una silueta que me pareció de una mujer. Era la hermana Angelina, que corría hacia nosotras, incrédula y nerviosa.

—¿Por qué has hecho semejante locura?

—La tenemos —dije.

—Loca —repitió, y se puso a caminar entre murmullos.

La seguí hasta donde tenía el coche escondido, en una arboleda. En cuanto entramos, puso la radio a todo volumen. Era para evitar ponernos a discutir. La música era la más alta y más tintineante que había escuchado en mi vida. La monja conducía con brusquedad y se saltaba todas las normas de circulación. Otros coches nos pitaron y un camionero incluso sacó la cabeza por la ventanilla y le dijo que volviera al bosque, que era donde tenía que estar.

Hasta que llegamos a la casa del pastor Reuben no fui consciente de lo consternada que estaba la hermana Angelina. Se remangó la blusa, levantó los brazos descubiertos, rompiendo con toda bondad, con toda piedad, sermoneando a los santos a los que rezaba sin cesar.

—Lo ha hecho por amor..., por puro amor —dijo el pastor Reuben con tono

conciliador.

—Y por pura locura —añadió la hermana Angelina mientras entraba en la pequeña sacristía en desuso.

Oímos sus arcadas.

La habitación estaba desprovista de muebles. Había un banco largo y unos cuantos capazos de mimbre para que las madres tumbaran a sus bebés durante las reuniones semanales. En la parte superior de una pequeña librería había una serie de rosas de cera puntiagudas, y dentro, enredados entre telarañas, vi papeles y panfletos. El párroco hacía lo imposible por ser hospitalario, animaba a Babby a succionar de una taza que él le aguantaba. Casi de inmediato, Babby se sumió en un sueño profundo.

La hermana se sentó a mi lado en el banco, las lágrimas le surcaban las mejillas y se la notaba arrepentida. Permanecemos sentadas en silencio, pues sabíamos que la puerta podía abrirse de sopetón en cualquier momento.

A primerísima hora de la mañana siguiente, para que no nos viera nadie, nos marchamos de la casa del pastor Reuben.

Él se quedó en el umbral, orgulloso y erguido, tan feliz como si fuese su propia vida la que se había salvado.

—No te olvides de nosotros —me dijo.

Se pareció más a un diálogo entre los vivos y los muertos, como si él ya fuese un ente fantasmal.

Cuando las puertas dobles del convento se abrieron para que la hermana Angelina pudiese entrar con el coche, olía a flores. Las flores crecían por todas partes, incluso tapizaban el propio edificio alargado. Unos parterres rodeaban los setos bajos de boj. Brillaba el sol.

En cuanto llegamos al pequeño salón de recepción, varias monjas nos esperan para darnos la bienvenida y otras muchas llegan corriendo desde distintos puntos, con el velo ondeando al viento por las prisas. Todas me tienden la mano. Abrazan a la hermana Angelina. No pueden quedarse. Tienen obligaciones. Dan catequesis. «Catequistas», se llaman. Lo pone en las placas que llevan en las blusas. Huele a cera de pulir muebles. La luz del sol se cuela por una vidriera de colores alta y el suelo se convierte en un mosaico de fascinantes tonos azules. Hay un altar de madera con una estatua de san Francisco, que es el santo patrón de su orden, y alrededor, en la repisa, varias peticiones escritas.

Cuando veo a la hermana Angelina ponerse de nuevo su boina marrón de lana, sé que va a marcharse. Tiene que regresar a la modesta escuela donde da clases junto con otra monja. El coche que nos ha traído la espera para llevarla a la estación de autobuses, y luego tendrá que viajar otras cinco o seis horas.

—Hay tantos pobres... Tantos niños... —es lo único que dice.

Me escribirá.

Babby y yo nos quedamos a solas con la hermana Christiana, que nos

conduce al comedor, pues supone que debemos de estar cansadas y tener sed. Todo es tan tranquilo..., tan ordenado... Las paredes son de un amarillo pálido, y hay unas mesitas redondas cubiertas por manteles estampados de color carmesí, que sin duda son las mesas en las que comen las monjas, con discretos adornos de flores secas en frasquitos encima de cada una. Las cortinas de muselina que cubren los ventanales de arriba abajo tapan el enorme muro que hay detrás.

Babby se ha quedado dormida. La monja me trae un vaso de agua. Está casi helada. Es de uno de sus pozos fríos. Me dice que son afortunadas, porque tienen tres pozos en total, además de arroyos limpios que descienden de la meseta. El agua de esos arroyos es tan especial que incluso elimina las manchas de sus blusas blancas. Allí es donde se bañan y también donde lavan las blusas. Se da cuenta de que estoy triste y me trae un libro de regalo. Es el primer libro que he tenido en mi vida. En la cubierta hay una estampa de Cristo, sujetando el bastón y abrazando un cordero que tiene una medialuna de sangre en la parte superior del lomo. Es un libro de reflexiones diarias. Lo abro por la oración de ese día y leo.

Sucedió en los días en que gobernaban los jueces que hubo una gran carestía en Palestina, y de Belén de Judea emigró al país de Moab un hombre con su mujer y sus dos hijos. Él se llamaba Elimelec, su esposa Noemí, y sus dos hijos Majalón y Quelyón [...]. Murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella sola con sus dos hijos, que se casaron con dos moabitas: una se llamaba Orfa y Rut la otra. Vivieron allí unos diez años, y murieron también Majalón y Quelyón, quedando la madre sin hijos y sin marido. Salió entonces del país de Moab, Noemí, con sus dos nueras, para volver a la patria, pues había oído que Yavé se preocupaba de su pueblo, dándole pan. [...] Después Orfa besó a su suegra y volvió a su pueblo, pero

Rut se echó en brazos de Noemí. Noemí le dijo: «Mira, tu cuñada vuelve a su pueblo y a su dios; vete tú también con ella». Le respondió Rut: «No insistas más en que te deje, alejándome de ti; donde tú vayas, yo iré; donde tú habites, habitaré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios». [...] Volvió, pues, Noemí del país de Moab en compañía de su nuera Rut y llegaron a Belén al comienzo de la siega de la cebada.

La joven monja que cocina ha sacado una silla de plástico blanco al jardín para mí. Quiere que yo coma más. A la hora del almuerzo, me sirvió una cucharada extra de salsa de carne sobre el arroz que acababa de ponerme en el plato. Como postre especial había panqueques, sí, panqueques con jarabe de arce.

Babby quiere jugar. El caminito que lleva a la puerta principal es de guijarros y la niña está muy intrigada con ellos. Los coge, da unos cuantos pasos vacilantes y luego los tira. Regresa a coger unos cuantos más y se deja caer con el pelele que le han regalado. Tarda un buen rato en decidir si echarse a llorar o levantarse del suelo. Al final se levanta y coge otros dos puñados de piedras, que se le van cayendo entre los dedos y la hacen reír. Es una risa casi antinatural, la primera risa auténtica de su vida.

Ha venido un hombre a cuidar del jardín. Con una azada arranca todas las malas hierbas que nacen entre los adoquines y las arroja a un montón. Lo acompaña un niño. El chiquillo siente curiosidad al vernos. El padre acaba de tirar una hierba muy alta y Babby decide que será suya, para poder dar golpes a las cosas. El niño también la quiere. Babby no se la devuelve. Forcejean. La hierba se rompe y el niño muerde a Babby con rabia. Es más un pellizco que un mordisco. Ella grita y señala el punto donde le ha clavado los dientes. No sangra, pero se queja con todas sus fuerzas. El padre manda al chiquillo a

casa, una casa diminuta, que está justo detrás del rectángulo de setos. El niño se da la vuelta y nos mira con odio. Le digo al padre que lo siento. No debería haberme quedado embobada. Me dice que no me preocupe y me pregunta si he salido alguna vez del recinto. Abre una de las puertas dobles. Veo un mundo de hombres, infinidad de hombres, en bicicleta, guiando cabras, transportando víveres encima de la cabeza; todos ellos están atareados con una labor u otra y no se fijan en mí. Sí, me dan miedo. Me da miedo lo que podrían hacerme. Tengo miedo de traspasar los confines de ese alto muro.

Por la noche nos llevan a nuestras dependencias. Están en una casita en el extremo más alejado, y mientras cruzamos el patio, veo gatos que se esconden debajo de dos coches y de un camión para pasar la noche a resguardo. La hermana me dice que los dos coches son para llevar a las monjas al hospital o para que se reúnan con las visitas en la estación de autobuses. La razón por la cual no hemos podido ocupar antes la habitación es que había un obispo que había ido a pasar una semana en el convento. Viene con frecuencia en busca de paz y tranquilidad. También hay monjas procedentes de las distintas casas de la congregación de cualquier parte del mundo. En el comedor las oí hablar de una monja que no tardaría en llegar de Irlanda. Se llama hermana Rosario y le están preparando un chal, con muchas rosas bordadas para hacer honor a su nombre. Tres monjas trabajaban en la labor, cada una por una punta del tejido. Cantan sus virtudes. Es anciana. Se preguntan si le gustará el chal, o si tal vez pensará que se pasa un poco de llamativo. También se preguntan si se lo pondrá encima de los hombros, o como mantita sobre las rodillas cuando se sienta en la mecedora a rezar el rosario. Lo que no dicen es qué día llegará.

Nuestra morada es pequeña y todo está limpio y preparado. Hay una jarra de agua y un biberón con dos tetinas limpias. La hermana me acompaña a la

salita, que a su vez conduce al dormitorio, con una cortina fina de color dorado que podemos correr. Me dice que no tardarán en sacar los perros, así que no debemos volver a salir al jardín hasta la mañana. Como no tienen armas ni hombres que las protejan, los perros son sus únicos guardianes.

Entonces nos deja solas.

Babby no quiere prepararse para ir a dormir. Quiere jugar. Esta vez con la cortina. Descubre que si tira, puede moverla y correrla. Se pone detrás, se esconde y asoma la cabeza mientras dice: «Cucú». El siguiente juego consiste en tirar de la cortina para averiguar cuál de las dos es más fuerte, la cortina o ella. Debo asegurarme de que no estira con demasiada fuerza, porque si arranca los tornillos, nos veremos en un aprieto.

Tengo que obligarla a meterse en la bañera. Pero una vez dentro disfruta con el baño. Han colocado una bañerita más pequeña dentro de la grande y le han dejado un pato de goma, que se convierte en su nuevo amigo. Le encantan las toallas, las grandes y las de manos. Son amarillas y llevan la palabra VISITANTE bordada en negro en una esquina. También le encanta el jabón que elaboran las propias monjas. Es del color del dulce de azúcar y mantequilla y me paso el rato impidiendo que se lo meta en la boca, porque da por hecho que sabe dulce. Ya dentro de la bañera, se distrae y se esfuerza por castigar a su nuevo patito.

Ya es de noche cuando sueltan a los perros. Aúllan y aúllan sin cesar, exaltados por estar al fin en libertad. No logro verlos. No me atrevo a apartar la cortina por miedo a que salten al cristal. Me meto en la cama.

Noche tras noche me despierto en esa habitación y me pregunto: «¿Adónde iremos?». Mis sueños son extraños. Algunas veces estoy de viaje con otras madres e hijos y luego, por tandas, nos echan de malos modos del camión en

un campo pequeño y solitario. El conductor se despide de nosotros con alegría, contento de haberse deshecho de su carga.

Cuando vuelven a encerrar los perros al amanecer, me asomo por la ventana para contemplar lo que queda de la luna, tan hermosa que corta la respiración, con un halo alrededor.

No había puertas. Sencillamente entramos en un patio enorme abarrotado de gente, con niños merodeando por ahí y una cabra melancólica, atada a un poste, que balaba sin cesar.

Dos perros escuálidos corrían de acá para allá y se ladraban histéricos el uno al otro. El encargado que nos enseñó el lugar nos dijo que la gente había comprado esos animales con la esperanza de engordarlos y luego revenderlos para sacar beneficios. Nos dijo que allí todos arañaban de donde podían para intentar ganarse la vida.

En el convento se enteraron de que iba a quedar libre una habitación, y la hermana Christiana se apuró mucho al tener que darme la noticia. Todavía estábamos desalojando la pequeña casa de huéspedes cuando las monjas ya empezaron a colocar flores frescas en un jarrón, que luego rociaron con agua bendita, para dar la bienvenida a la hermana Rosario. La hermana Christiana me entregó unos regalos de despedida: chapati, cereales y un tarro de gelatina de guayaba. Luego se quitó una medalla del chaleco, me la sujetó con un imperdible en el cuello de la blusa y dibujó el signo de la cruz sobre mi frente. Era para venerar la lengua de san Antonio.

En otros tiempos, el centro de refugiados había sido una escuela, pero ahora albergaba a cientos de personas desplazadas. Era una estructura de dos plantas que ocupaba tres laterales de una plaza con el patio en medio. Reinaba un ambiente de improvisación. Unas mujeres hacían cola para recoger agua, otras

discutían a quién le tocaba el turno junto a una de las tres hogueras, y aún otro grupo lavaba a sus hijos con cántaros de agua o con la única manguera, que perdía agua.

Nuestra habitación estaba en la planta baja. Una cortina de algodón la separaba del bullicioso pasillo. La gente no paraba de pasar arriba y abajo. Había un colchón, una sábana fina y, en el rincón, un pequeño brasero con trozos de carbón triturado.

Dejamos rápidamente nuestras pertenencias, pues el encargado tenía prisa por que continuáramos con el tour y empezásemos a orientarnos. Señaló las letrinas y me susurró que por la noche era más habitual que las mujeres fuesen en grupitos de tres o cuatro. Fuera, en la pared opuesta, había un ruinoso cobertizo con la palabra ENFERMERÍA en letras grandes. La puerta estaba cerrada. Hacía mucho tiempo que estaba abandonada. Más adelante había una sala de oración, y pregunté al encargado si podía entrar. Era diminuta, con una sacristía anexa, unas vestiduras encima de una mesa y un cuenco de hojalata para el agua bendita. Había una campanilla para la consagración puesta de lado en un plato, y tintineó de un modo fantasmal cuando pasamos por delante. También vi una imagen de Cristo de color escarlata con una inscripción: DIOS VIVE POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. El encargado me contó que la capilla abría algunos domingos para dar misa, pero que los pastores no podían ir con regularidad porque tenían que officiar en los numerosos campamentos de refugiados de todo el país.

Fuera había hombres jóvenes sentados en el suelo. Jugaban a las cartas. Los niños se entretenían en el rincón que les habían asignado. Era un juego en el que saltaban de un cuadradito de arcilla a otro, evitando las líneas divisorias, y se premiaba al ganador con una canica de colores, que todos codiciaban.

Un hombre de edad avanzada que había cerca me indicó que me sentara a su lado. Tenía algo de comer en una bolsa de plástico, y aunque no lo tocaba, de

vez en cuando miraba dentro para asegurarse de que seguía allí. Se llamaba Daran, que significa «Nacido de noche». Babby se acercó a los chiquillos con su andar torpe, pero se burlaron de ella porque era muy pequeña y estorbaba, se metía en medio de los cuadrados e interrumpía la partida.

—No pienso morir en este campamento —me dijo Daran, agradecido de tener a alguien que por fin escuchara su historia.

Moriré siendo un hombre libre. Mi casa todavía sigue en pie. Me lo dijo una mujer. La casa que construí con mis propias manos. Tres años tardé. Tenía tres dormitorios con un desagüe cerca, así que por suerte pude construir también un cuarto de baño. Las tejas son de un blanco lechoso, para que se vea desde lejos. Lo dejé todo atrás. Corrí para salvar la vida. Mi mujer no estaba. No he vuelto a tener noticias suyas desde entonces. No sé adónde fueron mis hijos, quizá estén con ella, quizá no. Mi casa es lo único que me queda. Los chicos de Boko Haram arrasaron y quemaron todas las demás casas, pero la mía no, porque tenía esos tres dormitorios y también un patio en el que podían entrenar. Así pues, ocuparon las tres habitaciones. Me enteré de todo esto por una mujer llamada Fatima, que vendía de puerta en puerta. Ella también vivía a los pies de los montes Mandara. Se pasó por aquí un día vendiendo sopa. Una sopa amarilla que hacía con semillas de mostaza y envasaba en unas bolsitas de plástico. Me reconoció. Me dijo que mi casa seguía en pie. A su marido y a ella los apresaron juntos, pero ella no quiso convertirse, mientras que su marido sí lo hizo. Él le pidió que no discutiera con ellos, para facilitarles la vida a los dos. Ella se negó. Ahora él está muerto, o eso cree. Ya no siente amor por él. Robó una bicicleta y escapó de su aldea; ahora vivía en una cueva que también servía de fosa común, y por tanto, había superado el miedo a la muerte. Al final había montado un pequeño negocio de venta de sopas, porque siempre se le había

dato bien cocinar. Me la encontré por casualidad. Yo estaba suplicando a un campesino de por allá que me cediera un pedacito de tierra para cultivar maíz: «Si no trabajas, no comes». Tenía el corazón de piedra. Yo seguí erre que erre, le hacía trabajillos a cambio de nada, le podaba los setos y esas cosas. Uno de sus hijos se puso enfermo de la cabeza y su mujer le dijo: «Dale a Daran un pedazo de tierra y Dios nos recompensará».

Dio cinco pasos cortos, puso unas varas y dijo: «Esta tierra será tuya durante los próximos seis meses». Es lo único que tengo. Con el escaso dinero que he ahorrado me marcharé de aquí, me dirigiré a los montes Mandara y me llenaré los ojos con la vista de mi tejado blanco. Si la casa está ocupada, avisaré a los militares. Les mostraré mis papeles. Me la devolverán.

—¡Alzaos, oh, compatriotas! —exclamó entonces el hombre mientras se levantaba, con los brazos extendidos y una enloquecida determinación en los ojos.

Los niños, que habían oído la historia infinidad de veces, le tiraron pegotes de arcilla.

El aula llevaba mucho tiempo abandonada. Allí iba la gente a recargar el móvil, y de los dos enchufes que había en la pared colgaba una maraña de teléfonos de distintos colores. Los cables se enredaban y liaban. Me senté delante de la pizarra y creí oír las voces de los niños que habían ocupado esa misma aula y se habían sentado en esos mismos bancos. Se habían quedado en medio de una clase de lengua. La profesora había escrito las letras SI en la pizarra, y debajo había una lista de palabras que se les habían ido ocurriendo a los propios alumnos:

Silla
Sitio
Sim (tarjeta)
Silbar
Sir
Sirviente
Silo
Silencio

En ese momento entró una mujer corpulenta que hablaba sola. Tenía las mangas recogidas hasta arriba, o bien porque acababa de participar en una pelea, o bien porque tenía intención de hacerlo. Me miró como si yo no tuviera que estar allí. Entonces se dirigió a la maraña de teléfonos, buscó el suyo, lo cogió, se lo llevó al oído, escuchó y luego dijo:

—Cabrón. —Se sentó en el suelo con un niño pequeño entre las piernas, totalmente mudo, y añadió—: Esa mujer tiene problemas mentales. Sí, esa mujer tiene problemas mentales.

Se regodeó en el daño que le haría antes de que cayera la noche y recitó sus distintas aflicciones.

Mi marido y yo éramos felices y nos dedicábamos al negocio de la sastrería. Hacíamos trajes para bodas. Él tomaba medidas, hacía los patrones y los cortaba, y yo me encargaba de coser. El negocio aflojó un poco cuando se acabó el boom del petróleo, porque los novios ya no podían permitirse las joyas nupciales y los padres de las novias estaban abochornados por no ser capaces de comprarles muebles para su nuevo hogar. A pesar de todo, no cerramos. Entonces, una tarde, mientras iba por el campo camino de entregar dos trajes nuevos para un novio y su padrino, los chicos de Boko Haram me cortaron el paso con sus motocicletas.

«¿Qué tal?», me dijeron, encantados de quitarme los elegantes trajes, y antes de que pudiera escapar, me apresaron y me encadenaron las muñecas. Viajamos durante horas, y cuando llegamos a una cueva de montaña, pararon a pasar la noche. Se turnaban para violarme. Me llevaron a uno de los campamentos y me pusieron a trabajar cosiendo y bordando para las esposas. No tardé en quedarme embarazada. Logré escapar porque la mujer de un comandante, que estaba enamorada de él, me mandó al pueblo a elegirle la ropa interior más bonita. En ese pueblo me encontré con un camionero con el que hice negocios a cambio de que me dejara a unos cuantos kilómetros de mi propia aldea. El cartel de SASTRERÍA había desaparecido. Llamé a la puerta y contestó una mujer. «Tu marido no te quiere», me dijo. Me lo repitió varias veces. No le gustaba que la gente cotilleara de él. Entonces salió mi marido y dijo que debíamos vivir todos juntos, que era una condición de nuestra religión y que tendríamos que compartirlo. Eso no fue más que el principio. Ella seguía haciendo la comida. Seguía acostándose con él. Discutimos. Todos acabamos aquí. Él perdió el negocio, perdió la cabeza, desaparece durante días.

Suena un teléfono y al instante la mujer salta como una pantera para contestar.

—¿Dónde estás? ¿Cómo ha ido? ¿Cuándo vas a volver? —Y entonces oigo que escucha lo que él le dice, y sabiendo que está a punto de colgar, grita al teléfono—: ¡Te quiero!

Regresó al suelo, recogió al bebé de donde lo había dejado y donde parecía que había entrado en una especie de coma.

—¿Qué te ha contestado cuando le has dicho «Te quiero»? —le pregunté.

—Me ha dicho: «Ya lo sé».

Y entonces miró alrededor con tristeza.

Tres días antes, el marido había emprendido a pie el largo camino que

conducía a la ciudad. Alguien había visto un cartel en una ventana: SE BUSCA SASTRE, y él había decidido ir, encontrar un trabajo y conseguir una casa separada para cada familia. Pero incluso mientras me lo contaba, por dentro la mujer sabía que en realidad se había fugado.

Unos cuantos cigarrillos encendidos parpadeaban en la oscuridad. Pensé que estaba soñando hasta que me desperté y oí a gente que entraba por la puerta abierta, y otras personas que salían de sus agujeros y rincones para hacer negocios. Era la hora de comprar y vender y regatear. Los hombres habían ido para vender comida, medicamentos o cualquier cosa que tuvieran. También llegaron personas más viejas a pedir, a implorar. Una mujer casi se puso de rodillas. Pedía una píldora, solo para esa noche, para poder dormir. Una noche con la mente en blanco. Pagaría cuando pudiera. Un hombre le soltó una insolencia y ella se alejó arrastrando los pies. La naturaleza humana en una rodilla postrada. Algunas chicas se dispusieron a vender sus favores con el fin de obtener comida para sus hijos y para ellas. Varias tenían hombres que las empujaban a hacerlo mientras ellos regateaban y trapicheaban con los camellos. Empezaron a pelearse. «No la toques. No la toques.» Dos bandas enfrentadas se disputaron a una chica en concreto, la más guapa del lugar. El guardia de seguridad no estaba de servicio y, además, no habría podido hacer nada contra esa tropa. Todo era rápido y furtivo. Un hombre de más edad intervino; quienes tenían unos cuantos nairas compraron lo que pudieron y se retiraron a sus habitaciones. Las parejas más jóvenes se apresuraron a meterse en los rinconcitos que había cerca de la iglesia y detrás de la escuela, mientras que otras salían por los portones abiertos y se aventuraban a campos más despejados.

Babby se despertó con el bullicio. Le dio miedo. Se aferró a mí y empezó a

darme patadas en el vientre. Le digo que está a salvo. «Las dos estamos a salvo.» Le prometo las cosas que le encantan. Sémola. Sémola. Se sabe esa palabra de memoria. Conseguí que me arreglaran el brasero y, con el escaso dinero que ganaba con las tareas en la granja, podía permitirme comprar cosas. Babby me observaba mientras daba vueltas y más vueltas a la sémola, aplastando los grumos con una cuchara de madera, repasándolos contra las paredes de la cazuela para disolverlos. Balbuceaba de la emoción. Comimos sentadas en el suelo y luego chupamos lo que se nos había quedado pegado a los dedos.

Estábamos a salvo. Yo había creado una barrera mágica entre nosotras dos y todo lo que había más allá. La cortina de algodón era nuestro fuerte.

Una vez al mes, Babby y yo regresábamos al convento. Partíamos muy temprano, cuando todavía hacía fresco, y recuperé la antigua costumbre de contar mil pasos y luego volver a empezar, como había hecho con Buki. La bienvenida era jubilosa. Ese día nos aguardaban dos panqueques doblados rociados con jarabe de arce. Babby reconoció el entorno, corrió de aquí para allá y arañó el grabado metálico de la parte delantera de un diván que siempre la había fascinado. Entonces descubrió el pañito de raso color crema y se lo puso en la cabeza para hacer una payasada. Tenían una sorpresa para mí. ¿Quién iba a contármelo? Le dieron el honor a la hermana Christiana. Era una carta, apoyada contra un jarroncito de flores en el centro de la mesa. La leí a toda prisa y pensé que era una alucinación. La había escrito la hermana Angelina.

Mi querida amiga:

Tengo buenas noticias. Hemos hecho muchas misas. Hemos encontrado un puesto para ti. La pobre madre Pius regresó a Verona de vacaciones y tuvo una caída. Estaba delicada de salud y había sido muy valiente. Ya pasaba de ochenta años, pero era tan estoica que no dejaba que ninguna de nosotras lo supiera. Necesitamos una segunda maestra, no puedo hacerlo todo yo sola. Son unos pillos, como creo que te dije. Me ha dado permiso la madre superiora de mi orden.

Los niños también tienen muchas ganas de que llegues, y creo que están un poco decepcionados porque todavía no tienen listos los uniformes y les habría gustado presumir y enseñártelos al llegar. Una dama rica de Lagos ha anunciado que va a hacer una contribución para nuestra escuela y su programa educativo. Se enteró de nuestra situación en internet. Qué bueno puede ser el mundo en ocasiones.

Pero perdona, que me desvío. Encontrarás nuestro pueblo aquí, en la meseta; está escrito con letras pequeñas en el mapa del convento. Una de las hermanas te acompañará a la estación de taxis. Cuesta mil doscientas nairas y los bebés pueden viajar gratis. El conductor, si es amable, te llevará y pedirá a los otros clientes del taxi que contribuyan, aunque sea con poco dinero. Dile que vas a venir a dar clase y estará encantado. Hay ríos por todo el camino y tal vez te entren ganas de salir del coche, pero el conductor no puede parar, y además no hay tiempo. Tiene que hacer dos trayectos por día y está a gran distancia de Jos. Trae una botella de agua y pañales para la niña. El viaje es largo y bastante accidentado. Saldréis de la carretera principal y entraréis en una carretera aún más abrupta, con piedras que saltan en todas las direcciones. Os dejará en nuestra aldea, que consta de seis casas agrupadas en un mismo complejo y un enorme baobab bajo el que descansa la gente. Estarás acalorada y hambrienta. Si llamas a cualquier puerta y dices: «Por favor, ¿pueden darme algo de beber para mi niña?», seguro que te darán leche o agua, o lo que tengan. También te darán comida si tienen. Nadie te volverá la espalda. Descansa un rato y luego emprende el camino de nuevo. Los niños te señalarán por dónde se va. Hay una caminata empinada por la colina hasta llegar a nuestro pequeño edificio, que es marrón, con el tejado de zinc, también manchado de marrón por la lluvia.

La monja salió a recibirme mucho antes de que llegáramos a la cima de la colina; bajó corriendo, radiante de emoción, y se cargó a Babby a la espalda. Lo primero que nos dio fue una bebida local hecha de mijo, y dijo que nos serviría de sustento hasta que fuéramos a cenar. Señaló con orgullo el jardín y los surcos de labranza muy bien cuidados, con judías, ajo, mandioca y cacahuets. Sus dos cabras se habían escapado, pero estaba segura de que volverían, pues les gustaba su pequeño refugio. Me indicó que fuese sola a la sala de oración, donde podría dar gracias a Dios. Era una estancia diminuta. En una tarima de madera había una Biblia gigante abierta por una página concreta. De la pared colgaba un crucifijo, era de oro con un corazón de rubí en relieve. Supuse que era un regalo del obispo, porque un rato antes la monja me había contado lo afortunados que eran por las donaciones que habían recibido. El gobernador les dio tierras para construir una casa y hacer un huerto, y el obispo James se puso en contacto con varias fuentes gubernamentales y ofreció una opulenta recepción en su finca para la inauguración.

El aula, que también servía de comedor escolar, estaba abarrotada de sillas apiladas; había libros encima de la mesa, una pizarra y los distintos objetos que se habían olvidado los niños. Babby correteaba por allí, familiarizándose con su nuevo entorno, e iba encontrando cosas: un palo embadurnado de barro y una muñeca de lana. Le gustó la muñeca y empezó a darle besos y luego a pelear con ella. Hacía un calor abrasador. La hermana Angelina señaló unos catres y dijo que a veces las monjas dormían allí. Se los había fabricado un hombre del pueblo a cambio de que le prestaran el burro, que él necesitaba para transportar los materiales de construcción entre dos granjas pequeñas, porque estaba construyendo una segunda casa para su segunda familia. Me dijo que era habitual que los padres tuvieran más de una esposa y que eso

desembocaba en más niños y discrepancias latentes. En algunos casos, las madres no querían a los hijos de la primera esposa y había riñas por ver quién comía qué, quién se sentaba a la mesa y quién dormía en la cama del marido según qué noches. Al final, la primera familia, o incluso la segunda, se veía obligada a marcharse, algunas recurrían a sus primas y otras simplemente huían. Allí los niños crecían deprisa; no tenían más remedio.

Comimos sentadas a la mesa de la clase. La hermana Angelina había puesto un mantel en una de las esquinas. Era un mantel blanco con capullos de seda rojos. Cientos, si no miles, de estrellas yacían en un paño que representaba los cielos.

Se había esmerado mucho en cocinar para nosotras. El primer plato fue una sabrosa sopa con perejil. Había llevado las semillas de la casa de la madre superiora, las había plantado al azar y, aun así, habían arraigado.

—Si no cultivas perejil, nunca encontrarás marido —me dijo con picardía.

Le pregunté si se había enamorado alguna vez antes de hacerse monja, y la pregunta la descolocó un poco. Tardó un rato en decidir su respuesta. Sí. Se había enamorado. Él era un hombre mayor que sentía una fuerte atracción por ella, pero resultó que estaba casado. A diferencia de otros muchos, no quería tomar una segunda esposa, y le propuso que se casara con su hermano. Pero eso no era lo que ella deseaba. Fue, en sus propias palabras, una breve tentación antes de volver a su verdadero camino.

Después de la sopa tomamos un plato diferente de maíz, unas mazorcas que había molido la noche anterior y luego había pasado por un tamiz y aderezado con chiles dulces. También había cacahuets molidos. Como sabía que tendríamos sed, había preparado un refresco con leche de cabra. Al probarlo volvió a mí el dulce recuerdo de la época que pasé con mi Fulani Madara. Me hice ilusiones y pensé que ojalá mi madre y ella se encontraran algún día en el altar de la paz.

Conforme avanzó la velada, la hermana Angelina se volvió más parlanchina. Fue al empezar a hablar de sus niños, el pequeño clan que recorría a pie dos o tres kilómetros todos los días para llegar a la escuela, cuando más se entusiasmó. Se habían convertido en su vida. Lo más difícil, por supuesto, era intentar inculcarles disciplina. Su mente se dispersaba con cualquier excusa y, sí, algunas veces tenían rabietas, la ponían a prueba. Cuando no había lápices suficientes para repartirlos entre todos, lo que tenía que hacer era cortarlos por la mitad con una cuchilla de afeitar. Algunos llevaban su propia comida, que eran unas gachas de avena en una bolsa de plástico. La transportaban colgada del cuello como si fuese un trofeo. Otros no llevaban comida porque sus padres no tenían nada que darles. Se quedaban rezagados, se escondían debajo de las sillas, sollozando de vergüenza. Me contó que era conmovedor ver que todo el mundo quería compartir. Lo que la madre Pius y ella hacían era poner todas las gachas de avena en una cazuela grande, añadir más agua hirviendo y hacer suficientes para que les tocara algo a todos. Los niños comían deprisa. Después los obligaban a echar una siesta, algo que no les gustaba, porque estaban ansiosos por ponerse a bailar. Tenían el ritmo de la música metido en los huesos y en la sangre, y era divertido verlos bailar con tanta libertad igual que hombrecitos, sacudiendo las caderas, meneando el torso como si fueran olas, los varones haciendo de acompañantes y mirando con atención a las niñas. Aunque se daban la mano, nunca se besaban: los besos eran solo para mamá. Después de bailar era imposible que se sentaran de nuevo: se dedicaban a correr por ahí persiguiendo mariposas o saltamontes, alardeaban sobre cuántas hormigas se habían comido y se peleaban. Tenía que mantenerlos ocupados hasta que llegaba la hora de ponerlos en fila por parejas o en tríos y mandarlos de vuelta por el largo camino, hacia sus destartaladas cabañas.

Lo había reservado para el final, igual que el buen vino de los evangelios.

Era una selección de dibujos enrollados. La madre Pius había animado a los niños a pintar algún aspecto de su vida, su casa, sus padres, sus hermanos y su país. Algunos habían hecho garabatos y tachones que no tenían sentido, pero había guardado las mejores obras como oro en paño. Había tres en total. Un tríptico.

La primera era una lámina de obstinados y duros bloques rojos, con gotas de sangre ocre que ocupaban los márgenes del papel. Se titulaba *Guerra*.

La segunda era de un anodino color gris, con un montón de caras infantiles que miraban por una ventana, en un grito sostenido y silencioso. Se titulaba *Casa*.

La tercera era un paisaje verde con muchas hojas, lleno de cereales que crecían: maíz, mijo, centeno y sorgo, todo madurando a la vez. Daba sensación de vitalidad, como si una brisa fresca hubiera hecho que las hojas temblaran, tal como ocurriría justo antes de un chaparrón. Se titulaba *Cosecha*. Después enrolló las láminas con cuidado y las estrechó contra su cuerpo con fervor.

Era hora de acostarse. Según dijo, las estrellas se habían ido a la cama, y nosotras teníamos que hacer lo mismo, porque a los niños les gustaba presentarse muy temprano por la mañana.

No pude dormir. La lona que cubría el tejado de la habitación estaba enrollada. Todas las estrellas habían salido y el cielo presentaba un tono dorado, una cúpula de oro de extremo a extremo, con un resplandor tan brillante que parecía que el mundo estuviera a punto de vivir una nueva creación. Estábamos a salvo. Habíamos encontrado un hogar, al menos de momento. Sentí un gozo que no había conocido jamás. Rayos de luz llenaban la habitación e iluminaban el universo exterior. Todo era quietud. En ese momento de esperanza y felicidad, me pareció que esos rayos se filtraban

incluso en las dimensiones más oscuras de la propia tierra.

Agradecimientos

Es imposible expresar con palabras el agradecimiento que siento hacia el sinfín de personas que me ayudaron a lo largo de los tres años que duró la escritura de esta novela. En primer lugar, gracias a mi editorial, la fantástica Faber & Faber, y en especial a mi editor oculto, Lee Brackstone, junto con los dos faros, Rachel Alexander y Kate Burton, que tuvieron la crucial tarea de dirigir esta nave por las distintas rutas de los medios de comunicación. El prestigioso Jonathan Galassi, amigo y editor de Farrar, Straus and Giroux, fue mi campeón en la otra orilla del Atlántico.

Mi agente consumada, Caroline Michel, y su equipo de confianza trabajaron sin descanso para lograr que el libro se publicara en diversos países.

La generosa ayuda de Aosdana contribuyó a hacer posible mi primer viaje a Nigeria.

Antes de salir de Inglaterra, establecí unos cuantos contactos. En primer lugar, me gustaría mencionar a dos personas indispensables: Teju Cole y Sven Hughes, quienes me advirtieron con sensatez acerca de los escollos con los que me toparía. A continuación, están los escritores Elnathan John y Andrew Walker, quienes me permitieron llegar hasta Gerhard Müller-Kosack, que había vivido muchos años en las colinas de Gwoza y preservaba la lengua oral de las personas autóctonas, ahora desaparecida. Funmi Iyanda escribió una carta de presentación para el doctor Oby Ezekwesili, quien concibió el excelente eslogan «Devolvednos a nuestras niñas». Sam Taylor, de Médicos

Sin Fronteras, me puso en contacto con fuentes de información valiosísimas.

Al llegar a Abuja, la capital, antes del amanecer, me recibió el embajador irlandés Seán Hoy, quien, junto con su esposa Susan, me dio la bienvenida a la embajada. La asistente de Seán, Dorothy Barraquias, me ayudaba a diario y me proporcionaba todos los periódicos en inglés, además de prestarse a contactar con un gran número de personas y organizaciones. No tardé en intentar mezclarme con la gente, con su hambruna, sus mercados, sus despojos y sí, su gran vitalidad, pero lo que deseaba de verdad era conocer a las chicas secuestradas por Boko Haram. Con la ayuda del doctor Oby y de su asistente Deborah Olumolu, logré conocer a Rebecca, Abigail, Hope, Patience, Fatime, Amina, Hadya y muchas otras chicas, todas ellas con historias que contar, pero cohibidas por las reservas y la delicadeza. La mayor parte de ellas tenían hijos recién nacidos, que llevaban impolutos y envueltos en arrullos blancos. Más adelante me entrevisté con médicos, psiquiatras, especialistas en traumas, ONG y trabajadores voluntarios de todos los rincones del mundo. El periodista Ahmad Salkida me proporcionó información sobre las maquinaciones de Boko Haram y sus habilidades para el chantaje y la negociación. Kim Toogood me hizo entender los apuros y en ocasiones el ostracismo sufridos por las chicas que habían sido secuestradas y que después eran calificadas, incluso por su propio clan, como «mujeres del bosque». Visité diversos campamentos de desplazados, conocí a hordas de chiquillos y de madres necesitadas, pero vi muy pocos hombres. El padre David me guio la primera vez que visité uno de esos campamentos, lo cual me abrió los ojos ante el destino de las mujeres sin hogar. Muchas me seguían por el camino y mi intérprete, John Dghwede, decía que nos suplicaban que las rescatáramos.

Desde Abuja viajé a Jos; el trayecto fue largo y en algunos momentos incómodo. Me recibieron las hermanas franciscanas, quienes me alojaron en una casa de huéspedes que solía estar reservada para los sacerdotes u obispos

de visita. La hermana Christiana y la hermana Nora se ocuparon de cubrir mis necesidades, y mantuve conversaciones distendidas con otra hermana muy joven, Rita Satum, cuyo diminuto convento estaba en el extremo más alejado del estado de Plateau. También conocí a la hermana Antoinette y a la hermana Anne, ambas irlandesas. El antropólogo Adam Higazi y su sobrino Yusuf Habu Na'angu me llevaron al estado Kaduna, donde visitamos dos campamentos de los fulani, o *wuro*, como los denominan allí. El paisaje y su modo de vida contrastaban de un modo radical con los de las aglomeraciones de otros lugares. Pese a que me encantaban mis dependencias en el convento, reconozco que los perros, sus únicos guardianes, se pasaban toda la noche ladrando de un modo feroz. Así pues, volví a ponerme en camino y, gracias a la ayuda de Seán Hoy, me alojé en una residencia con un irlandés parlanchín y maravilloso, Timothy McPeake, quien junto con su equipo se encargaba de la construcción y el mantenimiento de las carreteras. Timothy avivó mi interés por los miles de aspectos del país: ricos y pobres, prósperos y desolados, una Babel moderna con una legión de historias.

Mientras estuve en Jos, aproveché para visitar la organización Women for Women International, donde Antonia Olieh y Bukola Onyishi habían organizado a un grupo de mujeres que habían sufrido privaciones de distinta índole. Temían que sus granjas fueran saqueadas por fulani o por pastores, y algunas hablaban de maridos o hijos que no habían regresado de las granjas, y cuyos restos mortales tendrían que buscar. Al final de mi visita, me ofrecieron el mantón de vistosos colores, con el que, para mi vergüenza, me fotografiaron.

La lista de agradecimientos crece, y en ella incluyo a Anna Badkhen, Sendi Dauda, Fatuma Hamidali Ibrahim, Fatima Akilu y al doctor Peter Ebeh, cuyas revelaciones acerca de la historia secreta de las chicas capturadas fueron devastadoras. Fue entonces cuando decidí que el único método válido era dar

voz imaginaria a muchas personas a través de una visionaria chica concreta.

También doy las gracias a algunos amigos de Europa: a la doctora Evelyn Stern, a Jonathan Lergard y, una vez más, al infatigable Sven Hughes. Gracias a Clodagh Beresford y Carlo Gebler (por una repentina epifanía), a Richard y Ajjua Rickson (que me propusieron llevarme a un baile celebrado en una iglesia), a Sasha Gebler (por mejorar la trama en momentos clave) y a los amables feligreses de las iglesias y lugares de culto nigerianos repartidos por todo Londres, quienes también tuvieron historias y recuerdos más felices que compartir conmigo.

En último lugar, pero igual de importante, gracias a la diligente y siempre atenta sucesión de personas que teclearon la novela una y otra vez, empezando por mi incondicional ayudante de veinticinco años, Nadia Proudian, y en su ausencia, Louise Hardy, Rebecca Wearmouth, Amber Medland, Anna Martin y, por último, Sally Hayden, una joven e inteligente periodista cuya documentación era de lo más rigurosa y cuya disponibilidad se extendió en ocasiones pasada la media noche.

Para terminar, me gustaría dar las gracias a Kate Ward, de Faber, quien supervisó el tímido nacimiento del manuscrito, y a Lucy Irvine, del equipo de Caroline, por soportar los frenéticos cambios y correcciones de última hora, hasta que llegó el momento de dejar que la novela echara a volar.

UN ACONTECIMIENTO LITERARIO

La autora de *Las chicas de campo* regresa con su novela más ambiciosa, comprometida y estremecedora.



«Tiempo atrás fui una niña, pero ya no». Así empieza la nueva y sorprendente novela de Edna O'Brien, quien con más de ochenta años ha encontrado la fuerza y la valentía para viajar a Nigeria y entrevistar a varias de las niñas que fueron víctimas de Boko Haram. Su estremecedor testimonio ha inspirado esta novela al tiempo desgarradora y luminosa: la historia de Maryam, que es secuestrada junto con sus compañeras del colegio, encarcelada, violada y obligada a casarse con un desconocido; que debe huir con su bebé y su amiga hasta llegar finalmente a reencontrarse con su madre en la aldea, donde la esperan nuevas desventuras aún más sinuosas.

O'Brien nos lleva sin aliento por cada página: ansiamos, sufrimos y nos conmovemos con su heroína, y la prosa es deslumbrante e hipnótica como esa luna que mira Maryam desde su celda, símbolo de la esperanza y la redención a pesar de todo. Pues esta es una historia de superación, de amor, amistad y solidaridad, en la que de un modo u otro podemos ver reflejadas nuestras propias luchas.

«Edna O'Brien escribe las historias más bellas. Ningún escritor o escritora puede compararse a ella, en ningún lugar.»

ALICE MUNRO

«Simplemente, una de las mejores escritoras de nuestro tiempo.»

JOHN BANVILLE

«Un extraordinario acto de imaginación [...]. *La chica* es un libro valiente sobre un espíritu valiente.»

J. M. COETZEE

«Una novela de una empatía y una elegancia profundas e inagotables, una parábola de un asunto tan complejo como la redención humana. Su riqueza verbal es nítida, evocadora e inolvidable; sus recursos dramáticos, infinitos.»

RICHARD FORD

«Esta es la historia del Ícaro de Auden, si bien se desarrolla en nuestro mismísimo planeta, ante la mirada de todos..., o de quien quiera mirar. Es atroz, tal como la autora pretendía, aunque la Chica resiste y consigue liberarse de todas las formas de cautiverio y salir a la luz. Y nunca es débil la luz del amor.»

ANN BEATTIE

«Sus novelas son absolutamente memorables porque su genialidad procede del dolor mismo de la memoria.»

JOHN BERGER

«Un tesoro de potencia, inteligencia e ironía.»

The New York Times Book Review

**«Edna O'Brien es la escritora en lengua inglesa con más talento de
nuestros días.»**

PHILIP ROTH

Edna O'Brien nació en Tuamgraney (Irlanda) en 1930 y en la actualidad reside en Londres. Considerada la gran dama de las letras irlandesas, su trayectoria ha sido galardonada con el Irish Pen Lifetime Achievement Award, la American National Arts Gold Medal, la Ulysses Medal del University College de Dublín, el Bob Hughes Lifetime Achievement Award in Irish Literature y el premio PEN/Nabokov al mérito literario, «por derribar las barreras sociales y sexuales de las mujeres en Irlanda y el mundo». En su obra destaca la trilogía compuesta por las novelas *Las chicas de campo* (1960, merecedora del Premio Kingsley Amis), *La chica de ojos verdes* (1962) y *Chicas felizmente casadas* (1964), que fueron prohibidas y quemadas en todo el país. También cabe señalar *Un lugar pagano*, *Las sillitas rojas* (Premio al Mejor Libro de Los Angeles Times), la antología de cuentos *Objeto de amor* (Lumen, 2018), y su libro de memorias *Chica de campo* (Irish Book Award 2012). *La chica* es su última novela.

Título original: *Girl*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Edna O'Brien

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Ana Mata Buil, por la traducción

Este libro ha sido publicado con la ayuda económica de Literature Ireland



Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0636-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

[1] Cita extraída de *Grandes esperanzas*, traducción de Manuel Vallvé y Francesc Esparza, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2012, pp. 481-482. La cita corresponde al final alternativo de la novela de Dickens, más oscuro, escrito en primer lugar por el autor pero conocido a posteriori.

Índice

La chica

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Edna O'Brien

Créditos

Nota